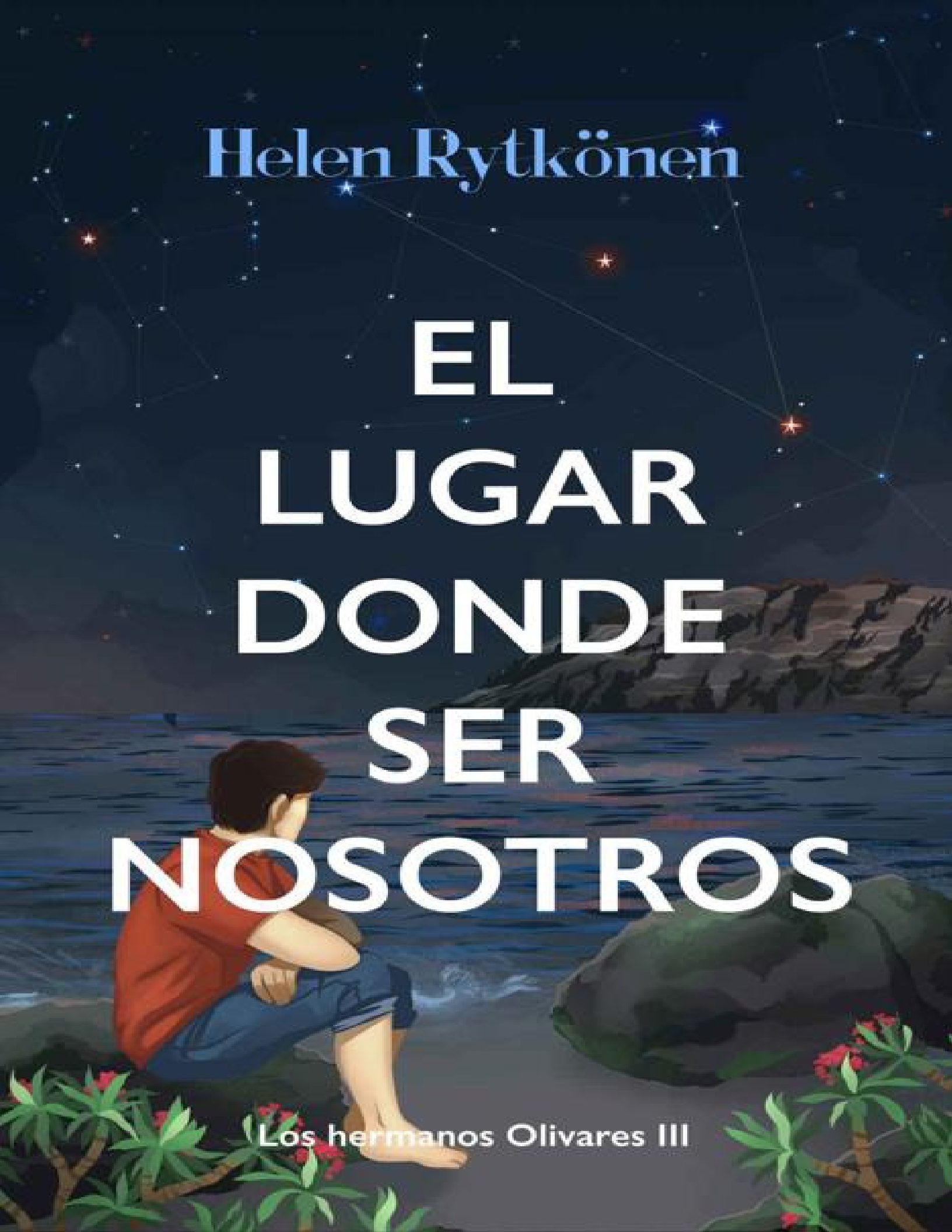
Helen Rytkönen

EL LUGAR DONDE SER NOSOTROS



Los hermanos Olivares III

Helen Rytkönen

EL LUGAR DONDE SER NOSOTROS

Los hermanos Olivares III

El lugar donde ser nosotros
© 2024, Helen Rytkönen

De la maquetación: 2024, Paola C. Álvarez Edición y Servicios SCA
Del diseño de la cubierta: 2024, Eva de José y Paola C. Álvarez Edición y Servicios SCA

Primera edición: abril 2024

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice de contenido

1 Marcos
2 Amaia
3 Marcos
Amaia y Marcos
4 Amaia
5 Marcos
6 Amaia
7 Marcos
Amaia y Marcos
8 Amaia
9 Marcos
10 Amaia
11 Marcos
12 Amaia
Amaia y Marcos
13 Marcos
14 Amaia
15 Marcos
16 Amaia
Amaia y Marcos
17 Marcos
18 Amaia
19 Marcos
Amaia y Marcos
20 Amaia
21 Marcos
Agradecimientos
Sobre mí

A la pequeña Amaia,
tan esperada y deseada en nuestra familia.

May the force be with you, little one.

1

Marcos

Envuelto en la oscuridad, dejé deslizar por mis labios la conocida y tranquilizadora letanía: «Vega, de Lira. Deneb, de Cisne. Altair, de Águila. El triángulo del verano. Orión y su cinturón de cazador. La bella Casiopea».

La costumbre hizo que mis ojos atravesasen el cielo de Londres, donde las tres estrellas del verano conseguían hacerse ver a pesar de la habitual polución. El resto de astros también parpadeaban allí, confiables y eternos, y en otra ocasión me habría lanzado ávido a buscar objetos celestes más huidizos, pero esa noche solo necesitaba la calma de aquello que era capaz de reconocer.

El problema era que la calma no llegaba, se me escapaba de entre los dedos como agua maloliente, y eso llevaba ocurriendo desde la última misión.

Quizá la palabra «misión» fuera muy peliculera para lo que hacía en realidad, pero, al final, con todo lo que conllevaba mi trabajo, se podía describir como un desembarco de Normandía mezclado con *Matrix*. Algo que requería de mis cinco —o seis o siete— sentidos, una mente estratégica avanzada y los huevos de hacer cosas que tal vez nadie más se atrevía, pero que significaban la diferencia entre crear una muralla sin fisuras o un murete de madera y paja.

Normalmente, cuando terminaba una misión, me entregaba al *dolce far niente* sin pesar alguno. Vivía mi momento de desconexión, el de vaciar la cabeza, dejarla libre y que se rindiese al hedonismo más puro. Estrellas retadoras, noches encadenadas unas con otras, *pubs* llenos de risas y brindis, vinos con mis hermanas, sexo sin preguntas y solo sudor, o escapadas a algún lugar soleado para drenar la tensión de sentirte el último espadachín que defendía el fuerte.

Esa vez, nada estaba resultando. Ni las cervezas, la gente, el sexo frenético con una diputada *tory* y ni siquiera el cumpleaños de mi abuela Carmen Delia, que había sido una fiesta para el recuerdo, y en la que me embaucaron para hacer de *boy* untado de aceite para darle una alegría a la viejilla. Había intentado ocultar lo que me pasaba con todas mis fuerzas y mi familia picó el anzuelo. Ni siquiera mi hermana Victoria, con sus ojos rayos X, fue capaz de darse cuenta de nada más allá de mi pérdida de peso notoria. Tampoco lo hizo mi casi melliza, Eli, que estaba más pendiente de su hija, la intrépida Mía, que de mis ausencias. No, ante ellos fui Marcos el fiable, el equilibrado y sereno, el que siempre tenía las palabras perfectas para mantener la unidad familiar.

De vuelta a Londres, me anestesié con las botellitas de vino que te daban en *business* —cortesía de las millas que había acumulado en mis viajes—. Estaba exhausto y sabía que ese era el momento en el que me podía permitir caer. Pensé que se trataría de dormir muchas horas seguidas durante varios días, hibernar en casa y poco a poco ir incorporándome a la vida. Como siempre tras un proyecto de los habituales.

Lo que nunca hubiese adivinado era que aquel parón significaría mucho más.

Mis bien engrasadas alarmas deberían haber saltado, pero no lo hicieron. Eran demasiados

años de abrigar conductas aprendidas. Tal vez el morirme del sueño pero que luego las horas no cundiesen tendría que haber sido una señal. O las nulas ganas de hacer ningún plan, cuando, de forma habitual, nada me podía retener en casa para disfrutar de Londres y sus miles de posibilidades: explorar Covent Garden y sus últimos espectáculos, deambular por Shoreditch y los bares que emergían como setas tras la lluvia, pasar el día en Wimbledon y la noche, en el céntrico Soho, o mover la moto del garaje para conducir hasta que las fuerzas no me diesen para más y parar en algún lugar de Kent o Cornualles, tan solo por disfrutar de hallarme en medio de la nada y que nadie supiese que estaba allí.

Lo achaqué a que me estaba haciendo mayor, que en los últimos dos años no había parado y que la ruptura con Deb seguía sin dejarme avanzar como quería.

La amable y húmeda oscuridad se iluminó por el chisporroteo de una cerilla y aspiré con suavidad. Debía dejar el tabaco, lo sabía, pero aquellos ratos golosos eran difíciles de cortar por lo sano. No eran muchos cigarrillos al día, dos o tres a lo sumo, y por eso eran tan complicados de eliminar. Y en el fondo me gustaba fumar, el ritual de abrir la bolsita de tabaco, hacer el rulo perfecto y luego pegarlo con un solo movimiento controlado. A quién iba a engañar.

Me levanté de la butaca, inquieto, y bordeé el telescopio de última generación que me esperaba en vano.

«Si hasta renuncio al cielo, ¿qué me queda?».

Me apoyé en el bordillo de la azotea que se elevaba por encima de los otros edificios y apreté los ladrillos con las manos. Aquello no era normal, como tampoco lo eran las garras de acero en mi pecho que, de vez en cuando, me hacían despertarme con los ojos desorbitados y con el miedo de no volver a respirar jamás.

Observé el *skyline* de Londres desde mi casa, en esa terraza superior que no solían tener las casas victorianas ni georgianas, y que había sido una de las cosas por la que la había comprado. Eso, unido a la tranquilidad de un entorno casi de pueblo en pleno Londres, me había hecho decidirme por la zona cercana a Hampstead Heath y a medio camino con Regent’s Park.

La noche vibraba en la lejanía, como siempre lo hacía en aquella ciudad. Y yo sabía que podría obtener el olvido de forma rápida en cualquiera de los miles de *pubs* y discotecas que latían en la urbe, pero esa noche algo me decía que no debía hacerlo.

Que no conseguiría nada con eso.

Me terminé el pitillo y lo aplasté en el cenicero de cristal. Intenté respirar, pero no me nacía eso que era tan natural para el ser humano como el existir.

«No lo entiendo. No ha pasado nada fuera de lo habitual para que tenga esta agonía por dentro».

Había intentado analizar lo que me ocurría con toda la abstracción de la que era capaz, pero no llegaba a ninguna conclusión. En el proyecto con los americanos no había habido ningún elemento de amenaza, solo mucha tensión y horas de trabajo, pero a eso ya estaba acostumbrado. A pesar de estar un poco raros, las cosas con Juicyhack también habían fluido y conseguimos armar un sistema de seguridad inviolable, de esos de los que sentirnos orgullosos. Me habían pagado en tiempo y forma, sin tíos raros con maletines que luego yo tenía que buscarme la vida para convertir en dinero legal, y mi fama como uno de los mejores profesionales en creación de sistemas de ciberseguridad se había vuelto a consolidar.

Cogí las llaves y salí a la calle. Quizá caminar hasta caer rendido fuese una buena solución. Eran las tres de la mañana, no quedaba demasiado para que amaneciese y Londres parecía el tablero de ajedrez perfecto para recorrer casilla a casilla sin pensar mucho.

Las horas fluyeron con rapidez acompañadas de la música que atronaba en mis oídos y las

escenas que se sucedían ante mí, como si fuese un Hugh Grant trasnochado pasando por las diferentes estaciones del mercado de Portobello. Eso sí, en mi camino no hubo bucólicos puestos de flores y verduras, sino grupos de borrachos con más o menos tino, algunas parejas follando en los portales, servicios de limpieza municipales que emprendían las labores para adecentar la ciudad que nunca dormía, trabajadores soñolientos dispuestos a coger el metro para empezar el día, alguna limusina que otra que dejaba una estela de risas y música —si es que se podía llamar eso al reguetón— y luego gente atípica, o quizá debería decir típica de Londres, de esa que te hace preguntarte cuál será su rumbo y su misión durante el día.

En una ciudad como aquella, era fácil convertirte en fantasma, en alguien que observa y que pasa de escena a escena como si realmente se tratase de un ente ectoplásmico. Eso era lo que necesitaba ser yo: por fin alguien que no tuviese ninguna responsabilidad sobre lo que pasase a mi alrededor. Soltar las riendas, dejar caer los brazos y contemplar con cuestionable complacencia cualquier cosa que ocurriese en cien metros a la redonda, ya fuese un robo o alguien que decidiese desnudarse en medio de una plaza.

Lo que no esperaba era que esa vuelta nocturna tuviese consecuencias. Que acabaría en la consulta de un médico, diagnosticado de *burnout* y con la directriz de tomarme un tiempo para desconectar del mundo.

Ya había amanecido cuando en las inmediaciones de London Bridge, hasta donde había llegado tras caminar sin rumbo por Camden Town, King’s Cross y la catedral de St. Paul, me encontré a mi amigo Alan Whiteman. Como siempre, lucía impoluto, con su piel oscura haciendo un formidable contraste con la camisa azul y el pantalón *beige*. En la mano, como un apéndice, su maletín de trabajo, y me hubiese jugado cualquier cosa a que se dirigía a pasar consulta gratuita en el centro comunitario que había al lado del hospital privado donde trabajaba. Sus ojos color café se iluminaron al reconocerme y una sonrisa elevó sus pómulos, pero luego frunció el ceño con preocupación.

—¡Marky! ¿No me digas que estás de amanecida?

Me costó responderle, era como si mi lengua estuviese pegada al paladar tras tantas horas sin hablar con nadie.

—Sí, pero ojalá fuese por estar de bares.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Me miró, escudriñando en mis ojos una respuesta. Y lo que encontró le hizo arrugar la frente.

—Necesitaba caminar, en casa me faltaba el aire.

—¿Y has venido desde Hampstead Heath hasta aquí a pie?

Asentí. Dicho así, parecía una locura. Pero no me lo había parecido durante las horas que me había llevado.

—Dime, ¿acabas de terminar un proyecto o no tiene que ver con trabajo?

—¿El qué?

—Pues lo que sea que te tenga sin dormir y a punto de estallar por la ansiedad.

No esperó a que le contestase y miró su reloj.

—Ven, vamos a mi consulta. Allí estaremos más tranquilos.

Me dejé conducir con docilidad hasta su moto y en diez minutos llegamos al hospital. No era demasiado amigo de aquel tipo de lugares, pero apreté los dientes y seguí a Alan hasta la cuarta planta. Me condujo hasta una sala bastante acogedora para ser una consulta y me dijo que todavía no comenzaban los turnos, que tendríamos un rato para hablar.

—¿Y tú por qué vienes tan temprano? ¿O te fastidié tu acción social del día?

Sonrió de medio lado mientras sacaba un té de la máquina que estaba en un rincón de la sala.

—No te voy a negar que tenía otras cosas planificadas para esta mañana, pero no puedo dejar que te vayas así.

«Pues sí que tengo que estar hecho mierda para que Alan se preocupe tanto».

—¿Tan mal me ves? —le pregunté con una sonrisa cansada y, en respuesta, mi amigo se sentó frente a mí.

—¿Qué ha ocurrido, Marky?

Meneé la cabeza, cansado.

—No ha pasado nada en concreto. O quizá ha ocurrido todo. Solo sé que estoy exhausto, pero que dormir no me hace descansar. La mayoría de las noches me levanto sin poder respirar, como si alguien me estuviese agarrando el cuello, y luego me cuesta conciliar el sueño. Tampoco tengo hambre, ni ganas de salir, de ver gente… Es como si necesitase hibernar o fabricarme un capullo donde esconderme un tiempo. Incluso del trabajo, cuando siempre ha sido algo que me ha apasionado.

Alan asintió, pensativo. Me hizo un par de preguntas más sobre otros síntomas físicos, chequeó mi historial médico por encima y pidió unas analíticas generales.

—Quiero ver los hemogramas, pero tengo una gran certeza de que se trata de un *burnout* como la copa de un pino, y que te sentirás mejor si te permites desconectar de esa locura de trabajo que tienes durante un tiempo. Te recomendaría un cambio de entorno, encontrar un lugar que te proporcione calma y paz, donde puedas dormir, pasear, centrarte en las cosas que no sueles hacer por el estrés tan grande que llevas encima, donde no tengas que hablar de lo que haces, donde no te puedan localizar y, sobre todo, puedas dialogar contigo mismo. O estar en silencio, da igual. Te conozco desde hace décadas y sé que es algo que no te concedes con facilidad.

Me dio unas palmaditas en el hombro, como para atenuar sus palabras:

—También debería recetarte algunos antidepresivos suaves, pero sé que no me vas a dejar terminar la frase. Sí, sí, que no los necesitas —aclaró con una sonrisa guasona de las suyas—, pero déjame decirte que un *burnout* no es ninguna tontería y que una ayuda no viene mal para que remontes el vuelo.

Me hizo la receta junto con la de unos somníferos y tamborileó con los dedos sobre la lustrosa mesa de madera, como buscando la forma de decirme algo.

—Eres un tío inteligente, Marcos, y por eso espero que no te estés tomando esto a la ligera. El estrés extremo puede desembocar en algo más grave y tú tienes un antecedente muy claro en tu padre. Hace un par de años que no te hacemos un electro ni una ecografía del corazón, te lo recuerdo. Siempre me pones la excusa del trabajo y al final te has ido escapando. Y ya tienes cuarenta, que no se te olvide.

Bajé la cabeza, demasiado cansado para rechistarle. La noche en vela, unida a las demás de los últimos tiempos, y la excesiva claridad de los neones de la consulta, me dieron ganas de cerrar los ojos y descansar apoyado en el cómodo sillón.

«Lo que me ha dicho es verdad, y yo mismo lo sé. Pero no quiero pensar en las consecuencias de esto ahora».

Ese día, contrario a mi costumbre, me tomé una de las pastillas para dormir que me había recetado Alan y pude recuperar algunas horas que me sentaron bastante bien. Tanto que me preparé un *bagel* con queso y salmón y una infusión de las de Deb que todavía quedaban en el fondo de los armarios en cajas vistosas y llenas de promesas de salud interior. Salí a la terraza a

comer, rodeado de los ruidos cotidianos de mi zona residencial, que ya no lo era tanto; tras escuchar el quinto escape ruidoso de moto en Mansfield Road, me dije que necesitaba salir de allí. Que aquel no era lugar para intentar recomponerme.

Me encendí un pitillo a la vez que interiorizaba el hecho de tener que buscar un lugar en el mundo donde me apeteciese estar de verdad. Seguro que para cualquier otra persona ese ejercicio habría sido el paraíso, pero el simple hecho de tener que elegir me agobiaba y me agotaba a partes iguales. Intenté relajarme, dejar vagar la mente y recrear en ella las cosas que me calmaban de verdad: el océano infinito, fuerte en el horizonte y juguetón en la orilla; el aire agitado, bravo, del que sacude y despierta; el sol parcheado de nubes rápidas que apenas se detienen en los altos riscos; la arena casi viva, de la que se mueve con el viento y que crea dunas acogedoras entre hierbajos y matorrales…

Necesitaba luz y aire, nada de costas oscuras y nubladas como las de Escocia o Normandía; simpleza y soledad, aunque siendo verano, sería más complicado.

No le envié la petición a mi agente de viajes de confianza, no quería que nadie supiese donde estaba. Pero solo la idea de tener que ponerme a buscar por internet me agobiaba. Quería evitarme horas enteras de buceo en buscadores, porque el cuerpo no me daba para ello; sin embargo, no había otra opción.

A la mañana siguiente, me di cuenta de que no tenía que buscar. Que ya sabía adónde quería ir. Un sueño particularmente placentero por una playa kilométrica, de viento alborotador y olas espumosas hizo que me decidiese.

Aquel lugar lo conocía mejor que bien.

Mi destino sería La Caleta de Famara, en Lanzarote; un pequeño pueblo en el extremo de la playa salvaje que conectaba con la magia ancestral de los altos riscos que daban nombre a aquella zona.

Ya solo de pensar en aquel lugar, mis pulmones se llenaron de un extra de oxígeno.

Solo debía cerciorarme de que mi hermana Victoria no se encontrara por la zona, ya que poseía una vivienda vacacional en una de las urbanizaciones, y estaría hecho.

Hice todas las gestiones en piloto automático, sin decirle nada a nadie, sin avisar a mi familia o dejarle un mensaje a Juicyhack, y desaparecí del mapa.

Lo necesitaba, era lo que me pedía el cuerpo. Por primera vez en mucho tiempo, fui egoísta. Y he de reconocer que no me sentí mal. Tampoco bien, solo aliviado. Y sin ganas de pensar en nada más que no fuese descansar.

Menos mal que, en ese momento, todavía no sabía lo mucho que esa decisión influiría en todo lo que estaba por venir.

En lo mucho que me cambiaría la vida.

2

Amaia

Era martes y no tenía ningunas ganas de salir de casa. Me habría quedado vegetando en el sofá en mallas y camiseta de propaganda, viendo alguna serie *geek* o leyendo artículos sobre mis dos grandes pasiones —tan dispares como la historia de la mujer o las guerras mundiales—, pero Mariana se había presentado con toda la energía del mundo para sacudirme y sacarme a rastras de terraceo. A ver quién le decía que no, era su día libre y sabía que había dejado atrás un caso complicado. Necesitaba gente y vida a su alrededor, justo aquello que para mí era un *vade retro, Satanás*.

Pero se trataba de mi hermana y no podía decirle que no.

Me metí en la ducha rezongando mientras Mariana abría las ventanas y dejaba entrar el aire caliente y viciado de la ciudad. Cerré la boca para evitar pedirle que no lo hiciese, que yo era feliz en mi iglú artificial donde, si me descuidaba, podían salir estalactitas en los vanos de las puertas, pero Mariana andaba siempre con una capa de ropa de más y los pezones erizados.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí metida? ¿No habías terminado ya el último trabajo?

—Grrlll —fue mi única respuesta. Mariana abrió la puerta y levantó una ceja.

—¿Y ese tatuaje? ¿Es nuevo?

Le cerré la puerta en las narices.

—¿Tú no sabes hacer otra cosa sino preguntar?

—Anda, si en el fondo estás contenta de que rompa un poco tu esfera de cristal, cuchita.

Tuve que sonreír ante la palabra con la que me llamaba desde pequeña, una derivada de ese cuchi-cuchi que se les dice mucho a los niños y que tanto nos faltó a nosotras.

—No sé yo… Ya sabes que mi concepción de la felicidad dista bastante de la tuya.

Frunció el ceño con cierto humor.

—No estoy de acuerdo. Existen más cosas que nos unen que las que nos separan. —Sus ojos brillaron, traviesos—. ¿Para cuándo otro viaje juntas para olvidarnos del mundo?

Recuerdos de chupitos de tequila desbordados, plataformas desde las que la gente solo era una turba enloquecida, destellos de luces estroboscópicas y del sol en las aguas turquesas, sexo casi a la carta para cumplir cualquier fantasía, risas de madrugada y siestas eternas junto al mar.

«Sí que podría estar bien. Pero no ahora».

—Lo repetiremos, te lo prometo. Ve guardando días para hacer otra escapada. Islas griegas, o Capri, por ejemplo.

Conocía a Mariana y por eso le di carnaza para poder vestirme con tranquilidad. Aunque eso era un decir: no le ponía mucho seso a algo tan poco trascendental. Un pantalón corto vaquero y una camiseta de tiras con la cara de Blossom en la pechera eran perfectas para sentirme cómoda, incluso tras mirarme en el espejo antes ir a la sala. Cuánto bien había hecho Beyoncé por las chicas de muslos carnosos, me dije al constatar que el sedentarismo estaba cebándose más de lo normal en mis curvas, y reprimí una sonrisa irónica.

«Demasiado tiempo en chándal y camiseta y con la cabeza puesta en unos y ceros, como diría Mariana».

Las aceras de Madrid ardían bajo nuestros pies y el aire parecía salir de un secador de pelo. Todas las células de mi cuerpo protestaron, pidiéndome volver a mi casa, pero le debía aquel día a mi hermana. Aunque odiase ir a sitios con gente y a pesar de que sabía que no estaríamos todo el día solas.

Mariana poseía un halo magnético que era como miel para las moscas y que funcionaba de forma soterrada y efectiva dondequiera que fuésemos. Siempre se le acercaba alguien a florecer bajo su luz, y me hacía gracia, porque nadie diría que era la misma sargento de la Guardia Civil que acometía su trabajo con rictus serio y cierta sequedad en las formas. Supongo que era la coraza que se ponía para que, en aquel mundo que seguía siendo de hombres, la respetasen, y también para evadirse de las imágenes duras que se le incrustaban en el cerebelo todos los días.

No nos veíamos todo lo que queríamos y eso era en gran parte debido a mí. Cuando me llegaba un trabajo nuevo, me entregaba a él con la alegría y dedicación de la conquista de un primer amor. Perdía la noción del tiempo y mis horas transcurrían entre alarmas para indicarme que tenía que parar para comer, ducharme o dormir. Si no, quizá acabase con el cabello hasta las rodillas y las uñas largas y retorcidas.

Yo era feliz en mi mundo digital, en mis batallas contra mí misma, y no me hacía falta nada más. O quizá debería puntualizar: no me hacía falta nada más durante el tiempo en el que estaba metida en el reto. Después… había cosas que me gustaban, sí. Cosas que me aireaban, que me daban vida, que me hacían salir y mostrar las antenas desde mi caparazón. Los viajes con mi hermana eran un ejemplo claro de eso. Coger mi tabla e irme a hacer surf al País Vasco, otro. Escaparme a Normandía o a Alsacia, a revivir el famoso desembarco o a descubrir los monumentos de la línea Maginot, uno más. O mi peregrinación anual a la abadía de Fontevraud, ante el féretro de la mítica Leonor de Aquitania. Siempre fui rara, distinta, y eso que veía *Sensación de vivir* para entrar por el aro y poder elegir entre el bando de Dylan o Brandon con conocimiento de causa. Pero, en el fondo, no me gustaban muchas de las cosas que estaban de moda. Y eso se notaba.

Por eso adoraba ser adulta, no tener que dar explicaciones y vivir conforme a lo que me hacía feliz, o a lo que se aproximaba a ello. Pasear por un caldeado Madrid de finales de julio no estaba en mi top tres de cosas favoritas en el mundo, pero sí lo era el disfrutar de mi hermana mayor.

Se acercaba la hora del aperitivo y nos dirigimos a una de las decenas de terrazas que nos encontramos en nuestro paseo. Una caña y unas bravas aterrizaron ante nosotras y Mariana puso los pies al sol con deleite. Estaba en su elemento y el resto del mundo no podía obviarla. Parecía una leona estirándose en la sabana antes del ritual de apareamiento.

—¿Cómo te ha ido esta vez? Porque has estado más monosilábica que de costumbre.

Se refería a mi trabajo, claro estaba. Me encogí de hombros, pero no pude ocultar un gesto de satisfacción.

—Se acerca el día en el que CommonBoy no será capaz de diseñar un sistema a salvo de mí. Estuve a nada de conseguirlo.

Mariana se rio.

—Pero no ocurrió, cuchita. Y mejor así. Si le ganas, ¿cuál será tu aliciente en todo esto?

Eso era algo que siempre me había preguntado y no tenía clara la respuesta. Al menos, del todo.

—Siempre nos quedará París o, en este caso, nuestra amistad.

Mariana resopló y logró desplazar la espuma de su caña hasta casi desbordarla.

—Una amistad muy rara, como siempre te he dicho.

—Es de los pocos que están en mi círculo de confianza, ya lo sabes.

—Razón de más para desconfiar de alguien de quien ni siquiera sabes su nombre real ni cómo es.

Las bravas despertaron mis papilas gustativas y me hicieron tragar más rápido, aunque mi intención era dar largas a mi hermana.

—Ya sabes que, si quisiera saber quién es, hace años que lo habría descubierto.

—Ya… Por eso no lo entiendo. Hablas de todo con él a través de esos sistemas vuestros de comunicación, yo creo que hasta sabe cuándo te viene la regla, ¿y no lo has visto nunca? ¿Eso no te da mal fario?

—Parece mentira que te diga yo esto dedicándome a lo que me dedico, pero eres muy malpensada.

—Piensa mal y acertarás. Y más cuando hay un anonimato por medio.

Me reí, despreocupada.

—¿Y qué más da? El que no sepa quién es no significa que nuestra relación no sea real. CommonBoy es una presencia maravillosa en mi vida, puedo hablar con él de todo, y es mi gran adversario profesional. Y que encima me paga por luchar contra mí. ¿Puede ser más perfecto?

Mi hermana chasqueó la lengua y me atacó por otro flanco.

—¿No te causa curiosidad saber cómo es? ¿No tienes ninguna imagen creada en tu cabeza? Total, si no lo vas a conocer nunca, podría ser una mezcla entre Channing Tatum y Chris Hemsworth…

Me entró la risa.

—Fíjate que yo me lo imagino más como Stanford, el amigo de Carrie Bradshaw. Calvo, con gafas, más cercano a los cincuenta que a los cuarenta, y de maneras afectadas. Le gusta la astronomía, Mariana, no me digas que eso no es como de profesor universitario.

—¿En serio? ¿Y no sale a tomar copas con sus amigos, hace algún deporte, folla como todo hijo de vecino?

—Sí, eso me dice, pero me da la sensación de que se tira el pisto para no desentonar conmigo.

—¿Y nunca le has escuchado la voz?

—No, usamos la mensajería encriptada desde siempre.

Mariana meneó la cabeza.

—No sé, me resultaría raro tener a alguien tan metido en mi vida y no haberlo visto nunca. Y ni siquiera tener la intención de hacerlo. ¿De verdad que nunca ha habido ningún acercamiento potencial entre vosotros? Porque lo que sea que tienes con él es lo más parecido a una relación que te he visto en los últimos años.

—Ya sabes que acabé curada de espanto con Ricardo. No voy a volver a caer en eso.

Se terminó la cerveza y luego me miró con incredulidad.

—La excusa de Ricardo ya te está durando demasiado tiempo. Es cierto que se portó fatal e hizo cosas imperdonables, pero eso no significa que tengas que guardar celibato emocional toda tu vida. Anda, díselo a tu hermana, que te quiere…, cuéntame de esas sesiones de cibersexo que te marcas con tu amigo día sí, día no.

Me carcajeé en su cara y negué con la cabeza.

—Vaya imaginación que tienes. Cómo se nota que te pasas el día viendo cosas muy raras.

«No pienses en aquella conversación justo al terminar el trabajo, esa que se salió de tiesto.

Solo fue producto del cansancio y de la euforia del momento, nada más».

Aunque lo cierto era que apenas habíamos intercambiado mensajes desde ese entonces. No era tan raro, cuando terminábamos un proyecto, cada uno buscaba la desconexión durante un tiempo, hasta que al mes, más o menos, volvíamos a retomar el contacto. Habían pasado tres semanas ya y suponía que en breve hablaríamos. Dejaríamos atrás aquel instante tenso y extraño y seguiríamos adelante como siempre.

Mariana pidió unos calamares y yo añadí un *steak tartar*: la carne cruda en todas sus versiones me fascinaba. Hablamos de la inminente boda de nuestra amiga Elena, la tercera rueda de la bici y una constante básica en la vida de ambas; de un inspector de la Nacional que Mariana había conocido en un operativo común y que la estimulaba en todos los sentidos —o hasta donde ella se dejaba, que era ya otro cantar—; y de mis planes para el próximo fin de semana, que pasaban por irme a Zarautz a casa de doña Emilia, donde siempre tenía una habitación disponible para mi tabla y para mí.

Pero no mencionamos uno de los temas casi tabú entre nosotras: nuestra madre, Valeria Zaldívar. No estaba presente en nuestras vidas y lo preferíamos, porque, cuando aparecía, todo parecía explotar. Su profundo egoísmo y las pocas ganas que tenía de ejercer de madre, de dos niñas primero y luego dos mujeres, se había hecho patente durante mucho tiempo, y ni siquiera los frecuentes cambios de pareja la habían hecho replantearse si lo que hacía en su vida era correcto o no. Al revés, parecía no querer parar nunca, ni siquiera a coger resuello. Ahora me daba igual, que hiciera con su existencia lo que quisiera, pero nunca se me olvidarían las tardes y noches solas en casa con Mariana ejerciendo de madre y yo procurando ser mayor de lo que era, mientras ella salía con sus novietes, cada uno más rico y casposo que el anterior. En los últimos cinco años, se había mantenido junto a Jacobo, un empresario bodeguero de dientes amarillos y olor a ranciedad *old school*, pero ya era demasiado tarde. Tampoco era que se hubiese querido acercar a nosotras más de lo habitual, pero si lo hubiese hecho, la habríamos rechazado con firmeza.

Miré a mi hermana y me dije que no habíamos salido tan mal para lo que podría haber sido. Con aquel abandono por parte de madre, y un padre que murió cuando era muy joven, habríamos sido caldo de cultivo para acabar en el arroyo. Pero nos fuimos al lado contrario: Mariana, a la Guardia Civil y yo… Yo era Juicyhack.

—Tienes cara de estar pensando en cosas serias, cuchita, y hoy no está el día para eso. Venga, nos tomamos una copa y nos vamos de tardeo, ¿te parece?

Sonreí y me dejé convencer. Por lo menos, no quería meterse en Primor o en Sephora a comprar iluminadores o sombras de ojos eléctricas. Pasamos el resto de día de garito en garito y nos afincamos en uno que ofrecía música de los noventa y los dosmil hasta bien entrada la noche. Llegué a mi casa un poco borracha, con el equilibrio ligeramente alterado y con hambre, porque no habíamos probado bocado desde las cuatro tapas que compartimos al mediodía. Me tambaleé hasta la nevera y me hice un sándwich con todo lo que encontré más o menos comestible. En lo que chisporroteaba el aceite en la sartén y rizaba los bordes del huevo frito, me dejé caer contra la encimera con el cuerpo relajado. Bailar siempre tenía ese efecto en mí; a pesar de lo que me gustaba mi soledad y no alternar con gente que no conociese, el ritmo latía en mis venas como herencia de mi padre gaditano. Programar y conquistar el ciberespacio me llenaba de adrenalina, al igual que coger olas peligrosas en aguas heladas, pero bailar me dejaba laxa y feliz, casi como después de un buen polvo.

Mi mirada se fue hacia el ordenador, que ahora descansaba tras meses de actividad continuada. Me hormiguearon los dedos y tuve que contentarme con sacar el huevo frito de la

sartén y coronar el sándwich, pero luego no pude resistirme a asaltar el teclado. Con la yema chorreándome por la comisura de los labios, la débil esperanza que quería negarme a mí misma se extinguió como una llama en un vendaval.

No había mensajes. Ni uno solo.

Era la vez que más tiempo habíamos estado sin comunicarnos. Y aunque podía deberse a muchas razones, algo me decía que no era normal. Que CommonBoy estaba demasiado callado.

Y eso hizo que mi relajación se enturbiase con los dedos fríos de la ansiedad.

3

Marcos

Aterricé en Lanzarote a los pocos días, en el aeropuerto que llevaba el nombre del genial arquitecto que tanto hizo por su isla. La impronta de César Manrique estaba por doquier: desde las edificaciones bajitas, perfectamente integradas en el entorno, hasta los lugares mágicos que dejó como legado. Recordé las visitas que había hecho a los Jameos del Agua en varias ocasiones y mi alma vibró con poder reencontrarme con sus contrastes de oscuridad y blanco prístino.

Aunque eso ocurriría más adelante. En ese momento, lo que necesitaba era otra cosa, nada que ver con las hordas de turistas que visitaban la isla en verano y que poblaban todos los enclaves *must* de la isla.

Me bajé del avión con una maleta medio vacía y me dirigí a recoger el coche de alquiler. Había optado por un todoterreno con el que meterme por cualquier carretera de tierra y piedra volcánica. Pagué el alquiler de un mes y recordé con desidia que, antes de conducir hasta Famara, debía pasar por el supermercado. A cinco minutos del aeropuerto había un Mercadona, y me dirigí allí a comprar lo básico.

Lo cierto era que estaba exhausto del viaje, y metí en el carro cosas que luego me preguntaría por qué las había comprado. Pero en ese momento no pensé en demasía, solo quería sentir la soledad de las carreteras rectas e interminables de la isla, donde el aire se paseaba libre entre las pequeñas casas, los muretes de piedra de La Geria y los símbolos de Manrique que salpicaban la orografía de la isla.

Programé el Google Maps para que me llevase por el camino más corto, y vi que en menos de media hora estaría en mi destino. Me subí en el coche, en una tarde nublada y con poco viento y que profería un tono gris a mi llegada. Aunque lo prefería, el ánimo que traía no era propicio para disfrutar de un día radiante.

Estaba durmiendo un poco mejor, en parte gracias a los somníferos suaves que me había recetado Alan, pero los días seguían siendo complicados. Necesitaba reprogramarme mentalmente, lo sabía; sin embargo, no era capaz de hacerlo en el entorno de mi hogar. Tenía altas expectativas puestas en Lanzarote y esperaba que no fallasen.

Llegué a Famara con una puesta de sol que desafiaba a las nubes y dejaba colar sus rayos anaranjados por debajo de los bordes esponjosos. La larga playa reflejaba los colores del ocaso como un espejo y la quietud que se respiraba se me metió en el alma como si fuese un conjuro. Aquellos riscos antiguos, los kilómetros de arena y la ausencia de viento creaban una estampa mágica capaz de conmover incluso a un ser apático como yo. Paré el coche a la entrada del pueblo, justo en la bifurcación entre La Caleta y la playa, y respiré el aire marino. Algo aleteó en mi interior, una suerte de ganas deslavazadas que se veían agitadas por lo que estaban observando. Entonces me dije que había hecho bien al coger una casa a la entrada del pueblo, casi en la orilla, en vez de irme a la urbanización lujosa donde Victoria poseía su vivienda. Si iba

a vivir en aquel lugar alejado un tiempo, que fuera lo más cerca posible del mar.

Se trataba de una casita pequeña, encalada, de dos pisos y con una terraza por la que se accedía directamente a la playa. El interior era bonito, se notaba que lo habían reformado hacía poco y estaba a años luz de los muebles de pino y suelo de cerámica de las habituales viviendas destinadas al turismo de surf, muy popular en la zona. Estaba algo apartada de las otras casas, desafiando el trazado urbanístico de La Caleta, y eso me gustaba, porque dejaba a mi elección el acercarme al centro del pueblo o ser parte de la playa.

La había conseguido con malas artes. Por primera vez en décadas, decidí utilizar mis habilidades como *hacker* para alterar una cosa aquí y otra allá y hacer que la reserva de esa casa mutase a mi nombre como por arte de magia. No me supo mal ni sentí remordimientos: el hombre que la había alquilado no era trigo limpio, así que no me importaba que se buscase otro lugar para hacer acto de contrición.

Descargué el coche, lancé la maleta al dormitorio —todo blancura ligera en cortinas ondeantes y una cama que invitaba a refugiarse en ella— y coloqué la comida en la nevera y en las diferentes estanterías de aire bohemio. Solo entonces me descalcé, me quité las deportivas que eran parte de mí como si de un apéndice se tratasen —me gastaba un dinero ingente en comprarme pares y pares, quizá fuese mi único vicio conocido—, y las desterré al fondo del armario.

Quería arena entre los dedos, sentir que me anclaba a la tierra de nuevo.

Salí de la casa, pero a dos metros di media vuelta y volví a entrar. Saqué el móvil del bolsillo y lo dejé encima de la mesa, apagado. Necesitaba desconectar de alguna forma, aunque sabía que no sería capaz de hacerlo de forma continuada. Me asustaba que pasase algo en la familia y no enterarme; mi madre y mi abuela eran mayores y cualquier cosa podía ocurrir.

Ese móvil era el que daba acceso a una parte diferente de mi vida, a la que tenía totalmente diferenciada de mi trabajo. En él era Marcos Olivares, con un WhatsApp activo, un Instagram como cualquier hijo de vecino y tarjetas de crédito asociadas a Amazon y unas cuantas plataformas de venta *online* más. Ese era mi verdadero yo, al que intentaba proteger de todo aquello en lo que estaba involucrado mi avatar del mundo virtual, es decir, el de mi trabajo. Podría decir que, durante mucho tiempo, mis dos realidades convivieron en relativa armonía. Viajaba por el mundo creando sistemas de ciberseguridad para según qué cliente; primero, a través de unos jefes que me daban trabajos que no siempre me gustaban; más tarde, solo, tras haberme divorciado de ellos con batalla legal por medio. Ahora cogía los proyectos que más me interesaban y con los que me sentía cómodo, o esa era la teoría que me había funcionado hasta hacía unas semanas.

El móvil del trabajo se había quedado en Londres; el otro, ahora en la mesa de mi casa de Famara.

Por primera vez en veinte años, estaba incomunicado.

Cuando hablaban de desconectar, no había pensado que fuese tan difícil. Estaba pegado siempre a esos dos dispositivos como si fuesen voraces Tamagotchis, y separarme de ellos me llenó de un desasosiego extraño, algo parecido al mono que había experimentado las pocas veces que había intentado dejar de fumar.

Cogí aire, recabé las pocas fuerzas que me quedaban y volví a salir a la cálida tarde, a la arena en la que todavía se esparcían los turistas que en esa época del año plagaban la isla, pero que en una playa tan vasta como aquella, apenas parecían un puñado de hormigas.

No pensé, no analicé lo que deseaba o lo que no, simplemente, me moví siguiendo mis instintos. Comencé a caminar sintiendo como se me clavaban las piedras en las plantas de los

pies hasta que llegué a la zona de arena más fina. Ante mis ojos, la isla de La Graciosa reposaba en el horizonte, como esperando ante la eternidad de los sobrecogedores riscos de Famara. El paisaje era idílico, pero para mí suponía algo más: no solo se trataba del aire transparente y puro, sino de la energía subyacente bajo la tierra volcánica. Lo notaba, se acompasaba con mi pulso y se agarraba a la ansiedad que me había llevado conmigo. El agua me lamió los pies con su mordida fresca y no lo pensé, me quité la camiseta y las bermudas y me metí en el mar en calzoncillos.

No sé cuántos paseos y baños me di en aquella primera semana. Era como si necesitase empaparme de los elementos y no pensar en nada, dejar mi encefalograma casi plano para solo sobrevivir. Me resultaba más fácil hacerlo en la naturaleza salvaje de Famara que en mi vida de Londres, con sus miles de planes y tentaciones. La sencillez y la simplicidad me estaban haciendo dormir mejor y respirar con un poco menos de angustia, pero todavía no me había enfrentado de lleno a lo que me tenía así.

Poco a poco, me decía. Quizá el cocinar todos los días pescados frescos del mar que tenía enfrente, leer los cuatro libros que había en el apartamento de manera pausada y sin prisa, hacer incursiones silenciosas al supermercado, donde ya me había convertido en el favorito de doña Carmensa, o las noches acostado en la arena, buscando de nuevo el pulso de las estrellas, me irían sanando.

No quería tener prisa, pero era a lo que estaba acostumbrado: a plazos de entrega, a decisiones rápidas y efectivas, a un trabajo tras otro. No resultaba fácil ralentizar la vida, las costumbres y lo aprendido en casi veinte años. Ni quería preguntarme de tú a tú si era lo que quería seguir haciendo.

Tampoco pensé en quienes me rodeaban. Estaba cansado, exhausto, sin un ápice de energía extra, y solo deseé centrarme en mí y en mi bienestar, a pesar de que eso me hiciese sentir culpable.

Sabía que Victoria no viajaría a Famara ese verano, se había ido a Alaska con Bastian y los niños, así que estaba a salvo. Además, las acababa de ver a todas en el cumpleaños de mi abuela, con lo que contaba con algo de tiempo antes de que se extrañasen de mi largo silencio. Pero llevaba mucho tiempo estando pendiente de ellas, de mi núcleo duro, por lo que todos los días luchaba conmigo mismo con una especie de sentimiento de traición.

No tenía dudas de que Elisa, mi hermana casi melliza, estaba feliz en Finlandia y que, por fin, había encontrado su lugar en el mundo. Victoria, la mayor, también había roto con todas sus ataduras sociales y personales y volvía a brillar como la leona familiar que era. Mi madre había conocido a alguien estupendo, que la había hecho sonreír como no habíamos visto desde que murió papá —«no pienses en eso ahora»—, y la abuela seguía dando guerra sin demasiados achaques. Pero no todos estaban bien: Nora, mi hermana menor, se había alejado de nosotros y no era capaz de romper ese aparente equilibrio bajo el que juraría que guardaba tristeza, y luego estaban los hijos de Victoria, que, a pesar de que todo parecía haberse colocado en su sitio, habían vivido una infancia complicada y eso tenía que haberles dejado secuelas. El responsable David, la sensible Gala y la impetuosa Minerva, mis sobrinos y casi hermanos pequeños.

Pero ahora debía intentar dar un paso atrás y solucionarme a mí mismo.

Sin embargo, había alguien que se me colaba en mis intentos de llenar la cabeza con ruido blanco. Y por mucho que intentaba obviarlo, diciéndome que las cosas seguían como siempre entre nosotros, algo en mi interior me decía que no era así. Que aquella conversación de madrugada, exhaustos pero felices por haber terminado nuestro último trabajo, había destapado cosas que nunca habíamos querido ver.

Juicyhack. Mi *partner*, mi salvavidas, la que me hacía ser cada vez mejor profesional. Una desconocida demasiado cercana, de las pocas a las que había permitido acercarse a lo que era yo en mi esencia. Quizá fuese una madre de familia que engañaba a su entorno, o una adolescente de altas capacidades aburrida de su vida. Yo solo sabía que se había convertido en la horma de mi zapato, la mejor *hacker* que había conocido en mis años de carrera profesional, y que la necesitaba para probar mis sistemas. La parte del proceso donde trabajábamos juntos era la más estimulante de todas, y lo notaba en mí mismo, en cómo ardía en deseos de volver a contactar con ella —porque siempre se identificó como mujer y española, aunque no supiese nada más de su persona— para disfrutar de nuestra lucha de iguales. Lo que se originaba entre nosotros cuando trabajábamos podía compararse con una seducción larga y tensa, de esas que se instalaban como un dolor de huevos muy jodido que solo se solucionaba al final, cuando terminábamos y yo volvía a la vida normal, en la que no estaba duro como una roca cada vez que profundizábamos en los algoritmos o en las series que habíamos visto en las últimas semanas.

Porque no solo hablábamos de trabajo. Y tal vez ese hubiese sido nuestro mayor error. Porque ahora ella era más que alguien con quien trabajaba, que me pasaba una factura al final del proyecto y se iba. No, con el tiempo, las cosas no se establecieron así. Nos quedábamos hablando de mil temas que no tenían que ver con la programación, asuntos que no solía hablar con nadie que no fuesen mis hermanas. Pero con Juicy era diferente.

Por eso sabía que se iba a cabrear cuando se diese cuenta de que había desaparecido. Crucé los dedos para que no pensase que aquello era *ghosting*, aunque debía reconocer que, cuando volviésemos a hablar, no sabía por dónde encauzaría la conversación. Decidí confiar en su inteligencia, aunque no fuese la persona más emocionalmente avanzada.

«Cobarde. Nunca has sabido coger el toro por los cuernos cuando se trata de sentimientos».

Fruncí el ceño y decidí apartarlo de mi mente. Iluso de mí, me dije que, al final y como siempre ocurría en la vida, las piezas acabarían encajando. Pateé el problema hacia delante y me concentré en respirar.

La segunda semana comencé a correr. Y cuando digo correr, me refiero a hacerlo a lo Forrest Gump, aunque sin seguidores, si no teníamos en cuenta a algún perro que me perseguía ladrando un rato. La ansiedad, que se había aplacado los primeros días con pasear y nadar, se acrecentó a medida que dejaba entrar pensamientos del exterior. Me era muy complicado bloquearlos y sabía por experiencia que el ejercicio extremo, que me cansase hasta el tuétano, era un buen aliado. Así que cogí la forma que había perdido y me dediqué a correr por los alrededores, incluso hasta La Santa cruzando el pueblo de Soo, para llegar luego a casa muy cansado. Dormitaba en el cómodo sofá y, de noche, salía a comprarme un bocadillo o una tapa de algo para llevar. No me apetecía sentarme en una de las terrazas del pueblo y alternar con los parroquianos, que ya se habían dado cuenta de que permanecería en Famara más tiempo de lo habitual. Todavía no estaba en ese momento.

Ya en casa, saboreando un rejo de pulpo con ensalada y con las estrellas como compañía en mi solitaria terraza, me pregunté si la receta de Alan era realmente la que me hacía falta. Sí, estaba un poco más tranquilo que en Londres, pero no había sucedido nada más. Ninguna revelación catártica ni venda que se hubiese caído de mis ojos. ¿O mis expectativas habían sido demasiado elevadas? ¿Estaba siendo tan impaciente como un niño malcriado, buscando que sus deseos se cumpliesen sin demora?

Quizá me estaba costando ver que aquello no tenía que ver con unos y ceros ni con programaciones que se cumplían a rajatabla y de forma automática.

Tal vez me estaba enfrentando a un cambio de paradigma, a un punto de inflexión en mi

vida, y me estaba costando entenderlo.

Tenía el tiempo, pero no la paciencia, y no me permitía reconocerlo. No sabía estar sin hacer nada, sin planificar, ordenar y resolver. Parar la maquinaria tan bien engrasada durante años estaba siendo complicado, por mucho paseo y carrera que diese.

La clave se me presentó al día siguiente, cuando tras intentar dormir una siesta forzada, me pregunté si el problema era el hacerlo todo con demasiada consciencia. ¿Y si, simplemente, vivía la vida allí, como todo el mundo, sin obligarme a desconectar-desconectar-desconectar? ¿Disfrutando un poco más de lo que estaba haciendo?

Decidí que no tenía ganas de dormir, sino de conducir. Y me subí en el coche para llegar hasta Teguise, capital del municipio, donde paseé con calma por sus calles empedradas bordeadas de casas señoriales, con esa relajación que proveía la blancura que me rodeaba por todas partes. Entré en algunas tiendas curiosas y, por primera vez en mucho tiempo, no tuve prisa ni ningún reclamo para dejar de hacer lo que estaba haciendo.

Recuperé la sensación de estar de vacaciones, de mis viajes en solitario en lugares donde nadie me conocía y donde podía hacer lo que quisiera. Compré un cuadro de un talentoso artista local, un pareo para la playa, unos cuantos libros, y me senté a cenar algo en una tasca de ambiente relajado. De vuelta a Famara, con el cielo cuajándose de cuerpos celestes, sentí un momentáneo ramalazo de felicidad, de esos que quieres retener con las puntas de los dedos pero que se desvanecen con celeridad, dejando solo una calidez extraña en el pecho.

Al día siguiente, fui a comprar cervezas al supermercado. No había bebido nada de alcohol en los días anteriores, después de haber agotado las reservas iniciales, pero esa vez me lo concedí. Me eché en la hamaca de la terraza, abrí un libro y me serví una cerveza acompañada de aceitunas.

Otro momento feliz.

Cuando me hube leído los libros, fui a comprar más. Empecé a sentarme en las terrazas del pueblo, sobre todo de tarde, observando el devenir de los turistas y de los autóctonos, de quienes trabajaban allí y de quienes solo iban de paseo, parapetado tras mis gafas de sol y con el escudo de un sempiterno libro. No tenía ganas de hablar con nadie, pero era amable, y con eso mantenía a raya las preguntas bienintencionadas de la gente.

Visité más lugares, disfrutando de la sensación de libertad en las carreteras largas y aisladas de la isla, solo acompañado de cráteres, rocas volcánicas y viña.

Había llegado a una especie de sosiego que hacía tiempo que no me acompañaba.

No obstante, algo me decía que era solo temporal.

Que ocurriría algo que desbarataría mi castillo de naipes.

Y cuando una tarde, llegando a casa, me encontré a alguien sentado en las escaleritas que llevaban a mi terraza, supe que ese momento había llegado.

Amaia y Marcos

@CommonBoy: Me han dicho que eres tú quien está detrás de lo de Majestic.

@Juicyhack: Puede ser. ¿Por qué te interesa?

@CommonBoy: Porque necesito a alguien que trabaje conmigo y tiene que ser el mejor. Y con lo que demostraste, está claro que lo eres. Y, además, hay una segunda razón: porque no lo firmaste. Lo de Majestic, digo.

@Juicyhack: ¿Y eso por qué es una razón para querer trabajar conmigo?

@CommonBoy: Significa que no tienes ego. No quiero trabajar con alguien que esté obsesionado con estar bajo el foco y que se hable de él.

@Juicyhack: ¿Y por qué crees que a mí me pueda interesar hacerlo contigo? No sé nada de ti.

@CommonBoy: Sí que lo sabes. Todo el mundo me conoce.

@Juicyhack: Vaya, pues ahora el del ego eres tú, ¿no?

@CommonBoy: Por eso te digo que no hace falta más de eso en los proyectos que manejo. ¿Qué me dices, te vendrías al lado luminoso de la fuerza?

@Juicyhack: Ya estoy en él, así que eso no me convence.

@CommonBoy: ¿Quieres que te haga la pelota?

@Juicyhack: No, quiero que me digas la verdad. ¿Por qué me lo estás diciendo a mí y no a otro?

(Unos minutos sin teclear).

@CommonBoy: Porque eres el mejor. Sigo tu rastro desde hace tiempo y creo que eres quien puede hacerme frente como necesito para que los sistemas estén blindados.

@Juicyhack: Es una buena teoría, pero tienes un error de base.

@CommonBoy: ¿Ah, sí? ¿Cuál? Porque creo que he hecho bastante bien los deberes.

@Juicyhack: Que no soy el mejor.

@CommonBoy: Vale, está claro que quieres que te haga la pelota y te pase una oferta suculenta de porcentajes y ceros.

@Juicyhack: Pensaba que captarías mejor los matices, pero ya veo que no. Solo quería que tuvieses claro que soy *la* mejor, para que te puedas dirigir a mí con propiedad.

@CommonBoy: Recibido alto y claro. ¿Puedo llamarte ya Juicy? Es que soy muy de diminutivos.

@Juicyhack: Mal empezamos si ya te tomas esas confianzas. Déjame ver esa oferta suculenta y veré cómo te dejo llamarme.

@CommonBoy: Aquí la tienes adjunta. Tómate tu tiempo y, si quieres, la discutimos.

@Juicyhack: Perfecto. Me pondré en contacto contigo en breve.

@CommonBoy: ¿No puedes darme un horizonte temporal?

@Juicyhack: La paciencia no es lo tuyo, ¿verdad?

@CommonBoy: Lo cierto es que nunca lo ha sido. Ya te darás cuenta.

@Juicyhack: Peor me lo pones. Espero que haya muchos ceros para compensar ese defecto tuyo. Te dejo, he quedado. Ya hablamos. Adiós.

@Juicyhack se ha desconectado.

4

Amaia

Empecé a sentirme incómoda con la ausencia de CommonBoy cuando no se conectó para nuestra cerveza habitual de fin de proyecto y en la que poníamos en común lo acontecido en nuestras semanas de vacaciones. Normalmente, lo hacíamos sin encargo nuevo a la vista, solo para saber el uno del otro, porque nuestra relación —o como la quisiésemos llamar— no era de amistad de WhatsApp ni de quedar en un bar. Se basaba en esos maratones de mensajería encriptada que regábamos con cerveza, vino o lo que surgiese, y que habían ido de menos a más.

Fue idea de él instaurar la tradición cuando todavía no teníamos mucha confianza. Nos respetábamos y admirábamos mucho, eso sí, y no mentiría si dijese que, en aquel momento, conservábamos un cierto tipo de competición sana entre ambos. La primera vez que nos conectamos, me sentí cohibida: no sabía nada que aquel hombre y las relaciones humanas no eran mi fuerte. Pero, al estar tras el ordenador, con el anonimato garantizado, fui soltándome poco a poco. No deseaba darle demasiada información personal para que no supiese quién era, pero con el tiempo le fui contando cosas que quizá debería haberme guardado para mí: el hilo que me unía a los niños de la casa de acogida de Elena, donde pasaba mucho tiempo libre y donde me sentía más cómoda que en cualquier otro tipo de acto social; alguna pista sobre los otros proyectos que también hacía, vinculados a cuerpos del Estado; y, en los últimos tiempos, otras reflexiones y pensamientos que no compartía con nadie más sino con mi hermana y con Elena. CommonBoy era una presencia constante en mi vida, no solo como el brillante rival contra el que me batía en cada sistema que creaba, sino como alguien con quien hablaba de cosas tan variopintas como la cocina malasia o los trucos para pasarnos fases de videojuegos. Sabía que le gustaban las motos, que jamás tomaba refrescos y que le encantaban los calcetines con dibujos cuanto más raros, mejor.

Era la relación más estable que había tenido con un hombre en mi vida y la que más alegrías me daba.

«No pienses en todas las alegrías que podría darte. Que es como Stanford, por Dios. *Sex appeal* bajo cero. O eso necesitas tener en tu cabeza para mantenerla bajo control y que no se vaya por derroteros poco saludables».

Esperé un par de días, pensando que quizá estuviese de viaje, pero eso era una tontería. Esa circunstancia nunca le había impedido ser puntual a nuestra cita. A la semana de no saber nada de él, la inquietud se había convertido en preocupación. No era propio de CommonBoy desaparecer así.

Se lo dije a mi hermana, pero no le dio mayor importancia.

—No seas exagerada, Amaia. El hombre estará de farra por ahí y ha alargado sus vacaciones, nada más.

—Pero me habría avisado, otras veces lo ha hecho. No sé, me da miedo de que le haya pasado algo.

En mi mente lo veía muerto y devorado por perros salvajes en un paraje solitario.

—Quizá esté de picos pardos con alguna chati y tú, de los nervios. Relaja, cuchita.

Resoplé, mi hermana a veces era un grano en el culo.

—No estoy de broma, Mariana.

—Dale un poco de tiempo. Tal vez esté enfermo, o haya ocurrido algo en su familia. No sabes nada de él en ese aspecto.

Intenté tranquilizarme un poco, invirtiendo mi tiempo en actividades con los niños de Elena. Sus sonrisas, que rara vez se encendían, eran mi trofeo más preciado y me empleé a fondo para hacerlos sentir que podían ser lo que quisieran en la vida a pesar de partir de una casilla de salida de segunda clase. Probablemente, me recordaba a mi propia niñez. No acabé en el sistema de menores, pero casi. Por eso, al enseñarles a programar, a resolver problemas de matemáticas y de física, y al ver cómo iban progresando, yo misma iba sanando y reconciliándome con la Amaia que solo buscaba problemas para que su madre le hiciese caso.

Pero hasta esa tarea y la de organizarme un viaje que en el fondo no tenía ganas de hacer pero que sabía que me ayudaría a despejarme, no hicieron que mi preocupación disminuyese. Al revés, cuando ya habían pasado dos semanas, tomé la decisión de hacer algo.

Necesitaba saber si CommonBoy estaba bien y si necesitaba de mi ayuda.

Y a pesar de que me dijese que lo más seguro era que estuviese en un *jacuzzi* rodeado de unas cuantas bellezas complacientes, no me sentiría mejor hasta que no comprobase que no había nada raro.

Eso significaba destapar su identidad real, esa que nunca me había compartido como parte de nuestro tácito acuerdo. Se trataba de romper su privacidad, ver la dimensión real de su persona. Y para ello, debía hacer algunas… gestiones no muy acordes a la legalidad.

Hice lo posible para embaucar a mi hermana y que me echase una mano desde la Benemérita, pero me dijo que, si no había un caso abierto, ella no podía ponerse a investigar.

—¿Tú no eras la *superhacker* a la que nada se le resistía? ¿Qué haces pidiéndome ayuda entonces?

Me miró y alzó una ceja.

—Ah, claro, lo que quieres es no sentirte mal por investigarlo tú y me quieres echar el muerto a mí.

Tuve que poner cara de circunstancias y de algo más, porque se me acercó con cara de sabionda.

—¿Qué te pasa con ese tío, Amaia? No eres de involucrarte con nadie, solo con quienes estamos en tu vida desde hace mucho tiempo.

Intenté disimular, pero manejar emociones no era lo mío. Supongo que me puse roja porque empezó a sonreírme de una forma que conocía bien.

—¿No será que por primera vez después de Ricardo alguien se está metiendo por las costuras de tu armadura?

—Que no, Mariana, ¡qué pesada eres! Estoy preocupada, eso es todo. Le he cogido cariño en todo este tiempo y sé que algo debe ocurrirle.

—Pues haz algo. Quítate de encima esa desazón y averigua dónde está. Luego decides si quieres salir al mundo real o no.

Aguanté una semana más, durante la cual acepté un encargo urgente de mi otro cliente prioritario y me dediqué a la caza de brujas a destajo. Pero, al terminar, no me sentí mejor. Al contrario, ahora sí que tenía una funesta sensación de que algo estaba terriblemente mal.

Así que me senté delante del ordenador, llené la mesita auxiliar de fuet, galletitas saladas y

huevos duros pelados —sí, sonaba raro, pero los huevos me daban una energía que ni frutos secos ni santas pascuas— y me lancé a bucear en ese mundo que pocos entendían, pero que para mí era mi entorno seguro.

Sabía que sería difícil y que me exigiría llevarme hasta el límite. CommonBoy tenía una identidad que nadie había podido descubrir; él cuidaba con mucho celo su vida personal. No sabía cuántas capas tendría que quitar y que destrozar para llegar a la esencia, al punto en el que se cae la máscara cibernética y aparece la de la persona real. Pero dejé que la euforia y la adrenalina que siempre me acompañaban al inicio de un proyecto nuevo me invadiese, y me lancé a tejer redes a partir de la información que tenía, que no era mucha.

Al cabo de seis horas, no había conseguido descubrir nada. Me daba de bruces contra muros construidos con habilidad y no había forma de encontrar fisuras. Me levanté, de pronto consciente de que eran las cinco de la mañana, y me obligué a parar. Una ducha caliente y unas horas de sueño ayudarían seguro.

Pero pasó otro día donde intenté triangular su móvil del trabajo, desde el que muchas veces se conectaba a nuestro chat, y no hubo manera.

Y me enfadé. Me cabreé conmigo misma, porque era la primera vez que no era capaz de dar con la solución de algo, a primera vista, sencillo.

Había destapado identidades de gente terrible, de personas parapetadas en organizaciones criminales y lobos solitarios a los que había atrapado con tesón y creatividad. No era posible que eso se me resistiese.

Entonces, en un destello de esos que ocurren en la duermevela, en medio del mundo de los sueños y la realidad, recordé un nombre. Deb. La novia de CommonBoy, de la que me habló solo una vez, cuando terminaron.

«Ella no quiere lo mismo que yo. Su vida está ligada a los viajes, de aeropuerto en aeropuerto. Y le gusta. No puedo exigir que deje su trabajo por una vaga promesa de estabilidad».

Reconozco que ese día estábamos un poco achispados y tenía la sensación de que había algo más que se me escapaba, pero el tener un nombre del que tirar me llenó de energías renovadas.

Deborah O’Leary, se llamaba. Una belleza pelirroja que trabajaba para British Airways, con unas redes sociales poco activas, y si subía algo, eran fotos de paisajes de los viajes intercontinentales que hacía. Nada de personas, ni siquiera amigos. Pero era una persona corriente y moliente, de esas que no esconde nada como en mi mundo, así que pude ver sus facturas y entre ellas, la del teléfono.

Estuvo un tiempo domiciliado en una dirección londinense, hasta más o menos las fechas en las que CommonBoy me había contado que su relación se había terminado.

Aquella revelación fue la que aceleró todo, porque, con esa dirección, pude conocer el nombre del dueño de la casa y que el teléfono desde el que hablábamos llevaba en ese lugar casi tres semanas sin haberse movido.

Mis ojos cansados y enrojecidos le proporcionaron un halo casi sobrenatural a las dos palabras que cambiarían mi vida.

Marcos Olivares.

Sonaba bien, pero en ese momento no me importó. Lo único en lo que pensé fue en encontrarlo en el mundo real. Y eso pasaba por revisar muchas cosas, entre ellas, sus redes sociales.

Estuve a punto de apretar el ratón, pero algo me frenó.

Iba a hacer algo que no tendría marcha atrás. Todo lo que habíamos construido él y yo se

caería al suelo con estrépito; ahora no tendríamos máscaras.

Y decidí que me daba igual. Que quería saber si se encontraba bien, solo eso. Y si se enfadaba por haberlo descubierto, me daba igual. Peor lo había pasado yo pensando que le había ocurrido algo.

Bufé al ver su Instagram. Otro que no subía nada que tuviese que ver con humanos. Su *feed* era un homenaje al cielo estrellado, lleno de fotos preciosas de constelaciones, nebulosas y demás fenómenos de los que yo no tenía ni idea. Sonreí maquiavélicamente: me tocaba buscar entre sus contactos, y no iba a dejar títere con cabeza.

Y en unos minutos, lo encontré.

Fue en una foto de tres hombres en una piscina, sonriendo sobre un fondo azul intenso salpicado de gotas de agua y rayos de sol. Los tres eran guapos, cada uno a su manera, pero algo me hizo pasar el ratón por encima del que estaba en medio. Era el más alto y pasaba ambos brazos por encima de los otros dos, como indicando que era el nexo de unión entre ellos, ese elemento necesario para que la amistad hubiese florecido sólida y bonita. Paseé mi mirada por su sonrisa espléndida, el pelo oscuro y alborotado a pesar de estar mojado, la mirada franca y abierta y su cuerpo delgado pero fibroso, dejando atisbar la agilidad de un gato.

«No me jodas, CommonBoy».

Me eché hacia detrás en mi silla de *gaming* con el corazón latiéndome en las sienes. Si ese era mi jefe-amigo-confidente, me podía ir olvidando de la imagen de Stanford tomando té y vistiendo pantalones de cuadros escoceses. Aquel hombre no tenía nada que ver con lo que había creado en mi mente y no supe si eso me gustaba o me aterraba.

Me levanté, lidiando con una revolución en mi interior, algo que no era común en mí y que, por eso mismo, me estaba costando asimilar. ¿Por qué me había afectado tanto el verle la cara —*esa* cara— a quien conocía como a la palma de mi mano? ¿Por qué un maremoto interno me estaba diciendo que me habían gustado demasiado su sonrisa y su expresión de felicidad?

Abrí la nevera y cogí una botella de agua. El día estaba clareando en Madrid y el sol enrojecía las azoteas y buhardillas del Barrio de las Letras. Salí al balcón, donde el calor no daba tregua ni a esa hora de la mañana, y me recordé que yo era una mujer racional, que pocas veces daba rienda suelta a sus emociones porque no tenía la habilidad de gestionarlas bien.

La única vez que me había dejado llevar, me habían traicionado de la peor forma. No obstante, el aprendizaje de todo aquello fue que hasta de lo malo se puede sacar algo provechoso. En mi caso, ahí comenzó mi carrera como *hacker* profesional.

Rescaté todo mi desapasionamiento habitual y me dije que, ahora que lo tenía identificado, no sería difícil localizarlo. Esa era mi misión principal, el saber que estaba bien y que no lo había asesinado ningún cartel colombiano.

CommonBoy y yo vivíamos en territorios peligrosos a pesar de trabajar en sistemas de seguridad. Porque a quienes les vetábamos la entrada a lo que querían no estaban muy contentos de nuestra existencia. Nunca había pasado nada, pero alguna vez había querido entender una cierta preocupación por parte de CommonBoy. O Marcos. O como quisiera que ahora se llamase en mi cerebro. Quizá por eso había sepultado tan profundo su identidad, para proteger a su familia. Sabía que era importante para él, aunque yo no tuviese información sobre ella.

Dejé la botella a medio beber y me di una ducha para despejarme. Pero el cuerpo me traicionó y, aunque me moría de ganas de encontrarlo y decidir mis próximos pasos, me dormí sobre la cama. Ya no era la veinteañera que podía estar más de veinticuatro horas sin dormir cazando brujas, mis casi cuarenta ya pesaban. Tanto que abrí los ojos por la tarde, despistada y todavía cansada, pero bastaron dos pestañeos para activarme en modo *cyborg*. Me calenté unas

lentejas que tenía congeladas a pesar de que no me hacía mucha gracia su textura descompuesta, pero necesitaba algo con fundamento para darle de comer a mis neuronas.

Me recogí el pelo en un moño alto para que no me molestase y me dispuse para la batalla. Rastreé todos los movimientos que pude encontrar con diferentes variaciones de nombre y me sorprendí de lo fácil que fue. El Marcos Olivares de la vida real no se escondía, era como si fuese otra persona diferente a CommonBoy. O quizá estuviese tan seguro de que nadie conseguiría escarbar en sus muros sólidamente construidos que, en la vida real, se manejaba como el común de los mortales.

No me costó encontrar un billete de avión a nombre de Marcos Olivares a Lanzarote, fechado en julio, hacía más de dos semanas, y luego una reserva en un lugar llamado Famara. Cuando vi la playa infinita y el pequeño pueblo de La Caleta, salpicado de casas blancas con ventanas azules y verdes, y la salvaje belleza del entorno donde el viento prometía olas que me hacían la boca agua, tuve que contener un insulto hacia mi amigo. Pero toda esa inquina envidiosa desapareció en el momento en el que me di cuenta que su otro móvil, el que tenía a su nombre, llevaba sin dar señal desde el día que llegó a Famara.

Y por mucho que rastrease, no había movimientos de tarjeta de crédito, de compras *online*, nada. Era como si aquel lugar idílico se hubiese tragado a Marcos Olivares. Busqué noticias de sucesos en la isla, por si había pasado algo que cuadrase con su descripción, pero no encontré nada.

¿Y si alguien lo había encontrado y lo había hecho desaparecer? ¿Y si había tenido un accidente y nadie había dado con él? Me metí incluso en las *webcams* y en cámaras de seguridad de los negocios, pero no tuve suerte. Tragué saliva con cierta angustia. ¿Qué leches le había pasado a CommonBoy?

Una idea loca comenzó a gestarse en mi interior, una idea que iba en contra de lo que yo era y de cómo me conducía en mis relaciones personales.

Algo que, si lo hacía, inauguraría una senda que no quería ni pensar adónde me llevaría.

No era demasiado dada a analizar mi interior, no era una de mis habilidades más destacadas. Siempre había sido asocial, feliz entre mis mundos cibernéticos y los *hobbies* que me daban la vida. Mi grupo de amigos era reducido; mi vida sentimental, truncada por un malnacido que se dedicó a hacerme la vida imposible. Yo, simplemente, vivía el día a día y solo dejaba aflorar mis sentimientos cuando en mi trabajo veía algo que era inconcebible para la raza humana. Y con esa furia era capaz de cazar al peor espécimen que hubiese nacido en la Tierra.

Pero ahora me había descolocado por completo. La preocupación por aquel hombre se abría paso dentro de mí y sabía que no podría ignorarlo.

Tenía que ir a Lanzarote y comprobar con mis propios ojos que estaba bien. Aunque eso significase desvelar que lo había descubierto y quizá significase el final de muchas cosas.

Había un rasgo que me identificaba por encima de los demás: mi lealtad a la gente a la que quería. Y CommonBoy era muy importante para ignorar la preocupación que sentía por él.

Encontré un vuelo a Lanzarote para esa misma tarde, después de comer. Me la iba a jugar, quizá tuviese que volver con el rabo entre las piernas, pero no podía hacer otra cosa.

Necesitaba saber lo que había ocurrido.

Y mientras esperaba sentada fuera de la casa que Marcos había alquilado, ya cayendo la tarde, no me permití dudar de si aquella locura estaba bien o no.

Lo había hecho y punto.

Aunque mi determinación se tambaleó ligeramente al ver que un hombre se me acercaba y sus ojos claros se achicaban al intentar entender quién era.

Me levanté y, cuando nuestras miradas colisionaron, escuché un *crack*.

Quizá fuesen los cimientos de mi vida, que acababan de agrietarse como preludio de un terremoto que, en ese momento, todavía no veía venir.

5

Marcos

Aquel día, la playa de Famara había mostrado su rostro más ventoso, haciendo que decenas de miles de crestas espumosas batiesen sin tregua contra mi cuerpo. Así era como más me gustaba, no cuando se tornaba complaciente y atraía a decenas de bañistas. Me fascinaba su naturaleza salvaje, la fuerza marina contra la que tenía que bracear y que compartía con los surfistas y windsurfistas que se hallaban a unos metros de mí, mar adentro. Tras una tarde así, dejando libre mi mente para solo utilizar el cuerpo, me hallaba satisfactoriamente molido y dispuesto a pasar una noche tranquila.

Tras los pocos kilómetros de caminata de vuelta, me sentía tan cansado que ya ni notaba las piernas. Quizá por eso no me di cuenta de que alguien me esperaba en las escaleras de mi casa hasta que casi me lo topé de frente.

O debería decir me la topé. Era una chica, vestida con pantalones cortos y una camiseta de flecos multicolor, y agucé la vista para ver si era la sobrina de la del supermercado o si se trataba de alguien del pueblo que ya conocía de habernos cruzado por las calles arenosas.

Se levantó a medida que me acercaba a ella, con cierta rigidez en todo su ser que me hizo preguntarme si estaba nerviosa. Parecía contener una agitación superior a sus fuerzas. Pero cuando me encontré de lleno con sus grandes ojos marrones, supe que no se trataba de nervios. Era furia.

Empezó a caminar hacia mí y se me secó la boca al verla en su esplendor.

«Por Dios, es deliciosa. Como una guerrera de videojuego».

El cabello ondulado, castaño y con vetas de oro puro, se agitaba con el viento mientras su ceño se fruncía en un gesto que hacía muy besables sus labios color coral. Era menuda y curvilínea, con unos pechos que se tensaban y se movían debajo de la camiseta a la vez que daba unos pasos decididos muy de videoclip de mujer empoderada, afianzados por unos muslos carnosos que…

Mi descarado repaso se vio truncado por sus palabras, que me dejaron boqueando como un pez en tierra seca:

—¿Marcos? ¿Marcos Olivares?

«¿Quién coño es esta y cómo sabe quién soy?».

No fui lo suficientemente rápido en ocultar mi sorpresa y resopló, como quien constata un hecho que ya tenía claro. De nuevo, sus ojos se inundaron de rabia, y juraría que las guedejas doradas se engrifaron como las de una gata iracunda.

—Pues va a ser que sí, ¿no? ¿Que me ha tocado hacer de Paco Lobatón y el señorito estaba aquí de playa? —Cogió aire para seguir a la carga sin misericordia—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿De lo preocupada que he estado por ti? ¡Joder, que no se puede desaparecer así y no decir nada! ¡Pensé que te habían cogido los chinos, los rusos o una manada de perros rabiosos y te habían exterminado!

Dio una patada en el suelo, como para ponderar su enfado, y se acercó más todavía. El poder y la fuerza que emanaban de aquella mujer me fascinaron por completo y me hizo sentirme más vivo de lo que recordaba en mucho tiempo.

—¡No te costaba nada enviarme un mensaje y decirme que no ibas a aparecer en nuestra quedada! ¡O que te ibas de vacaciones y cerrabas el chiringuito hasta más aviso! ¡No sabes todo lo que he tenido que hacer para llegar hasta ti y ver que estás bien!

Una certeza comenzó a abrirse paso en mi sorpresa inicial mientras ella seguía con su perorata.

—Yo no suelo hacer estas cosas, ¡que lo sepas! Estoy muy contenta con mi vida y no necesito preocuparme por nadie más que por los pocos que tienen espacio en ella, pero, coño, Comm…

En un santiamén puse una mano en su boca y le pedí con la mirada que se callase. Y durante los segundos que duró nuestro contacto, me dije a mí mismo que jamás hubiese esperado un giro del destino como ese. Bajé con lentitud la mano, pero no di un paso atrás. Contemplé su rostro, el que me había imaginado mil veces pero al que nunca le había hecho justicia, y contuve la respiración.

—Sin nombres.

Asintió seria, pero no tardó en fruncir el ceño y proyectar su enfado hacia mí, cargando su metralleta verbal. Su voz de timbre dulce acariciaba las ces y las zetas con suavidad, y me pregunté de forma distraída de qué parte de España sería.

—Pues no haber desaparecido así y no tendría que estar aquí, en un pueblo perdido en medio del Atlántico, viniendo a cerciorarme de que estás vivito y coleando.

Sonreí divertido y eso la enervó más.

—Nadie te pidió que lo hicieras.

La mirada que me lanzó podría haberme calcinado.

—Lo sé. Pero da la casualidad de que hay pocas personas por las que me preocupo en el mundo, y tú eres una de ellas.

—¿Y cómo sé que tú eres tú y no alguien al que han enviado para hacer que pareciese un accidente?

—¿Y quién soy yo, Marcos Olivares?

Se concentró en doblegarme con la mirada, toda ella frío envuelto en fuego.

—Alguien que ha sido capaz de encontrarme cuando, en teoría, eso no era posible de ninguna de las maneras.

Se irguió, ufana, y dio un paso hacia atrás.

—Ya te dije que era la mejor.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Me parecía increíble que, de todas las personas del mundo, Juicyhack hubiese sido quien había aparecido a buscarme. Y no pude evitar que eso, muy en el fondo, me calentase el corazón. A ella no parecía ocurrirle lo mismo, seguía enfadada, y mi sensación era que no era algo que soliese gestionar habitualmente. Yo la conocía —o al menos, de forma virtual—, y sabía que no era dada a dejarse llevar por los sentimientos. Era una persona cerebral, a veces hasta robótica, y eso me encantaba porque la hacía aún mejor en su trabajo y porque intentar sacarla de quicio se había convertido en uno de mis pasatiempos preferidos.

Estaba claro que ahora lo había logrado con creces.

Observé sus gestos mientras ella intentaba ordenar sus ideas y sentimientos. Vi cómo sometía la furia que la había hecho estallar como nunca lo había hecho conmigo y cómo el alivio

soterrado se veía reemplazado por su modo habitual, el frío.

—Bueno, como ya veo que estás bien, puedo irme.

—¿Cómo? —barboté, incrédulo—. Si crees que puedes hacer todo esto para ahora darte la vuelta e irte por donde has venido, estás muy equivocada. Quizá solo me conozcas como lo que soy en el ciberespacio, pero aquí soy también esa parte que has vislumbrado en nuestros ratos de cervezas. Y esa parte no puede dejar que te vayas así.

—¿Y por qué no? Yo ya me he quedado tranquila, estás bien y…

Se fijó más en mí, como buscando algo bajo la superficie de calma que había logrado mantener desde que la había visto.

—¿O no estás bien?

De pronto, aquella situación se me hizo demasiado. Juicyhack había arrollado mi trabajada tranquilidad y había roto la baraja. Por mucho que quisiésemos, la vida ya nunca sería como antes.

Y dentro de mi mierda interna, no sabía si eso me gustaba o no.

—Necesito una cerveza —le dije, abriendo la puerta de la terraza—. ¿Te apetece una?

No dijo nada, pero siguió mis pasos. La terraza estaba cubierta por una fina capa de arena y sacudí los cojines de forma automática. El sol se estaba poniendo con lentitud, dibujando de forma borrosa la silueta de la isla de La Graciosa, y el cielo restallaba en naranjas brumosos y rosas encendidos. Supuse que Juicy querría quedarse allí, disfrutando de la naturaleza y de paso recomponiéndose un poco, pero me siguió al interior de la casa. La observé de reojo: iba escaneando todo lo que encontraba de una manera muy poco disimulada, sin esa pátina social que sabía que no era su fuerte, y tocó con suavidad la pila de libros que descansaban a un lado del sofá. Su cabellera le tapaba el rostro y pude recrearme en su piel dorada y lisa, que exhibía con una naturalidad pasmosa. Algo en su postura me resultaba terriblemente atractivo, era como si fuese un animal bello y elegante a punto de saltar.

«Jamás me la imaginé así».

Meneé la cabeza para eliminar aquellos pensamientos y le tendí una cerveza. La aceptó y me siguió hasta la terraza. Se sentó en una de las cómodas sillas en una postura imposible, con una pierna sobre la otra a modo de nudo, y no dijo nada más. Era como si se le hubieran acabado las pilas tras el estallido. Pero la conocía y barruntaba que aquella tregua era solo el tiempo que ella necesitaba para recolocarse. Así que no la dejé hacerlo y le hice la pregunta que me quemaba en la punta de la lengua:

—¿Cómo me encontraste?

Se encogió de hombros y entrecerró los ojos para evitar el sol.

—Reconozco que lo has hecho muy bien y que fue casi imposible rastrearte. Tuve que tirar de memoria humana.

Se tocó la cabeza con unos golpecitos y alcé las cejas para animarla a continuar.

—Un mago nunca desvela sus trucos, C… Marcos.

—Anda ya —espeté—. Me encantará saber dónde dejé la fisura por la que te colaste.

—Pues sigue adivinando.

Se quedó callada unos segundos y luego fijó en mí su mirada. Me sentí vulnerable, casi desnudo; eran unos ojos que veían mucho más que el resto del mundo, ojos viejos y sabios, que habían visto guerras y muertos, pero extrañamente dulces. Sentí que me conocían a la perfección y que a la vez eran nuevos e inquisitivos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te fuiste sin decir nada? No me casa con lo que sé de ti, con cómo reaccionas ante las cosas.

Me quedé callado. No me apetecía contarle nada de lo que me pasaba en ese momento, con aquella puesta de sol ante nosotros y con la mezcla de sensaciones que me había producido el que apareciese a buscarme. No quería mancharlo con palabras tristes.

Esperó un rato y luego, escuché un suspiro. Su voz sonó titubeante:

—No me lo cuentes si no te nace. Para mí era importante comprobar que estabas bien, nada más.

—Y yo te lo agradezco. No quisiera fastidiar este instante, por eso no quiero llenarlo de mis mierdas.

Me miró de soslayo y hubiese jurado que vi el atisbo de una sonrisa.

—No seas tan considerado, Marcos Olivares. Nos hemos visto ambos con mierda hasta el cuello y siempre la hemos rebajado con unas cervezas y una dosis de humor negro. Ahora no debería ser diferente.

—Imagina lo diferente que es para que me haya largado como lo he hecho.

Eso le dio que pensar.

—¿Y tu familia? ¿Sabe que estás aquí?

Negué con suavidad.

—No, les vi hace poco y estoy dentro del periodo de gracia durante el cual no suelen llamarme.

Volvió a mirarme de lleno a los ojos, insondable, y me alarmé de lo mucho que me removían las chispas doradas que salpicaban su iris.

Y yo, Marcos Olivares, el que siempre controlaba los ambientes a su alrededor, me levanté como un resorte y le pregunté si quería salir a cenar algo. Cualquier cosa que nos distrajese de aquellas aguas profundas.

—A esta hora no vas a volver a Arrecife y menos conseguir un vuelo de vuelta. Qué menos que invitarte a cenar y que disfrutes de La Caleta como si fueras una turista más.

Se terminó la cerveza con calma, como si aquello no fuese con ella, y asintió casi con renuencia.

—De acuerdo. Me merezco una buena cena por el susto que me has dado. Eso, como poco.

La acompañé a su coche a coger el escueto bolso que traía y, tras dejarlo en la casita, nos encaminamos hacia el pueblo. Había un restaurante de pescado que me encantaba, y dirigí allí mis pasos. Estaba orientado hacia el mar, tenía una bonita terraza llena de plantas y traían pescado directo de las costas que se abrían ante nuestros ojos. Era temprano para las costumbres locales y el restaurante solo tenía un par de mesas ocupadas por extranjeros mayores de la media de edad en el pueblo. Pero estaba hambriento, la tarde luchando contra los elementos en el mar y luego el terremoto que había supuesto la visita de Juicy habían mermado mis reservas de energía.

Mientras ella ojeaba la carta en silencio, caí en la cuenta de algo que me hizo sonreír.

—Ahora tú sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo.

—Puedes seguir llamándome por mi *nickname*, no tengo problema.

Hubiese jurado que sus ojos dejaron entrever una sombra de picardía. Puso la carta sobre la mesa e hizo un gesto hacia ella.

—Anda, pide tú. Me fío de tus recomendaciones, conoces más la gastronomía local que yo.

Sonreí divertido. La Juicy que conocía no solía dejarse llevar tanto, y así se lo dije. Se encogió de hombros.

—Estoy en entorno hostil, he venido a comprobar una corazonada y encima tengo hambre. No estoy para muchas decisiones ahora mismo.

Tuve que contener una carcajada.

—¿Territorio hostil? Ahora empiezas a sonarme como la mujer que conozco.

El camarero se acercó con parsimonia y apuntó el plato de camarones soldado, una sartenada de lapas y una sama a la espalda. Pedí un vino blanco seco de una de mis bodegas favoritas de La Geria —ignorando el hecho de que estaba tomando medicación y que quizá aquello no fuera buena idea— y unté un trozo de pan crujiente en un mojo de cilantro y aguacate que había aparecido ante nosotros.

—¿Y lo de las papas arrugadas? —preguntó ella, mirándome con curiosidad.

—¿El qué de las papas arrugadas?

—Pensé que ibas a pedirlas, ¿no es lo típico?

Sonreí.

—Nos las traen con el pescado. No se suelen pedir papas de entrante, eso es muy poco canario. Aunque tú podrías pedirlas, con tu acento, se te perdonaría.

Ella también estaba hambrienta, devoró el pan que le habían dejado a un lado y cogió un trozo del mío. Hizo caso omiso a mi comentario acerca de su acento y tuve que sacar la artillería.

—¿Me vas a decir tu nombre o voy a tener que adivinarlo?

Tomó un sorbo del vino helado y emitió un gemido que tuvo un efecto complicado en mí. Me removí, incómodo, y por enésima vez me pregunté por qué había aparecido y por qué tenía que ser tan brutalmente preciosa. No quería problemas, no los necesitaba en mi vida, y Juicyhack tenía toda la pinta de ocasionar unos bien gordos.

—Te lo diré si me dices qué es lo que te ha pasado para desaparecer así.

—No quiero hablar de eso.

Sin quererlo fui más seco de lo que pensaba, pero eso no la hizo recular. Solo entrecerró los ojos, intentando entender hasta dónde podía llegar sin fastidiarla.

—¿Y en algún momento me lo contarás?

Intenté relajarme. Era mi amiga, una persona muy cercana a mí, de las pocas a las que había dejado entrar en mi vida en los últimos años. Se había ganado el derecho a preguntármelo. No había muchos que pudiesen hacerlo a pesar de conocer a gente en casi cada esquina. Podía contarlos con los dedos de la mano: Elisa y Alberto, mis puntales desde la infancia; los amigos de Londres, con Alan, Robbie, Alyssa, Fenton y Barbara al frente, desde mi estancia en el King’s College. Y, ahora, ella.

—Todavía estoy lidiando conmigo mismo. Cuando esté preparado, te lo contaré. No te puedo hablar sobre algo que ni siquiera sé por qué me ha pasado, y eso es lo que más me preocupa. Ahora solo estoy… intentando encontrar el equilibrio.

Su mirada recorrió mi rostro, impertérrita, ocultando lo que fuese que estuviese pensando. Entonces escuché su voz suave.

—Amaia. Me llamo Amaia.

Y me sonrió por primera vez. Paladeé su nombre, me recreé en el hoyuelo que aparecía en su mejilla y en su nariz imperfecta, en el pelo de surfera californiana y la calidez de sus ojos vivos.

«Amaia. Tu nombre me sabe a castañas asadas y miel, a luz del sol y la frescura del agua de montaña».

—Encantado, Amaia. Yo soy Marcos.

Y chocamos dos turgentes camarones soldado. Noté que volvía a reprimir una sonrisa y seguí tirando del hilo. La conocía, sabía lo que la hacía reír, el tipo de humor que la volvía loca y lo que la enervaba. Era una desconocida deslumbrante con la que partía con la ventaja de años de camaradería que desembocaban en aquella cena frente a un cielo que se volvía nocturno y que

encendía las estrellas que todavía se me resistían. Aunque quizá, y solo quizá, las tornas hubiesen girado y la presencia de Juicy fuese el revulsivo que necesitaba, ese algo que podía deshacer el nudo que tenía dentro.

Por lo pronto, la notaba suavizarse con la botella de vino que nos habíamos tomado entre plato y plato. Le sonsaqué que vivía en Madrid, algo que jamás hubiera pensado.

—Te imaginaba viviendo en el norte, en Asturias o Cantabria, en una casa al lado del mar, con una manta sobre tus piernas y la leña crepitando en la chimenea.

—Qué idílico —se mofó de mí, y siguió dando buena cuenta del postre—. Aunque no te niego que suelo escaparme al País Vasco bastante a menudo, vivo en la jungla de asfalto.

—¿Y te gusta vivir allí?

Hizo un mohín indiferente.

—Trabajo en casa y es donde me siento cómoda. La ciudad es solo un decorado que, de vez en cuando, me sirve para desconectar.

—Entonces podrías vivir en cualquier lugar del mundo.

—Tal vez. Nací en Madrid y nunca me pregunté si quería irme de allí, para mí fue natural establecerme donde siempre había vivido. Además, allí se encuentra mi hermana.

Me había hablado bastante de ella y siempre me dio la sensación de que estaban tan unidas porque compartían algo más que el simple vínculo de sangre.

—¿Y tus padres?

Noté que con esa pregunta toqué hueso y Amaia se replegó como un molusco en su caparazón.

—No somos demasiado cercanos. Mi familia es mi hermana.

—¿Y tú eres la mayor o la menor?

Sacudió su cabello de forma intencionada, como si quisiese coquetear, y me hizo gracia porque se daba de bruces con lo que había visto de ella.

—La menor, por supuesto. ¿No te ha quedado claro que soy la que toma las decisiones por impulso? Eso jamás lo haría una hermana mayor responsable como lo es Mariana.

Sonreí, recordando a mi feroz Victoria.

—Eso nunca se sabe. La mía se salió del tiesto y rompió el molde, todo a la vez, a los cuarenta y cuatro años. Y ahora es la mar de feliz.

—Cuéntamelo.

No pude decirle que no, me sentía muy bien allí, teniéndola enfrente, con la cálida noche a dos pasos y el mar sonoro a diez.

Y por primera vez en todo aquel tiempo, respiré. Me llené de oxígeno, destensé mi cuerpo y decidí no pensar en nada más, ni en si ella se iría al día siguiente y si sería capaz de convencerla para que no lo hiciese.

6

Amaia

Abrí los ojos, despistada por la claridad tan pura que me rodeaba. El aire era diferente, más diáfano, como si pequeñas motas doradas danzasen ante mi rostro, un aire rebelde que hacía que las persianas desgastadas, de esas que parecían un acordeón de tela, golpeasen con ritmo desacompasado contra el marco de las ventanas.

Incluso el tacto de las sábanas me resultaba extraño. Eran frescas y blancas, esponjosas y abundantes, como si quisiesen crear un nido en aquella cama gigantesca.

En la que no estaba sola, por cierto.

Una respiración suave me acompañaba, al igual que un brazo moreno de músculos alargados y marcados.

Y no, no fue un despertar de película romántica, donde los protagonistas amanecen haciendo la cucharita y acaban frotándose hasta sacarse brillo. En aquella cama éramos dos, pero cada uno en su lado, como si de forma tácita hubiésemos guardado las directrices de nuestra amistad hasta en sueños.

Giré la cabeza con suavidad hacia Marcos. O CommonBoy, como seguía llamándolo en mi mente. Dormía bocarriba, con el rostro vuelto hacia mí y los brazos extendidos a los lados, como si no tuviese nada que ocultar.

«Oh, sí, vaya que sí tienes cosas que ocultar, Marcos Olivares. Y lo peor es que me muero de ganas de saber cuáles son, y eso se da de bruces con mi plan de irme esta misma mañana».

Porque lo había intuido, incluso yo, que era muy mala para entender a las personas y sus mundos internos. CommonBoy no estaba bien, existía una tristeza que rayaba en agonía muy al fondo de sus ojos claros, y me preocupaba. Era consciente de que no tenía cómo comparar, porque era la primera vez que lo veía, pero habría puesto la mano en el fuego por que Marcos Olivares era de esas personas cuyo gesto habitual incluía una sonrisa en la mirada.

Lo observé sin pudor. Me lo había ganado después de la intensa investigación que me había quitado horas de sueño y de tranquilidad.

«Es imposible que sea más guapo dormido que cuando está despierto, pero no puedo quitarle la vista de encima».

Llevaba la barba algo crecida, seguramente, en contra de lo que hacía por regla general —tenía pinta de afeitarse todos los días—, y admiré cómo acariciaba su mandíbula y bordeaba sus labios, que se fruncían en un arco pronunciado y muy erótico. El sueño plácido alisaba sus facciones y las arruguillas que tenía a los lados de los ojos, producto de la sonrisa que solía lucir en su rostro. Marcos Olivares era de esos chicos que, de primeras, conquistaban por su afabilidad y energía especial, pero que, a medida que iban hablando, te parecían cada vez más guapos hasta caer encandilada ante su encanto.

Recordé mi imagen mental de Stanford y tuve que sofocar una carcajada.

Y eso me sorprendió.

Hacía siglos que no me sentía tan divertida y liberada, como si la magia de Lanzarote me estuviese atrapando a mí también.

Decidí levantarme, dispuesta a quitarme de encima la tontería que me estaba entrando, y saqué los pies de la cama. Mis pies descalzos se acostumbraron rápido a la calidez del piso laminado y a su finísima capa de arena, pero casi me abrí la cabeza al bajar las escaleras del piso donde se hallaba el amplio dormitorio, que estaban muy inclinadas. El sol entraba a raudales por las ventanas y, de fondo, se escuchaba el fragor del viento y de las olas.

Me sentí muy viva. Y algo desconcertada.

Me pregunté qué hacía allí en realidad; yo, que valoraba por encima de todo mis rincones conocidos y el control de mi entorno, el saber que, cuando me levantaba de la cama, tendría colocadas a dos centímetros de mi pisada las zapatillas de Darth Vader. Pero algo en el aire y en lo que rodeaba a Marcos Olivares me hacía sentirme confiada. Como si estuviera en el lugar correcto. Que había hecho bien las cosas.

Recordé nuestra vuelta a casa del restaurante. Paseamos por el pueblo en un cómodo silencio que solo rompimos con bostezos. Ambos estábamos cansados, quizá el estallido de emociones nos había dejado sin fuerzas para nada más. Curiosamente, no hubo discusión acerca de dónde íbamos a dormir. Él se ofreció a dormir en el sofá, yo le dije que podíamos compartir cama, ya que era enorme, y no se resistió. De alguna forma, supimos que no ocurriría nada.

A pesar de que no pude obviar ciertos destellos de atracción que me cegaron en algún instante de la noche.

Me moví por la pequeña cocina para hacer café, deseando no despertarlo, pero en unos minutos escuché sus pasos en las escaleras. No me volví, intentando coger el bote que estaba bastante lejos de mi alcance, y noté que alargaba el brazo para ofrecérmelo. No se acercó, respetó mi espacio, pero de alguna forma sentí aquel gesto más íntimo de lo normal.

—Gracias —le dije, y solo entonces lo miré—. Son las pocas cosas malas de ser de tamaño mini.

Camiseta azul y pantalón de pijama claro, pelo castaño revuelto y ojos grises y amables. Una combinación del todo ganadora. Desvié la vista y concentré toda mi atención en el bote de café. Se apoyó en la encimera y me observó. La piel desnuda de mis muslos pareció cobrar vida propia y la sensación de estar expuesta fue colosal.

—No hace falta que hagas café, ya sé que no te gusta.

Una oleada de alivio me barrió y volví a mirarlo. Los ojos seguían amables y eso sí casaba con la imagen que había creado de él.

—Esta situación es tan extraña que me olvido de todo lo que sabes de mí.

Se balanceó hacia delante, apoyándose en la encimera, y asintió.

—Es que es raro. Nos conocemos desde hace mucho, nos hemos contado mil intimidades y ahora, que nos vemos en persona, es como si todo eso se esfumara, porque no soy capaz de asociar tu imagen real a la que tenía en mi mente.

Luego cogió aire.

—Pero sé que en cualquier momento eso no importará, que habrá un clic y todo encajará como siempre ha hecho.

—Me encanta que lo tengas tan claro —me reí para ocultar mi incomodidad.

—¿No te das cuenta de que ya está ocurriendo?

Me quedé pensando y tuve que reconocer que lo de dormir juntos en una cama no habría sido posible si yo no me hubiese sentido cien por cien segura de quién era y de que no había peligro con él.

«Joder».

—Prefiero no darle demasiadas vueltas, la verdad —respondí, agobiada por la profundidad de lo que veía al asomarme a lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

Lo que fuera que estuviese pasando.

—Estoy de acuerdo.

Algo en su tono de voz, que tiñó la tranquilidad habitual de un color azul de tristeza velada, hizo que levantase las orejas. Y esa parte poco desarrollada en mí, la que sabía qué hacer con las emociones de otras personas, decidió presentarse en ese mismo instante para echarme un cable.

—¿Te apetece café o quieres desayunar en alguno de esos bares que vimos durante el paseo de anoche?

Noté que suspiraba, como si las paredes de la casa se le hubiesen hecho insoportables de un segundo a otro.

—No estoy tomando café, pero gracias. Y sí, creo que me apetece más salir a desayunar fuera.

«¿No está tomando café? ¡Pero si es su modo de subsistencia durante días en medio de los proyectos!».

Decidí no preguntar y me fui al baño, deseosa de quitarme la sensación pegajosa del día anterior. Por la noche no me había duchado, caímos como troncos en la mullida cama sin pensar en nada más, y por eso disfruté la presión del agua y el aroma del gel, limpio y fresco.

Marcos me tomó el relevo cuando salí, no sin antes bajar la vista ante mis piernas desnudas. La brisa acarició mi pelo mojado y salí a la terraza móvil en mano, dispuesta a revisar mis mensajes. El tono de la melodía me sorprendió y sonreí al ver que era Mariana.

—¿Estás bien? No sé nada de ti desde anoche.

Su voz estaba teñida de preocupación y no pude evitar reírme.

—Sí, mamá, todo bien.

—Pero ¿dónde estás? ¿Sigues en Lanzarote? Lo último que supe fue que ibas a cenar allí, pero nada más.

—Sigo aquí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Cuándo vuelves?

El nivel de ruido de fondo disminuyó y supuse que se había metido en algún despacho vacío. Resoplé y empecé a hablar sin pensar:

—No lo sé. Anoche lo pasamos genial, pero hoy es de nuevo de día. No tengo ni idea de lo que va a pasar. Lo normal sería que buscase un vuelo e irme en cuanto pudiese, pero…

Miré a mi alrededor, a las olas rompientes en las rocas que se adentraban en el mar, al cielo azul intenso, la arena que se movía con suavidad entre las dunas y el vuelo elegante y kamikaze de las gaviotas.

—Me quedaría aquí aunque no estuviese Marcos.

Mariana se quedó callada, analizando lo que acababa de decir. La frase, en teoría inocente, escondía mucho más de lo que había a simple vista. Y agradecí que no entrase por ahí.

—Pues quédate, cuchita. Tú también necesitas unas vacaciones de vez en cuando, un poco de desconexión. Tómatelo como una oportunidad de disfrutar y explorar un lugar nuevo. Y no lo supedites a tu amigo. Decide tú lo que quieres para ti.

—¿Así, sin más?

—¿Y qué más tienes que hacer? Es Marcos el que te da trabajo y, por lo que sabemos, está en una especie de pausa vital. O lo que sea. Y de la Nacional no te han dicho nada tras tu última caza y captura, ¿no? Pues ya está. Regálatelo.

Aspiré el viento y mi mirada recorrió la pequeña cala rodeada de casas blancas y el muelle pesquero. Atrás, una carretera que serpenteaba entre tierra volcánica y que se perdía con serenidad, como si aceptase su destino de siempre llegar al mar, buscara el camino que buscase.

—Vale. Imagina que me quedo. ¿Crees que debería decirle algo a Marcos?

—¿Y por qué no se lo ibas a decir?

—Porque quizá se sienta comprometido a acogerme aquí, con él. Y no sé si querrá. Hay algo en él, algo distinto, como si estuviese triste por momentos.

—A ver, Amaia, deja de inventarte cosas, que ese no es tu fuerte. Cíñete a los hechos. No puedes saber si está triste o no porque no lo conoces o, por lo menos, no sabes interpretar sus gestos porque es la primera vez que lo ves. Tú dile que te ha encantado la isla y que vas a quedarte. Ya él decidirá si quiere pasar tiempo contigo o no.

Su voz bajó, como siempre que quería sonsacarme algo muy íntimo.

«Cómo me conoce, la muy maldita».

—¿Y tú crees que te pedirá acompañarlo? ¿Cómo ha sido todo con él? Porque no me has dicho nada sobre tus primeras impresiones…

Tragué saliva y me tomé unos segundos para contestar.

«¿Qué puedo decirte, Mariana? No puedo mentirte».

—Es una situación extraña, pero no rara. Como si me costara asociar todo lo que sé de él y todo lo que hemos hablado y vivido juntos con la persona que es físicamente.

—¿Y cómo es?

La pregunta fue suave; mi hermana sabía lo que me costaba expresar mis sentimientos sobre algo y más si eran personas.

—Es guapo, Mariana. De esos hombres de sonrisa bonita, ojos amables y un halo de «soy especial». Y es alto, muy alto, y delgado, pero elegante. Habla con calma, se centra en ti cuando habla, y tengo la sensación de que tiene muchísimo dentro, cosas que me causan mucha intriga.

Se quedó callada y luego la escuché reírse.

—Entonces, se te ha roto la imagen de Stanford Blatch.

No pude evitar secundarla.

—No te lo voy a negar. Nada más lejos de lo que es Marcos Olivares.

Luego lo pensé mejor.

—¿Pero sabes qué? Que de alguna forma sí que es Stanford. Porque desde que llegué, me he sentido acogida. Como si me fuese leal, como lo era Stanford con Carrie. Y Marcos, aunque no me haya visto nunca, ha obviado ese hecho y me ha aceptado como esa chica con la que lleva años compartiendo trabajo y confidencias.

—¿Y todo esto en una noche? Cuchita, me sorprendes. ¿Dónde están tus muros de hielo?

—Existen, Mariana. Siguen sólidos, solo me estoy asomando por encima de ellos.

Vi una sombra moviéndose en la casa y supe que Marcos había salido de la ducha.

—Te dejo, vamos a desayunar fuera. Te mantendré al tanto.

—Más te vale. Si no, mando una patrulla a buscarte, ya lo sabes.

Me reí y le mandé un beso sonoro, nuestra despedida de siempre. Los «mua-mua» y los «te quiero» eran inherentes a nosotras, gestos adquiridos desde que éramos pequeñas cuando nos lo decíamos por las noches, sin la presencia de una madre que crease ese ritual entre las tres.

Marcos salió a la terraza y metí el móvil en el bolsillo de mi mono naranja. La ducha parecía haberle alisado el ceño y solo lucía una media sonrisa despreocupada que casaba con su camiseta con un atardecer desvaído en el pecho.

—¿Vamos? Hay un bar donde hacen los mejores desayunos del mundo.

—Bueno, eso dependerá del tipo de desayuno que te guste, ¿no?

—Tú confía en mí.

Me tendió la mano y yo se la cogí sin pensarlo.

«Amaia, mujer cactus, ¿qué te pasa?».

Paseamos hasta el bar de mesas y sillas de aluminio que habían visto mejores tiempos, pero que destacaban con autenticidad entre el resto de terrazas. Marcos me preguntó si me gustaba el agridulce y me pidió que lo dejase sorprenderme. Al cabo de unos minutos, tenía delante un zumo multifrutas aderezado con lima y jengibre, y un bocadillo de pan fragante que habían rellenado con queso blanco fresco y aromático y una pasta que no era una mermelada, sino de textura más densa.

—Es dulce de guayabo —aclaró Marcos al ver mi cara de éxtasis al probar un bocado y luego mirar con más detenimiento el interior del bocadillo—. Es muy típico aquí en las islas mezclarlo con queso. Y si le añades unas galletas María, obtienes un postre de la leche.

—Está riquísimo —le dije con la boca llena, y se rio de esa forma que estaba aprendiendo a conocer, con un tono de voz más grave y privado, como si fuese una broma que solo compartía conmigo y que el mundo tendría que esperar para entenderlo.

—Me alegro. Porque estaba preocupado por ti, tus hábitos alimentarios no son como para escribir un libro sobre ellos.

—¡Qué dices!

Volvió a reírse ante mi contrariedad.

—A mí, lo de los huevos duros me dejó impactado cuando me lo contaste. ¿Quién come huevos duros pelados como tentempié cuando está trabajando?

—Por lo menos son proteína, no mierda de esa procesada que sé que engulles cuando estás hasta arriba.

Levantó las manos, como claudicando, pero algo en él hizo que me replegase.

«Peligro. Sube las barreras cuando hablamos de trabajo. Hasta yo, que soy un poco lerda a la hora de entender las emociones, lo he captado».

—Anoche me encantó la cena —le dije, intentando volver a territorios seguros.

—Es un buen sitio donde ir. Si quieres, esta noche podemos repetir. O si no, conozco otro un poco más allá que también está muy bien.

Me eché hacia atrás en la silla y sostuvimos las miradas unos segundos que parecieron horas.

—¿Qué quieres decirme con eso, Marcos?

—Ya lo sabes. Me gustaría que te quedases unos días más. No sé tú, pero creo que el que hayas venido es importante. Llevamos siendo amigos, cuánto, ¿seis años?, ¿siete? Y es la primera vez que nos vemos.

Paró un segundo y pensé que estaba buscando las palabras. Pero me miró y entendí que Marcos Olivares siempre tendría las palabras exactas que decir en cada momento. Tal vez estuviese encontrando las fuerzas para hablar, esas que intuía que le faltaban.

—Cuando vine a Lanzarote, quería estar solo y dejar la mente libre. Pero así llevo casi tres semanas y puede ser que me haya hartado de tanta soledad. Y estas horas que llevamos juntos me han dicho que me gustaría disfrutarte más. Hablar, pasear, visitar los lugares tan mágicos que hay en esta isla… Tomarnos unas vacaciones juntos, como los amigos que somos.

¿Por qué mi corazón latía más fuerte de lo normal, como si me estuviese avisando de algo? Contuve el gesto de poner la palma de la mano encima del lugar donde mi caprichoso órgano estaba temblando de emoción, algo que no me permitía desde hacía muchos años.

—A mí también me gustaría quedarme un poco más. Esta isla es… —e hice un gesto como si quisiese englobar todo lo que había a mi alrededor— especial. Creo que me vendrá bien desconectar.

Sonreí ante la leve ansiedad que vi cruzar su mandíbula masculina.

—Además, creo que podré soportarte como mal menor mientras me enseñas la isla.

Su carcajada fue real y ruidosa y me transportó a miles de momentos compartidos en los que siempre me pregunté cómo sería su risa. Pero ahora, en directo y sin emoticonos por medio, esa risa era mucho más atractiva y contagiosa, porque la acompañaban miles de chispas plateadas que bailaban a su alrededor, como si fueran las estrellas de las que siempre estaba hablando.

—Vas a arrepentirte de eso que has dicho, Jui… —Se interrumpió con gesto divertido y me señaló con el dedo—. Aunque ahora esté hecho una piltrafa, acabas de retarme, y eso está por encima de cualquier otra cosa.

Me reí ante su gesto decidido y no pude evitar preguntarme qué saldría de todo aquello. Me estaba metiendo en la boca del lobo, pero a mí siempre me había gustado más luchar contra dientes afilados que llevar comida a la abuelita, así que cerré los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, decidí seguir mis instintos y lanzarme al vacío.

7

Marcos

El que Amaia hubiese aceptado mi invitación de quedarse unos días en la isla me llenó de una energía inusual, como si aquel «sí» hubiese sido algo que llevase esperando toda la vida. No quise pensar más allá, en si estaba parcheando lo que me pasaba con otros estímulos, como su compañía, porque me conocía y sabía que, aunque me distrajese, acabaría llegando al centro de mi ansiedad. Lo haría porque si no, no sería capaz de avanzar en ninguna faceta de mi vida.

Pero en ese momento solo quería disfrutar un poquito, sentir que estaba vivo, abrazar las emociones como hacía tiempo que no me lo permitía. Una pequeña prórroga, nada más. Y Amaia, con cada gesto, comentario mordaz y golpe de melena, me fascinaba como nada lo había hecho en años y acrecentaba las ganas de un kitkat mental y vital.

Desayunamos con tranquilidad, casi perezosos, paladeando la libertad que da el no tener nada que hacer, cero planes en la agenda y ningún «tengo que» que subsanar. Existir era lo único importante y hacerlo en aquel pueblito blanco a la orilla del mar era una cura para el alma. Hacía algo de viento, lo suficiente para una jornada de playa sin invasión de turistas. Y el cuerpo me pedía agua fría y sal depositándose en capas sobre mi piel. Me tomé un último vaso de agua con limón y le pregunté a Amaia si le apetecía darse un baño. Asintió con los ojos brillantes y nos levantamos para ir a casa a cambiarnos.

La playa kilométrica nos saludó con un mar alborotado, casi juguetón, y con los riscos de Famara recortándose contra el cielo luminoso. La noté coger aire y sonreí en secreto. Era una imagen tan pura y primitiva que era imposible que no se incrustase para siempre en la memoria del que la observaba. Allí había aire, luz, tierra volcánica ancestral y un océano que era el dueño omnipresente de todos los que habitábamos en aquel lugar. La marea estaba alta, llegaba casi hasta los callaos, con lo que la tarde nos ofrecería la imagen aún más espectacular de los charcos inundando la arena y reflejando los riscos como un espejo.

«Le va a encantar. Es chica de costa, se le nota».

Caminamos durante un buen rato en silencio, respirando y disfrutando del sol que nos bañaba, goloso. En las olas, amantes de los deportes acuáticos se recreaban entre espuma, y por la arena nos íbamos encontrando a turistas que oteaban con cierto respeto la inmensidad azul.

Pero yo me había criado en playas bravas, en las del norte de Tenerife, y sabía cómo navegar aquellas corrientes. Eché un vistazo a la mujer que caminaba a mi lado y supe que ella también. Me había hablado de su amor por el Cantábrico, por su frialdad y sus olas, y las escapadas para disfrutarlo.

Me despojé de la camiseta y la dejé sobre los callaos. Quería ser el primero en entrar, porque no quería perderme la cara de ella en su primer baño en aquella playa que, para mí, desde siempre, era especial.

El agua estaba transparente, de un color casi turquesa, y acudía a mí en oleadas cortas y sucesivas, con pequeños bordes de espuma. Fue casi instantáneo: la sensación de llenarte de

vida, de que sumergir el cuerpo en aquel medio primigenio ahuyentaba todas las preocupaciones. Me zambullí con ganas, pero sin regodearme demasiado; quería ver a Amaia entrando en el mar.

Avanzaba a pasos decididos, toda ella una combinación deliciosa de fuerza y poder femenino. Llevaba un bikini amarillo plátano, de estilo surfero, y la piel dorada y turgente pareció mimetizarse con la arena mojada que la encuadraba en una imagen difícil de olvidar. Sonreía, pasando los dedos por la superficie del agua, y con los ojos buscaba una ola en la que hacer su bautismo de océano.

Con un movimiento controlado, de esos que confiesan muchas horas de mar, sorteó una ola por debajo y apareció a mi lado, llena de energía y con una sonrisa de las que se contagian.

—Qué maravilla, Marcos —dijo antes de zambullirse de nuevo.

«Eso mismo creo yo, Amaia. Y no solo por la playa».

Nadamos, luchamos contra las olas, descansamos en la orilla y vivimos con ganas el tiempo que estuvimos allí, que, a juzgar por la posición del sol, fue largo. Emprendimos el camino de vuelta en silencio, el mismo que habíamos compartido durante el día, porque, aunque suene extraño, no fue una jornada de palabras. Era como si la naturaleza que nos rodeaba nos hubiese sumido en un estado de absorber todo lo que nos ofrecían los elementos, sin enturbiar esa quietud con cháchara.

Y también es cierto que, muchas veces, los cuerpos hablan más que las palabras. En todas aquellas horas, compartimos sonrisas de camaradería, miradas de complicidad, nuestros hombros y muslos se tocaron sin vergüenza alguna cuando nos estirábamos en la orilla, y aprendimos a gravitar el uno alrededor del otro, intentando cuadrar esas identidades virtuales, que eran las habituales entre nosotros, con sentirnos en tres dimensiones.

Era pasmosamente fácil acostumbrarme a ella. Como si siempre hubiese estado presente en mi vida; Amaia, su rostro precioso y su cuerpo carnoso y menudo.

Y sí, mirado desde la objetividad, todo eso parecería de flipado, de alguien ansioso por no estar solo y que estaba ensalzando demasiado algo que podía deshincharse. Quizá tuviese parte de eso, pero, en el fondo, existía en mí una duda razonable de que fuese algo más. El qué, no lo sabía aún.

El embrujo de la playa se rompió al llegar a casa y al percatarnos de que nuestros estómagos gruñían a la vez. En verano, todos los restaurantes de la zona estaban abiertos y, aunque se nos hubiese pasado la hora de comer, esperaba poder sentarnos en algún lado. El tiempo en La Caleta no transcurría como en el resto del mundo, los horarios se diluían sin esfuerzo para adaptarse a un biorritmo enlentecido.

Nos sentamos en una terraza y hundí los pies en la arena mientras devoraba la carta con la vista.

—Mañana, si quieres, nos vamos de excursión, y a la vuelta paramos en un súper grande. Podemos hacer una barbacoa por la noche si te apetece.

Asintió con los ojos brillantes de expectación.

—¿Adónde vamos a ir?

—Hay mil sitios increíbles que visitar. Es lo que tiene esta isla, hay planes hasta decir basta. ¿Hay algo que no te apetezca hacer?

Hizo un mohín con los labios.

—No quiero ir a ninguna ciudad. Prefiero naturaleza, lugares con encanto.

—Aquí en Lanzarote hasta las ciudades tienen encanto. ¿No conoces la historia de César Manrique y lo que hizo por esta isla?

En mi mente ya estaba estirando las vacaciones de Amaia, porque si quería ver todo lo que

tenía que ofrecer la isla, habría que emplear días y días. Y mientras le contaba el legado del gran arquitecto lanzaroteño y decidíamos lo que almorzábamos, mis neuronas despertaban del letargo y, de forma pausada, comenzaban a desperezarse.

Después de unas tapas de ensaladilla y unas croquetas no muy católicas, emprendimos el rumbo a casa. La tarde caía y con ella el mar se replegaba para ofrecernos la estampa más idílica de Famara. Amaia me miró y supe que quería volver a la playa.

—Creo que te has enamorado de este rincón del mundo de forma irreversible —bromeé. Se encogió de hombros, risueña.

—Quiero vivir esta playa en todas sus dimensiones y ahora toca la de la tarde.

Me miró titubeante.

—Oye, que si te quieres quedar en casa, no pasa nada. Tú ya esto lo has visto muchas veces.

—¿Y perderme la cara de lela que se te va a quedar? Ni de coña.

Me dio un codazo y nos adentramos en la arena. Era el momento de la magia, los naranjas del cielo se unían con el de los charcos de mar que reflejaban los majestuosos riscos del macizo, y también era magia en ella. Las ondas de su pelo parecían cascadas de oro y miel y la sonrisa en sus ojos se tiñó de ámbar al abarcar la inmensidad de la playa. Nos quedamos parados y ella se adelantó unos pasos, abriendo los brazos como si quisiera abrazar el viento; se mantuvo ahí un rato, absorbiendo cosas que yo no podía ver, pero que a ella le susurraban secretos que la hacían sonreír.

Y verla ahí, tan relajada y feliz, sin la habitual tensión que ensombrecía nuestra relación porque el trabajo al que nos dedicábamos desgastaba los nervios de forma intensa, hizo que algo en mí se rompiese, como una fina hebra que era el inicio del nudo que habitaba en mi interior.

Era como si el resonar de un cuenco tibetano y unas manos sabias hubiesen desbloqueado algo en mi pecho.

Trastabillé del impacto y agradecí que ella no me estuviese viendo en ese momento porque no sabía lo perdido que estaba y todavía no sabía si se lo quería contar. Acabaría haciéndolo, tenía que ver con nuestro trabajo común y la afectaba de forma directa, pero no quería ahondar en lo negativo ahora que ella estaba allí, conmigo, brindándome la amistad que habíamos forjado durante todos aquellos años.

Y el impacto de entender que nadie había hecho por mí lo que esa chica inteligente y llena de fuerza fue como un restallido en el pecho, otro más que añadir a las cuerdas que se estaban rompiendo en mi interior.

Nadie, excepto mi familia, se había preocupado por mi bienestar como ella, tanto como para resolver el enigma de mi identidad y personarse en el lugar donde yo podía estar o no, jugándosela sin miedo alguno.

«Joder. Juicy, eres mucho más de lo que esperaba. A ver qué hago yo con eso ahora».

Me desconcertaba y me fascinaba a partes iguales conjugar a la Juicy cerebral y fría que conocía desde hacía años con la mujer que había aparecido en Famara.

«Marcos, céntrate. No añadas más lío al que tienes en la cabeza».

Iba a tener que andar con pies de plomo con ella, porque podía dejarme llevar con demasiada facilidad. Observé su exuberancia, tan diferente a lo que había imaginado, y tracé un plan para salvaguardar lo que fuera que necesitaba proteger de mí mismo.

Esa noche nos sentamos ante un mapa de Lanzarote e hicimos un recorrido totalmente analógico de los lugares que recordaba que merecían la pena visitar. No consultamos en buscadores, no encendimos una pantalla, sino ante un trozo de papel manoseado hicimos nuestro plan del fin de semana, conscientes de que dejábamos muchas cosas fuera y que nos harían falta

días para cubrirlas, no solo un fin de semana.

Fue el primero de nuestros acuerdos tácitos, de esos que no se verbalizaban porque quizá no aguantasen la luz del día.

Nuestro primer destino fue una mañana soleada en el idílico pueblo de Haría, cuajado de palmeras y situado en un valle del que luego bajamos a la costa. El baño en la piscina natural de Punta Mujeres y un almuerzo tardío en Arrieta, como si fuéramos turistas de verdad, hizo que viese la isla con ojos nuevos, unos que absorbían los comentarios certeros y los silencios de Amaia, sus canciones desafinadas siguiendo los éxitos de la radio y su poca disposición a contarme cosas de su vida.

En el fondo, éramos dos ostras miedosas de abrirnos y dejar ver el brillo de lo que cultivábamos en nuestro interior. Pero yo no era consciente de ello, tenía la inteligencia emocional nublada y sin visos de recuperarse en el corto plazo.

Esa tarde compramos calamares y langostinos para hacerlos a la parrilla por la noche, y llegamos a casa con varias bolsas de compra. Tenía la sensación de estar preparando una fiesta, y así fue; encendimos las ristras de bombillas que cruzaban la terraza de cabo a rabo y elaboramos una cena sencilla pero sabrosa que regamos con vino blanco de la isla, enfriado en unas viejas cubetas de aluminio que encontré en la solana.

Hacía siglos que no hacía algo así con una chica y menos con la sensación de que todo fluía como si no hiciese falta decirnos nada para crear un pequeño mundo perfecto.

Supongo que eso no le gustó al karma y decidió meter sus dedos en el asunto.

Nos habíamos llevado la botella de vino a las rocas, ya de noche cerrada y con un santuario de estrellas sobre nuestras cabezas, y la teníamos remojándose en un frío charco de agua salada.

—¿Lo de la astronomía te viene de lejos? —me preguntó ella, degustando el vino con deleite.

—No soy físico ni astrofísico, pero siempre me ha interesado el tema. No es que fuera de los que tenían un telescopio desde pequeño, pero con el tiempo fui leyendo y observando el cielo y así se convirtió en una de las cosas que más me gustan.

Alcé la mirada y, como si fuese en una película tipo *Matrix*, el puzle celeste cobró sentido sin esfuerzo alguno. Pero, como hacía tiempo, no tenía ganas de hacer de guía astral para nadie, ni siquiera para ella. Así que lancé una bomba de humo y le pregunté por sus aficiones. Yo ya sabía de ellas, pero prefería escucharla en vez de tener que hablar yo.

—… y esas fueron mis últimas vacaciones enfocadas en temas históricos. Cuando me obsesiono con algo, necesito visitar los lugares donde han ocurrido los hechos. He estado incluso en el motel donde asesinaron a Martin Luther King, o siguiendo la línea Maginot entre Francia y Alemania.

—Te gusta investigar, por lo que veo.

—Sí —asintió, convencida—. Me gusta encontrar algo que se me escapa y eso me encanta de…

Se calló, de pronto, y tiré del hilo.

—¿De qué?

—De nada —pronunció con la boca pequeña, pero algo me dijo que quería que se lo sonsacase.

—Querida Jui… Amaia, creo que me estás ocultando algo —canturreé, y noté su repentina incomodidad. Lejos de amilanarme, profundicé el ataque—. ¿Es eso que haces cuando no tenemos proyectos? ¿O lo que no te deja descansar cuando estamos metidos en uno de ellos? Siempre me he preguntado qué sería eso que nunca me has mencionado de forma explícita.

Saqué la botella del charco y rellené nuestras copas a la vez que elucubraba con su actividad secreta.

—¿Trabajas para la NASA? ¿Vendes alfombras persas de contrabando? ¿Eres asesora de Netflix para sus series?

Logré que se riese brevemente, pero luego se quedó mirando con fijeza hacia la isla de La Graciosa, cuyas luces tenues se divisaban desde donde estábamos. Presencié su batalla mental en silencio, casi con reverencia, porque sabía lo poco que le gustaba abrirse y su natural suspicacia con la gente.

«Soy yo, Juicy. Conmigo no tienes por qué sentir miedo».

Pero a la vez, me sentí culpable porque yo tampoco estaba siendo sincero ni honesto con ella. Todavía no le había contado mi crisis existencial y ya estaba pidiéndole que lo hiciese conmigo. Era injusto y decidí liberarla del brete en el que la había puesto. Entonces comenzó a hablar y reculé como el cobarde que era.

—Nunca te he contado por qué decidí hacerme *hacker*. Todo ocurrió mientras estudiaba Informática. Estaba en el último año, con mis ideas puestas en buscar trabajo en alguna empresa de las grandes donde poder aprender, y luego establecerme por mi cuenta; fue entonces cuando conocí a Ricardo. Estudiaba Derecho y venía de esas familias de renombre donde los hijos ya estaban colocados en trabajos estupendos antes de terminar la carrera. No sé lo que me atrajo de él, ya que éramos muy diferentes. Quizá fuese su seguridad, su confianza en el mundo porque siempre supo su lugar en él, y todo eso era muy diferente a lo que era mi vida. Nos liamos en un bar en una fiesta universitaria, de las pocas a las que fui durante la carrera, y empezamos a salir a la semana.

Cogió aire y no me miró.

—Ricardo siempre quiso más de lo que yo le podía dar, supongo que eso explica su fascinación por mí. Era como un misterio para él, un regalo con muchas capas de envoltorios que abrir. A mí me gustaba cómo me sentía cuando estaba en su mundo, era como si parte de su seguridad la compartiese conmigo. Pero al cabo de un tiempo, me aburrí y se lo hice saber. —Ahogó una risa irónica—. Ya sabes que hablar de emociones no es lo mío. Le sentó como un tiro, o peor, y casi que me obligó a seguir con él porque él no era un tío de fracasos. Y menos en su proyecto de «chica pobrecita pero brillante a la que introducir en el gran mundo». Llegó un momento en el que tuve que plantarme porque ya no lo soportaba más y Ricardo mostró su peor parte. Desapareció. En pocos días, recibí llamadas y mensajes de texto muy raros, preguntándome por horarios y tarifas. Con un poco de investigación, descubrí que había puesto fotos mías, de las íntimas, en internet, con mi teléfono y promesas de mil guarradas.

Me miró con una antigua furia velada en sus ojos.

—Fue como si algo se conectase dentro de mí. Supe perfectamente cómo tenía que hacerlo, dónde meterme y qué teclas tocar para hacer desaparecer toda aquella bazofia y de paso…

—Un poco de venganza, ¿no?

Asintió, comprimiendo los labios hasta que casi desaparecieron.

—A Ricardo le di un escarmiento en muchos frentes. Creo que aprendió la lección. Y yo aprendí mucho de esa experiencia. Lo primero fue que tengo en mi interior un exacerbado sentido del bien y del mal, de justicia para los que contaminan el mundo con actos como el de ese cabrón. Pensé en todas las chicas a las que les puede ocurrir algo así, y peor todavía, lo que se ve en las capas más ocultas de internet con respecto a los niños. Entendí que tenía en mis manos una espada láser de *jedi*, algo con lo que cortar cabezas a mierdas como Ricardo o gente mucho peor que él, así que me dediqué a perfeccionar mi don.

—Entonces, te dedicas a cazar…

—Sí.

—¿Y cómo…?

—Colaboro con el Estado, Marcos. Me llegan peticiones de persecuciones y les entrego a los malos en bandeja con un lacito. No sabes lo mucho que me gratifica eso, son peones que voy matando en el tablero de ajedrez mientras busco al rey y a la reina.

Su voz se volvió más grave, tensa como una cuerda. Y cómo me gustó escucharla, por el amor de los dioses y todas las fuerzas del universo. Quise decir algo, pero siguió hablando. Y no la interrumpí, porque era la vez que más tiempo la había escuchado hablar en aquellos días.

Tal vez necesitase escucharse ella también.

—Por eso me gusta tanto lo que hago. Por un lado, trabajo contigo. Y no es por los proyectos, porque a mí las empresas privadas u organismos como el último me dan igual. Si los hackean, el mundo no se pierde nada, solo sus accionistas. A mí lo que me engancha de nuestro trabajo es batirme contigo. Somos los mejores en esto, pero solo puede haber un trono, y algún día lo conquistaré. No podrás diseñar algo que yo no pueda batir.

—Eso se llama adrenalina —logré decir ante su intensidad.

—Llámalo como quieras. Pero lo que tenemos me encanta, aunque me haga vivir una realidad paralela. Mi hermana dice que no sé relacionarme con el mundo exterior porque tengo uno creado a mi medida y que eso no es sano. Puede que tenga razón, pero cuesta desengancharse de nuestras batallas.

»Y luego está lo otro, los proyectos puntuales que me hacen sentir útil, en los que aporto luz a esta mierda de mundo que no sé en qué quedará para las generaciones futuras. Recibo cada vez más encargos, que es bueno y a la vez malo: bueno, porque puedo ayudar y aprendo cada día, y malo, porque eso significa que por cada pederasta, narco o proxeneta que cojo, salen diez más.

Se acabó el vino y sus ojos refulgieron bajo las estrellas. Estaba llena de vida, de ganas, de resolución y energía tan brillante que tuve que entrecerrar los ojos porque solo ponía en evidencia mis sombras.

¿Cómo le decía ahora yo que ya no veía mi futuro así? ¿Que durante mis carreras solitarias y mis embates con el mar, el cuerpo me había dicho que no necesitaba más esos retos que a ella tanto le encantaban? ¿Que la vida me estaba pidiendo un cambio de rumbo, una tranquilidad que jamás pensé que llegase a desear?

Estaba a la deriva, con sentimientos que habían nacido en mi interior como si se hubiese activado un reloj biológico. No me hacía falta trabajar a tan alto nivel; con el dinero que había ganado, podía vivir con cierta comodidad durante años, y había descubierto en mí necesidades que no entendía, porque jamás se me habían presentado.

No estaba siendo capaz de absorber lo que mi interior me estaba diciendo, y eso me estaba rompiendo en pedazos.

Y entonces la guerrera a mi lado sacó la espada láser y la hundió en la arena entre nosotros, como esperando una respuesta, mi visión sobre todo aquello que le había contado. Lo noté en la tensión momentánea de su cuerpo, en la mirada larga que se deslizó por mi rostro.

Una conocida garra aprisionó mi pecho y me hizo levantarme.

«No, ahora no, por favor. Este no es el mejor momento».

Luché por coger aire, aplicando las técnicas del *mindfulness* que había ido aprendiendo durante aquellas semanas, pero necesité espacio. Más del que había en aquella playa kilométrica bajo un cielo infinito.

Ella se alertó, pero alcé la mano mientras me alejaba. No quería que viniese conmigo, no

mientras fuese incapaz de decirle nada acerca de lo que me pasaba. Comencé a caminar, luego, a correr, y solo cuando llegué a casa y me metí en una ducha fría, fui capaz de respirar.

No la escuché llegar a la cama; solo de madrugada, cuando me sobresalté con el corazón latiéndome a mil, sentí su presencia tranquila al otro lado del colchón, y fue su respiración la que consiguió serenarme y volver a cerrar los ojos como si algo me dijese que, con ella, estaba más a salvo que con ninguna otra persona en el mundo.

Amaia y Marcos

@CommonBoy: ¿Estás disponible, Juicy?

@Juicyhack: Espera, voy. ¿Qué pasa?

@CommonBoy: Solo quería decirte que ha sido un trabajo increíble y, aunque estoy derrotado, quería agradecerte todo lo que has hecho. Me has tenido contra las cuerdas, que lo sepas.

@Juicyhack: Ya te lo dije. Vas a sufrir conmigo.

@CommonBoy: Tienes una vena sádica por ahí escondida que creo que te encanta sacar en los momentos de mayor estrés.

@Juicyhack: Puede ser. A saber por qué. (emoticono de risas)

@CommonBoy: Oye, ¿y si nos tomamos una cerveza para celebrarlo? Como un brindis de fin de proyecto.

@Juicyhack: ¿Tú no estabas cansado?

@CommonBoy: Para una cerveza, nunca. ¿Qué me dices?

(Minuto y medio de tecleo de Juicy).

@Juicyhack: Bueno, vale. Pero porque no tengo otra cosa mejor que hacer, ¿eh? Que esto de quedar se me hace raro.

@CommonBoy: ¿Estamos quedando, Juicyta?

@Juicyhack: Uf, ni de coña empieces con diminutivos o te bebes la cerveza tú solo. Y no, no estamos quedando, o sí, pero como si fuera un *afterwork*.

@CommonBoy: Me gusta, nunca he estado de *afterwork* y la ventaja de este es que me lo puedo personalizar como me dé la gana. Espera, que voy a poner un poco de música.

@Juicyhack: Buena idea. Creo que voy a hacer lo mismo.

@CommonBoy: ¿Qué vas a poner? A lo mejor coincidimos.

@Juicyhack: No lo creo. Tú tienes pinta de escuchar a Vivaldi.

@CommonBoy: Bueno, realmente me va más Rachmaninov, pero hoy me decanto por escuchar a Robbie Williams.

@Juicyhack: Buena elección. A mí también me gusta. Aunque hoy me apetece Blur.

@CommonBoy: Podríamos hacer una *playlist* conjunta; si quieres, creo la opción y lo linkeamos a Spotify.

@Juicyhack: No sé… ¿Y si luego me pones a Julio Iglesias?

@CommonBoy: Oye, que Julio tiene sus canciones, solo hay que darles una oportunidad.

@Juicyhack: Calla, que casi me atraganto con la cerveza. Necesito picar algo para digerir esto.

@CommonBoy: Al final acabaremos cenando juntos, lo sabes, ¿no?

@Juicyhack: Tú, en tu casa y Dios, en la de todos, ¿o no era así? Yo qué sé. A lo mejor le cogemos el gusto a esto del *afterwork.*

@CommonBoy: Ya verás que sí, y que acabaremos haciéndolo al final de cada proyecto. ¿Y por qué no? Nos lo merecemos después de las horas de tensión y estrés. Mientras no hablemos de trabajo, bien.

@Juicyhack: ¿Y de qué hablamos si no nos conocemos?

@CommonBoy: No entres en pánico, Juicyta, que ya te veo. Pues de la vida, de lo caro que está el pescado o de la última serie que estemos viendo. No sé… Al final pasamos mucho tiempo juntos aunque no nos veamos. Quizá nos hagamos amigos.

@Juicyhack: Jamás si sigues escuchando a Julio Iglesias.

@CommonBoy: Todo se andará, Juicy, todo se andará.

8

Amaia

Siempre he sido bastante obtusa para entender estados de ánimo, leer entre líneas e intuir tormentas de emociones, pero la que estaba viviendo Marcos era tan evidente que hasta una *cyborg* como yo era capaz de verlo.

No mencioné su espantada en la playa tras la barbacoa en su casa, algo me decía que era mejor no hablar del tema. Había visto de refilón sus ojos y el pavor que los inundó se me metió muy hondo. ¿Qué le estaba ocurriendo para sentirse tan mal?

Él tampoco dijo nada a la mañana siguiente. La única señal que hizo fue justo al levantarse: alargó su brazo y cogió mi mano, apretándola, como si quisiese darme las gracias por estar ahí y no haberme marchado. Eso me desconcertó aún más: Marcos Olivares, el poderoso CommonBoy, mi jefe y *partner*, el amigo inesperado que había cuajado tras años de conversaciones de todo tipo, me necesitaba de alguna forma. No sabía cuál, pero algo especiado y bonito se expandió como una nube por mi pecho erizando el vello de todo mi cuerpo. Y las ganas que me dieron de abrazarlo me sorprendieron con fuerza, como si un vector estuviese dirigiendo mi movimiento hacia él. Me frené a tiempo, a regañadientes, aunque mi mente recreó cómo habría sido ese abrazo cálido, donde lo habría hecho sentir que no estaba solo. Deslicé mis ojos por lo que veía de él: el hombro tensionado, el brazo firme hasta en reposo y la línea del cuello que ocultaba su rostro de mí, un rostro que ansiaba ver feliz, con la mandíbula relajada y los abanicos de sus pestañas oscuras en paz.

Esa mañana decidí que lo haría sonreír de nuevo. Si la fórmula era no hablar de trabajo —porque hasta una obtusa podía darse cuenta de que el agobio le entraba cuando mencionábamos algo de ese estilo—, llenaríamos la ecuación con otras variables más felices. Y eso no sería difícil en una isla como aquella.

Preparé un desayuno a base de zumos y tortilla francesa, para no tener que salir a desayunar fuera y así darle más tiempo para que se recompusiese, y lo serví en la terraza, donde aquel día no soplaba el viento. Marcos se había levantado más temprano que yo, supuse que había ido a correr —lo solía hacer en su vida habitual—, y aplaudí mentalmente cuando abrió la cancela y vio la mesa puesta.

«Primera sonrisa del día. Amaia 1-sombras 0».

—¡Pero qué pinta tiene esto! —exclamó, quitándose la camiseta. Se había bañado en el mar y su piel aparecía moteada de escamas de sal, haciéndome desviar la vista en un gesto involuntario que prefería no analizar. Era demasiada piel bronceada, músculos firmes y desgarbada elegancia. Le di un buen trago a mi zumo —o jugo, como él lo llamaba— para refrescarme la boca, y le tendí el plato de tortilla para hacer algo con las manos.

—Dicen que desayunar bien cambia el rumbo de tu día.

—Lo dice la que come huevos duros como *snack* —se mofó, y puse cara de desesperación.

—Eso me va a perseguir toda la vida —bufé, y se rio. Qué guapo era cuando lo hacía, era

como si se iluminase por dentro y por fuera.

—Te prometo que, si sigues haciendo desayunos como estos, haré como que me olvido de ese dato y me centraré en otras cosas.

—Miedo me das, Marcos Olivares.

Sonrió con la boca llena de tortilla y no pude hacer menos que reírme. Y como había decidido evitarle preocupaciones, seguí hablando:

—Hoy me gustaría ir a las Montañas del Fuego y luego ver esa forma tan especial que tienen de cultivar la viña en la isla.

—¿A La Geria? Me parece fantástico. Podemos hacer una ruta de bodegas, están casi todas a lo largo de una carretera que transcurre entre los viñedos. Pero si te parece, esa la hacemos otro día, como plan único. Después de las Montañas del Fuego, podemos ir al Golfo, por ejemplo.

Esa fue la tónica de los siguientes días. Yo iba dejando caer lo que me gustaría hacer y él recogía el guante con una sonrisa. La estrategia era no dejarlo agobiarse, solo que viviese cada actividad en el presente, relajado, y relevarlo de la responsabilidad de hacerme de guía turístico era un buen punto para que él también se fuese destensando.

El día de La Geria yo parecía un perrito ansioso sacando la cabeza por la ventana. No era posible absorber la belleza del paisaje sentada dentro de una carcasa de metal y cristales, y así se lo dije a Marcos.

—¿Y por qué las cultivan así, dentro de esos semicírculos de piedra? ¿Para protegerlas del viento?

Mi mirada recorría las extensiones de ceniza volcánica donde una suerte de hoyos acogían a las vides en su interior y las rodeaban de pequeños muros de piedra. No había visto algo así en la vida.

—Pues no tengo ni idea. Supongo que será por eso.

—Alguna explicación más tiene que haber. ¿Cómo es posible que no lo sepas?

—Más bien, ¿cómo es posible que no hayas investigado eso de antemano y no me estés dando una clase magistral acerca del tema?

Le saqué la lengua y rio con ganas. Dios mío, qué guapo era. Y qué sexi me parecía conduciendo, todo pura coordinación y miembros largos y relajados, con el pelo alborotado y cara de no tener preocupaciones en la vida. Cada vez me costaba más concentrarme en la *friend zone* y no dejar rienda suelta a eso que se formaba en mi vientre con su presencia.

—Dicho y hecho, jefe. Déjame buscarlo y te cuento, a ver si acabas estas vacaciones con un poco más de cultura general.

Mientras leía información sobre el cultivo de la vid en Lanzarote, Marcos aparcó frente a una de las bodegas e hizo un gesto con la cabeza:

—Esta es mi bodega favorita.

—Entonces deberías haberme traído aquí como última parada. Después de esta, las otras quizá no estén a la altura.

—Si es así, siempre podemos repetir al final de nuestro *tour*.

Y así lo hicimos. Terminamos donde empezamos, haciendo la última visita guiada a los campos de cultivo y disfrutando de una cata al atardecer mientras el aire se llenaba de partículas doradas que contrastaban con el negro del suelo y el verde de las viñas. Allí sentada, con Marcos a mi lado, un malvasía aromático en la copa y con aquellas vistas ante los ojos, decidí que aquel sería uno de esos momentos para el recuerdo, de los pocos que atesoraba en mi disco duro, y al que podría transportarme cuando quisiera porque todo lo que estaba sintiendo era bastante intenso.

«¿Qué me está pasando? ¿Dónde están mis capas, mis muros bien construidos? Espero que solo estén de vacaciones, como yo, porque si no, estoy bien jodida».

Me levanté para ir al baño, presa de muchas emociones y preguntas a las que no estaba acostumbrada, y me refresqué la cara un rato hasta que toda esa ensoñación se hubo disipado de mi cabeza. Salí con toda la determinación de seguir siendo la amiga que iba a sacar a Marcos de dondequiera que estuviese y devolverle su brillo y sus ganas de vivir, pero flaqueé al verlo apoyado en la barandilla que daba a los viñedos, con su perfil recortándose contra los rayos de sol naranjas y una expresión de anhelo en todo su ser. Me dieron ganas de abrazarlo, de meter las manos por debajo de su camiseta y abarcarlo entero, sintiendo la suavidad de su piel contra la mía y transmitiéndole la energía que le faltaba.

«A la mierda. Lo necesito y creo que él también».

Sin pensarlo demasiado, me acerqué y, con un movimiento tan natural como si lo llevase haciendo toda la vida, me abracé a su torso cálido, apoyando la cabeza a la altura de sus pectorales, donde percibí que los latidos de su corazón se agitaban tal y como lo hacían los míos: sobrecogidos, llenos de sorpresa y con un soterrado júbilo porque por fin nuestras pieles cantaban juntas.

El abrazo se hizo infinito, bello, cuajado de palabras silenciosas y de besos incorpóreos llenos de ternura. Como si necesitásemos consolarnos, hacernos uno frente al mundo. Fue cálido, suave y a la vez lleno de aristas, la suma de los montes y valles de nuestros cuerpos que se fundieron casi con inocencia, encajando como si hubiesen sido creados desde el principio para darse respuesta.

Noté que Marcos cogía aire, casi con ahogo, y sentí el roce de su mejilla contra mi cabello.

«Qué poco valorados están los abrazos. No nos enseñan su lenguaje secreto».

—Gracias —murmuró por encima de mi oído, y le di un pequeño apretón como respuesta.

Y de pronto me hice consciente del cuerpo duro que estaba abrazando y de que, si no me alejaba, una bola de energía muy diferente podía explotar entre nosotros. Sentí una marejada caliente inundar mis células y la repentina pesadez de mi entrepierna. Di un paso atrás, asustada, y me solté de su abrazo, con una sonrisa amable que esperaba camuflase el líquido y repentino deseo y la reacción abrumadora que todavía asolaba mi interior.

—Era el lugar perfecto para un abrazo —le dije, como si tuviese que justificar lo que habíamos fabricado entre los dos, y sentí que le estaba costando volver a ser él. Parpadeó varias veces y luego me regaló la enésima sonrisa del día.

—Me lo llevo de recuerdo, Amaia.

Y con toda naturalidad, deslizó sus dedos entre los míos y caminó hacia la salida. Me quedé quieta como un pasmarote y busqué la forma de reaccionar con rapidez.

—Espera, ¿no quieres comprar nada de la bodega?

Sonrió de lado, como si supiese que aquello era una salida rápida de alguien a quien le acababan de romper todos los esquemas.

—Creo que ya tenemos suficientes reservas en casa, ¿no crees?

«En casa. Me da miedo lo bien que suena».

—Tienes razón. Para qué más.

Enarcó una ceja, divertido, y tiró de mi mano para empezar a caminar. Lo seguí, sumisa, y en menos de nada estábamos de nuevo en el coche.

—¿Quieres que paremos en La Santa para cenar?

«Piensa, Amaia, piensa. Analiza cuál es el entorno más seguro después de lo que ha ocurrido».

—Vale. Pero nada elaborado, por favor. Me apetece comerme un perrito caliente o un bocadillo de esos que chorrean por todos lados.

—Umm. Entonces mejor volvemos a Famara y hacemos arepas. A La Santa podemos volver otro día.

Días. Esa era la clave. A lo tonto, llevaba allí más de los que había planificado y lo peor de todo —o lo más preocupante— era que no tenía ningunas ganas de irme.

Espanté esas ideas de mi cabeza, conjurando el *carpe diem* que llevaba protagonizando desde que Marcos me pidió que me quedase.

—¿Arepas? ¿Eso qué es?

—Te vas a chupar los dedos, solo te digo eso. Y que voy a necesitar tu ayuda para prepararlas.

—Cuenta con ello.

Paramos en el supermercado para comprar un paquete de harina de maíz, pechuga de pollo, aguacate, tomates, huevos y unas cuantas cosas más. Las copas de vino de La Geria me habían abierto el apetito y no veía la hora de zamparme lo que fuera que preparara Marcos.

No tardamos mucho en elaborar la masa de las arepas —una especie de tortitas de procedencia venezolana, que Marcos me contó que eran como el pan en aquel país— y, mientras la dejábamos reposar un poco, hicimos dos rellenos: el de la «reina pepiada», que era una mezcla de pechuga de pollo deshilachada o mechada, aguacate, mayonesa y cilantro, aunque me dijo que lo del cilantro venía de su madre y no siempre se le ponía; y el de «perico», con una sabrosa mezcla caliente de huevo, tomate, cebolla y pimiento.

Habíamos puesto música, un disco de Leiva que me encantaba, y abrimos unas cervezas a la par que íbamos cocinando y canturreando. La noche ya había caído como una suave capa oscura y serena, solo rota por el sonido del mar y algunas risas lejanas desde los bares del pueblo. La luna, casi llena, se había posado sobre el horizonte y hasta yo, que era más de ceros y unos, me sobrecogí por su belleza.

Trabajábamos en sintonía, yo acatando sus directrices y pidiéndole que me contase más cosas sobre lo que estábamos cocinando.

—Las arepas se pueden hacer asadas en el horno o fritas. En mi casa se hacen fritas, completamente sumergidas en aceite, y quedan sabrosas y crujientes. Pero asadas también están buenas.

—¿Y cómo las vamos a hacer nosotros? —inquirí, entretenida rehogando aros de cebolla.

—¿Después de tomarnos no sé cuántas copas de vino cómo crees que nos va a saber mejor?

Me reí y lo miré de reojo. Le sorprendí observándome con una pequeña sonrisa, de esas que guardan secretos. Algo se reavivó en mi interior, una especie de latigazo agridulce, y volví a bajar la vista a la sartén.

—Fritas hasta la médula —respondí, adoptando un tono distendido.

—Exacto. ¿Ya terminaste con eso?

—Me queda la parte del huevo.

—Vale, pues cuando termines, ven, que te necesito para darle forma a las arepas. Las haremos todas y las que sobren, las guardamos crudas en la nevera con una servilleta empapada en leche por encima, así nos las podremos comer mañana.

Acabé con el relleno, me lavé las manos y me dirigí hacia la mesa de la cocina, donde Marcos estaba destapando la fuente de masa. Cogió una bola entre las manos y con pericia formó una tortita perfecta, más pequeña que mi mano y no demasiado gruesa, lo suficiente para poder abrirla *a posteriori*. Me hice con una porción de masa e intenté hacer la misma bolita que él para

luego aplastarla, pero se me abría por los bordes y parecía un platillo volante en vez del círculo perfecto que había hecho Marcos. Se rio por lo bajo y señaló mi engendro con la cabeza.

—No tienes el entrenamiento de las Méndez, se nota. Mi madre y mi abuela son unas hachas en esto. Una tía mía vivió en Venezuela y lo primero que hizo al volver fue adiestrarlas en el noble arte de las arepas.

Miré mi bola deforme y chasqueé la lengua.

—Pues ya me dirás si podemos salvar esto.

Se movió hacia mí y me rodeó por detrás, situándose justo a mi espalda. Sus manos se posaron sobre las mías, que se habían paralizado, expectantes, y comenzó a hacer un movimiento circular con ellas. La bola entre mis palmas se calentó y adquirió la forma que llevaba intentando conseguir en los últimos minutos, y yo me sentí Demi Moore en *Ghost*.

«Por Dios, Marcos, ¿hacía falta esto para enseñarme a hacer una arepa?».

Su cuerpo no estaba pegado al mío, con ese natural respeto del que siempre hacía gala, pero estaba cerca, muy cerca, demasiado para mí y mi serenidad mental. El movimiento lento y cadencioso de formar la bola de masa pareció durar una eternidad, segundos que iban calentando mi cuerpo sin piedad alguna. Nuestra diferencia de altura era considerable, y no sé cómo fui capaz de sentir sus labios cerca del moño holgado que me había hecho en la coronilla. Y cuando juntó mis manos para aplastar la bola, tuve que apretar los muslos con todo el disimulo del mundo y contener el movimiento que ansiaba hacer mi cuello, buscando estar más cerca para provocar que hundiese su nariz en él.

—¿Ves? Ahora solo hay que aplastarlo con la palma de la mano ligeramente cóncava. Así. —Su voz había bajado de tono, aunque sus manos seguían siendo seguras, como si el fin de todo aquello fuese solo didáctico.

No podía mentirme, no lo era. Y él lo sabía. Era imposible engañarme ni engañarse.

Tragué saliva, tenía la boca seca como el esparto, y me pasé la lengua por los labios. Menos mal que no me veía, porque aquello habría sido una clara invitación y no quería que se percibiese así. No todavía.

Dejé que guiase mis manos para formar la tortita y luego, casi con renuencia, ambos la depositamos sobre la bandeja. Nos quedamos quietos un momento; yo, buscando la excusa para no movernos y él, sin darme pista alguna sobre lo que estaba pensando, pero al final fuimos los dos los que rompimos el ambiente tan íntimo que habíamos creado: Marcos, con un ligero carraspeo y diciendo que iba a poner el aceite al fuego; yo, empezando a fabricar arepas como una fábrica, porque otra cosa no, pero cuando aprendía algo, lo replicaba a la perfección.

—¿Otra cerveza? —me preguntó, como si necesitase buscar cosas que hacer. Asentí y, en cuanto la tuve en la mano, me bebí la mitad de un trago. Terminé de formar las arepas y las dejé en la bandeja, deseosa de salir a la terraza a coger aire. Me estaba asfixiando por lo que reclamaba mi cuerpo y el calor que se había creado en la cocina.

Me senté fuera, en una de las hamacas, mientras escuchaba el chisporroteo del aceite y las notas de una canción de Supersubmarina. El aire alborotado me calmó un poco, aunque levantaba remolinos de arena como los que se alzaban en mi interior mientras intentaba entender qué era lo que había pasado allí dentro, y qué era lo que estaba ocurriendo en todos esos días robados a mi vida, la de siempre, la segura y controlada.

—¿Quieres cenar aquí fuera?

Su figura se recortó contra la luz, apoyada en el marco de la puerta, y me sobresalté. Esbocé una sonrisa y, tras el efecto beneficioso del baño de aire y luz de luna, fui capaz de entrar de nuevo en nuestro *modus operandi* habitual.

—Me encantaría. Unas vistas como estas no se disfrutan todos los días.

Entré para ayudarlo a poner la mesa y en unos minutos tenía delante una bandeja llena de doradas y jugosas arepas, y todo un despliegue de rellenos. Lo miré sorprendida y sonrió.

—No sabes lo fabulosa que sabe una arepa con un simple relleno de jamón y queso. Por eso traje toda esta chacina, para que pruebes las combinaciones que te gusten.

Mi estómago se contrajo de anticipación y me lancé a por una reina pepiada. Se me salía el relleno por todos lados, apenas me entraba en la boca, pero el sabor era sublime.

—Qué buena idea la de las arepas estas, Marcos —logré decir entre bocado y bocado. Se rio, divertido.

—Ya veo. Me encanta que disfrutes tanto comiendo, es un placer verte hacerlo.

—No entiendo a esa gente que picotea como los pajaritos y con cara de asco. Por Dios, no saben lo que se están perdiendo.

—Además, todo sabe mejor cuando se hace entre dos, ¿no te parece?

—Lo que tengo claro es que, si lo hubiese hecho yo sola, no sabría igual.

—Suele pasar. Es como si el toque del otro diese un punto especial.

—Está claro que trabajamos bien juntos.

Asintió, pero noté como se cerraba. Tocar el tema del trabajo hacía que se formasen círculos bajo sus ojos y como si su aura habitual, tan brillante y amable, perdiese luz.

Pero si era su amiga, no dejaría de tocar el tema. No podíamos obviarlo por mucho que fuese un elefante rosa en la habitación. En algún momento tendría que contarme qué era lo que le pasaba. Sin embargo, no iba a ser esa noche.

—¿Cuál es tu favorita? —desvié la conversación por otro lado, mucho más seguro, y noté que se relajaba. Me contó que la que más le gustaba era la de calamares con alioli, como hacían en una famosa arepera en La Laguna, su ciudad natal, y estuve tirando del hilo de sus vivencias para distraerlo. Y él se dejó, con esa inteligencia emocional de la que hacía gala y que solo se tambaleó cuando nos dispusimos a recoger y me miró a la cara.

—Espera, déjame ver qué tienes ahí.

Su vista se fijó en algo cerca de mi boca y no pude evitar ver que sus ojos titilaron, más grises que azules. Levantó la mano y a mí se me paró el corazón al darme cuenta de que me iba a tocar. Su tacto fue suave, como el rozar del ala de un pájaro, pero lo sentí en todos lados, hasta en el alma, esa con la que no estaba demasiado en contacto.

Pasó el dedo por la comisura de mis labios y se lo llevó a la boca, chupando lo que fuera que se me había quedado allí. El corazón me resonaba en los oídos como los tambores de guerra de una tribu apache, y me puse roja. Mucho. Como hacía años que no me ocurría. Menos mal que estábamos en la terraza, donde reinaba la penumbra que solo rompían las sombras que creaban las velas en sus farolillos.

—Gracias —atiné a decir, y moví la mano para coger una servilleta. Pero se me quedó suspendida en el tiempo y en el espacio al ver que Marcos me miraba los labios como si quisiera probarlos y quedarse a vivir en ellos.

Un petardo sonó en la quieta noche y el momento se rompió con violencia. Marcos musitó algo sobre la cercanía de las fiestas del pueblo y yo me afané en recoger lo que quedaba en la mesa. Necesitaba comprar tiempo para bajar el arrebol de mis mejillas y ganar tranquilidad en mi mente, porque aquel día había tenido demasiadas emociones. Necesitaba tomar un poco de distancia.

Con la excusa de llamar a mi hermana, me alejé por la playa, donde me senté en la orilla, abrazada a mí misma, y me pregunté qué estaba ocurriéndonos. Ocurriéndome. O lo que fuera.

Y esa noche agradecí con toda mi alma que cuando llegué a la cama, Marcos ya estuviera durmiendo. Así fue infinitamente más fácil contener las ganas de acurrucarme contra él y dejar que su brutal encanto me inundase la piel más de lo que ya estaba haciendo.

«Te estás metiendo en camisa de once varas, Amaia, y tu especialidad nunca ha sido salir de ellas».

9

Marcos

Nunca había sido de levantarme tarde, y menos en aquel entonces, donde mis noches eran de sueño liviano y agitado. O quizá debería ser más preciso: lo habían sido. Porque desde que Amaia llegó a la isla y llenó mis silencios con los suyos, mi dejadez con su determinación y mi ansiedad con el sonido de su risa, descansaba mejor y más tiempo. El despertarme y saber que estaba allí, al alcance de mi mano, en aquella enorme cama donde habrían cabido dos personas más entre nosotros, me daba una tranquilidad que le estaba haciendo mucho bien a todo lo que me ocurría.

El problema era que ya no se estaba tratando solo de tranquilidad. No, eran muchas más las cosas que ella me inspiraba.

Aquella mañana, en la que habíamos hablado de alquilar unas tablas de surf, me levanté sigiloso, intentando no despertarla. Desde mi lado de la cama, solo veía su cabello de mechones dorados desparramado sobre la almohada blanca y una mano de uñas cortas y llena de pulseras plateadas desplegada hacia el centro del colchón. Salí de la cama, estirándome en silencio, y no pude evitar quedarme contemplándola.

Al dormir, su rostro parecía mucho más dulce porque estaba despojado de la aparente frialdad que era su seña de identidad, y que yo estaba aprendiendo a descifrar y a romper. No, aquella mujer no era de hielo, para nada. Era el ser más lleno de vida que había conocido, aunque lo manifestase de una forma poco habitual.

Recorrí la piel dorada, el hombro desnudo y la forma tan besable de sus labios a la vez que me sentía como un ladrón al tener solo para mí toda aquella belleza.

Amaia era la mujer más deseable que había conocido y eso estaba suponiendo un problema, uno que no sabía cómo resolver. O sí, si no supiese que podía convertirse en la destrucción de uno de los pilares de mi vida.

Despegué mi vista de ella y cogí la ropa de correr sin mirar siquiera.

«Necesito salir de aquí».

Afuera, la mañana me saludó con una brisa enérgica que hizo que pusiese pies en polvorosa.

«Corre, Forrest, corre».

La serotonina inundó mi sistema nervioso y disfruté de su chute hasta que, al cabo de cuarenta y cinco minutos, volví a la playa de Famara y me tiré en la arena. El día estaba gris, plomizo, con un bochorno que me pedía meterme en el agua. Pero sabía que Amaia no tardaría en despertarse y no quería dejar pasar la ocasión de hacer el desayuno. Las veces que lo preparaba y ella tras levantarse lo descubría, me sentía el rey del mundo al ver su expresión sorprendida y llena de ilusión. Eso me hacía preguntarme qué clase de relaciones había tenido, y ya no solo sentimentales. ¿En qué tipo de familia se había criado?

Metí los pies en el agua y emprendí el camino de vuelta con ella como compañía mental. Y a cada paso que daba, más liado me sentía.

Amaia podía equipararse en ferocidad a mis hermanas, Elisa, Victoria y Nora. Cada una lo manifestaba a su forma, pero todas compartían una fuerza interna que las hacía únicas e irrepetibles. Aquella chica madrileña también lo era, a su manera. Su ferocidad se manifestaba en su lealtad, en eso que la había hecho saltarse las normas para encontrarme y cerciorarse de que estaba bien. Había arriesgado mucho para rebuscar, infiltrarse y mil cosas más que la hicieron aparecer en un lugar en el que, si no fuera por esa caza y captura, quizá jamás habría puesto un pie.

Y ahora se había quedado, como si supiese que su presencia era lo que me estaba haciendo sanar poco a poco.

«Venga, ya está dicho. Me siento mejor, para qué me voy a engañar. Y en gran parte es por ella».

A medida que me acercaba a la casa, mis pensamientos iban virando de la gratitud amistosa a otros derroteros que estaba intentando ignorar, y que me resultaba imposible.

Su cruzada contra mi tristeza, sin insistir para saber qué era lo que me ocurría en realidad. Los entresijos de su mente prodigiosa, haciéndome frente y ganándome en muchos de los debates que habían ido surgiendo en aquellos días, los más tontos y los más elevados, que prolongaba solo por disfrutar el arte de discutir con alguien que veía más allá de las cosas habituales y procesaba la información de una forma inusual. La absoluta comodidad de su compañía, como si hubiésemos compartido casa y cama como compañeros de piso bien avenidos, como si fuera una de mis hermanas, con las que no tenía que ser el *crack* de la vida, sino solo Marcos. Su capacidad de disfrutar de las cosas tal y como le venían, sin expectativas, solo viviendo el momento, el presente, lo que transcurría ante sus ojos, nada más.

Pero, sobre todo, aquel abrazo en La Geria, tan consolador e insoportable a la vez; la hubiera alzado en mis brazos y la habría enroscado alrededor de mi cintura para empotrarla contra una pared. Y me habría corrido como un adolescente solo con el roce de nuestras ropas. La intensidad de lo que se estaba cociendo entre paseos y risas me asoló como si de una ola gigantesca se tratase, y tuve que hacer contención con todas mis fuerzas para no hacer lo que realmente me apetecía.

Y si el *burnout* no había nublado mi capacidad de interpretar el mundo, hubiese dicho que a ella también. Que los labios entreabiertos y los ojos llenos de deseo no habían sido una invención mía, que ella sentía lo mismo, y eso me asustaba sobremanera.

Eran demasiadas cosas a la vez.

Me paré justo antes de llegar a casa y me masajeé las sienes porque empezó a dolerme la cabeza.

Ahí estaba, había llegado a la raíz. Estaba acojonado hasta la médula por todo lo que me estaba pasando.

Supongo que cuando se rompen las estructuras de tu vida y has de tomar decisiones para conformar una nueva, lo normal es sentir un miedo primitivo e invasor que te susurra al oído que no abandones tu zona de confort, que allí se está muy bien y para qué navegar por océanos oscuros si ahora mismo estás en un mar cálido y confortable.

Pero solo con levantar la vista ves que ese mar está contaminado, lleno de peces muertos y porquería, y deseas salir de ahí cuanto antes.

Levanté la vista y la puerta azul de entrada a la terraza se me pareció a una de las puertas de Alicia en el País de las Maravillas. Sin pensarlo, me acerqué a ella y entré.

Mis ganas de verla eran superiores a cualquier otra cosa.

Para mi sorpresa, estaba despierta e intentando enroscar el vaso de la batidora. La observé:

la fina camisa de dormir, una especie de kaftán, dibujaba el contorno de su silueta gracias a la luminosidad de la mañana, y tuve que desviar la vista.

Era mejor camuflarme en el humor, en ese encanto que sabía que me salvaría de las aguas pantanosas.

—Y yo que venía dispuesto a hacer el desayuno. Aunque viéndote maltratar la Osterizer, no sé yo si dejarte para ver qué consigues hacer.

Resopló, pero no pudo contener una sonrisa. Me alargó el vaso y se apoyó en la encimera.

—No sé mucho de desayunos sanos, señor Olivares. Normalmente, me meto en la boca cualquier cosa más o menos potable que me encuentre en la cocina.

—Sorpréndeme —le pedí a la vez que colocaba el vaso en su sitio y metía dentro la fruta que Amaia había cortado. Era mejor eso que mirarla, con su pelo suave cayendo sobre el pecho y los ojos más cálidos que nunca bajo la claridad de la mañana.

—¿Coca-Cola? ¿Croquetas? ¿Queso Roquefort?

Puse cara de asco y se rio con estruendo.

—Una vez fui con mi hermana a un curso de cocina de esos sanos en los que te enseñan a hacer comida con pocos ingredientes y economizando el tiempo, pero digamos que ella fue la que lo aprovechó.

Sonrió para sí misma y luego bajó la voz:

—La cocina no está entre mis talentos ocultos y no ocultos. Te confieso que esa *app* no me la instalaron.

Me reí y le dije que entonces había tenido suerte porque conmigo no moriría de hambre.

—Mi madre se aseguró de que antes de irme a estudiar a Inglaterra aprendiese todos los secretos culinarios de las Méndez. Recuerdo que me tuvo un verano entero pringando hasta que tuvo la certeza de que no me iba a echar a perder en el reino del *fish and chips* y la comida precocinada.

—¿Estudiaste en Inglaterra? No tenía ni idea —me dijo, interesada, y mientras le contaba la beca que me habían dado para rematar la carrera en el King's College de Londres, tosté pan que había sobrado de la noche anterior y rallé un poco de tomate para servirlo con aceite de oliva y sal.

—¿Y fue después de eso que comenzaste con…?

De pronto apretó los labios, como si no quisiese tocar el tema que sabía que me hacía cerrarme en banda, e intentó salvar la situación.

—Tuviste suerte, ese centro es de los punteros para los que estudiamos cosas relacionadas con lo nuestro. ¿Y la beca te cubría todo? ¿Con quién vivías?

Tuve que esconder una sonrisa. Estaba preocupada por mí, porque seguro que mis relaciones sociales le daban igual y, aun así, se lanzaba a desviar mi atención de mis mierdas.

Algo salvajemente bonito me encogió el pecho y me dieron ganas de abrazarla con todas mis fuerzas.

Y algo salvajemente lujurioso se expandió por mi entrepierna, por lo que tuve que sentarme con celeridad para disimular lo que los pantalones cortos evidenciaban con demasiada claridad.

«Deporte, Marcos, más deporte. Da igual que lleves corriendo casi una hora. Necesitas desfogarte con urgencia».

Noté su mirada, curiosa, como preguntándose por qué me había quedado callado tanto tiempo. Y conjuré mi don de gentes, mi saber estar, el Marcos mediador y animal social, para hacerle una crónica de mi grupo de amigos, de los pisos compartidos y lo mucho que estudiamos y rompimos la noche londinense. Tenía cuerda y carrete para un rato largo, el que utilizamos

para desayunar, cambiarnos y salir de casa para ir a alquilar unas tablas de surf.

Al ver a Amaia con la tabla bajo el brazo, no entendí cómo había aguantado tanto frente a la playa sin escaparse a lo que sabía que era su gran pasión. Una voz me susurró al oído que lo había hecho por mí. Me enfadé, aquello era muy egocéntrico por mi parte. Ni siquiera era lícito sugerirlo, porque ella no iba a sacrificar tanto por una persona a la que acababa de conocer.

¿O sí?

Tragué saliva cuando se volvió hacia mí, espléndida en su bikini rosa deportivo y dándome mil instrucciones, como si yo me acordase de los años en los que experimentaba con mi tabla de *bodyboard* en Tenerife y tuviese algún tipo de base donde construir lo que hacía falta para surfear. La escuché, poniendo cara de interés, aunque solo pensaba en cómo le brillaban los ojos al regalarme trucos y directrices.

«Deporte, Marcos, surf, adrenalina, cansancio al final del día. ¡Foco en eso ya! Y menos en mirarle el escote, por mucho que lo tengas delante de tus narices».

Me metí en el agua tras ella y braceamos hacia la zona donde había unos cuantos adoradores de olas. No demasiados para ser aquella hora del día, y la mayoría, extranjeros.

El sol se abrió, de repente, e hizo refulgir el mar en un tono azul intenso, perfecto, como si nos diese su bendición. Y entonces sentí conectarme con todo, con lo que la memoria muscular me dictaba, corrigiendo mis posiciones según ella me iba diciendo, con las ganas de viento y velocidad en la cara, y de retarme a mí mismo para ver hasta dónde podía llegar.

Era como conectar con lo que siempre había sentido con mi trabajo, pero aún mejor.

Amaia tuvo muchísima paciencia conmigo y decidí compensárselo por la tarde. Le dije que me apetecía relajarme en la orilla, que ya había agotado mi cupo de surf del día, aunque en realidad lo que quería era que ella fuese libre, sin tenerme de cadena en el tobillo para poder cabalgar las olas como una guerrera del mar.

La tarde caía, el viento soplaba y ella conquistaba una ola tras otra con una técnica impetuosa y perfecta que la asemejaba a un pez volador. Y yo empezaba a entender que aquel *impasse* de mi vida habitual ya no lo era, sino que, quizá, aquello iba a ser mi vida a partir de entonces.

Guardé aquel pensamiento muy en lo hondo de mi pecho para sacarlo cuando tuviese energía para procesarlo, y fui honesto conmigo mismo.

«Siento cosas por ella, cada vez más. Sería tonto si lo negase».

Entonces volvía el miedo con sus dedos gélidos, que deseaban rasgar la perfección de la esfera dorada que habíamos creado en aquel lugar de casitas blancas y azules. Pero también el enfado, porque yo nunca había sido un cobarde y siempre me había enfrentado a lo que me pasaba a pecho descubierto. Menos ahora.

La vi salir del agua mientras yo me debatía con las fuerzas contradictorias que batallaban en mi interior, y fui hacia ella. Estaba pletórica y me pregunté si esa sería la cara que pondría tras un orgasmo húmedo y vibrante.

—Ha sido increíble, Marcos. Voy a necesitar un poco de esto todos los días a partir de ahora, te lo aviso.

Clavó la tabla en la arena y se escurrió el pelo, que volvió a caer como una capa ondulada sobre su espalda. Mi mano subió sola, sin permiso, a colocar un mechón tras su oreja, solo por el mero hecho de poder tocarla, como si fuese un imán y yo un pobre polo que no podía desafiar las leyes del magnetismo. El viento volvió a agitar el mechón y nos reímos, un poco tontos y quinceañeros.

—Eres todo un espectáculo con tu tabla —le dije para romper el momento. Encogió los

hombros con modestia y se colocó la tabla bajo el brazo.

—No lo hago del todo mal, pero sería mejor si pudiese practicar un poco más.

—¿Y por qué nunca has pasado un tiempo cerca de una playa? En tu caso, el teletrabajo es lo habitual y siempre pensé que vivirías cerca del mar.

—Bueno, ya te dije que Madrid es mi entorno y que me desplazo cuando quiero al norte. Pero sí, ahora que he vivido lo de meterme en el agua cuando lo desee, creo que van a cambiar las tornas.

Deshicimos el camino hacia la casa en silencio y cuando llegamos, me dijo que iría a la tienda de surf a prorrogar el alquiler de las tablas. Asentí y le pregunté si quería que pidiésemos algo de cenar. Algo en sus ojos se encendió y negó con la cabeza.

—Espera, porque quizá te sorprenda.

Volvió al cabo de cuarenta minutos con varias bolsas del supermercado. Alcé las cejas, divertido, y me puse a rebuscar los ingredientes que había comprado.

—¿Esto significa que voy a tener que preparar un plan B por si lo que has comprado está incomestible?

Me dio un codazo, risueña.

—Calla, no seas cenizo. Esto es lo único que sé hacer y he tenido que llamar a mi hermana para que me recordase la receta. Lo tengo todo apuntado, no debería fallar.

Luego me echó una sonrisa coqueta y me dijo que me fuera a duchar.

—Ponte guapo, que esta noche vamos a hacer una ofrenda a los dioses del surf, que han sido muy benévolos hoy.

Me puse nervioso, como si se tratase de una cita de verdad con la chica que me gustaba, y me fui al baño como alma que lleva el diablo. Abrí el agua e intenté relajarme, pero cierta parte de mi cuerpo decidió no ponérmelo fácil y me costó Dios y ayuda hacer que se bajara con docilidad.

Cuando salí, enfundado en una camiseta de botones oscura y unas bermudas *beige*, el aroma vaticinaba una cena mucho mejor de lo que había imaginado. Amaia había encendido las lucecitas de la terraza y acababa de depositar un gran bol de ensalada con aguacate y todo tipo de semillas en la mesa, que ya estaba puesta para dos. Una botella de vino blanco se estaba enfriando en la hielera de aluminio y el horno alumbraba la cocina como un fogón antiguo. Hasta un hombre tan pragmático como yo no pudo resistirse a aquel ambiente de ensoñación, con la música de las olas fusionándose con Miss Caffeina y la artífice de todo aquello llenando todo con su olor a mar y a sol. Se había cambiado y llevaba un vestido vaporoso de tiras color turquesa, suave y sencillo, como si lo hubiesen hecho para ella.

Me acerqué a la mesa donde estaba dejando la bandeja del horno y la miré sorprendido. La coca de setas[1] olía de maravilla y, aunque se había quemado un poco por los bordes, conservaba el color dorado por el resto de la masa.

—Anda, ve a sentarte, que corto esto y lo llevo en una bandeja —me dijo ella en un tono suave que jamás le había escuchado.

Salí a la terraza y nos serví sendas copas de vino mientras ella salía portando una bandeja llena de fragantes trozos de coca.

—Pruébala, a ver qué tal ha quedado —me pidió con cierta ansiedad, y me dije que ya podía saber a rayos y truenos, que yo le diría que estaba delicioso. Pero no hizo falta mentir, porque la coca estaba sublime y no pude reprimir un gemido de gusto. Sonrió con emoción y dio unas palmadas, feliz y aliviada.

—Menos mal, mi hermana me dijo que era imposible fastidiar esta receta, incluso yo.

—Está riquísima —murmuré, paladeando la cremosidad de las setas con la cebolla y la crema de soja. Levanté mi copa hacia ella—. Por el brindis más insospechado.

Ella se mondó de la risa y no pudo sino asentir.

—No te acostumbres, porque quizá solo ocurra una vez en la vida.

—No lo creo, seguro que, si te pido que prepares la coca, transigirás. Te gusta regodearte en que no eres tan mala en la cocina.

—El que sepa hacer una cosa bien no significa nada.

—Bueno, anoche preparaste unas arepas de muerte. Ya son dos las cosas que sabes hacer.

El recuerdo del momento íntimo de la noche anterior revoloteó entre nosotros y Amaia se llevó la copa a los labios, como buscando refrescarse. Se había ruborizado, o eso parecía bajo la tenue luz de las lamparitas.

—¿Te sirvo ensalada? —le pregunté, y devoramos la cena en un cómodo silencio. Habíamos estado en la playa todo el día, sin probar bocado, y ambos teníamos hambre. Menos mal que Amaia había previsto eso y había preparado comida en cantidades industriales.

—No me has mencionado las estrellas en todo este tiempo.

Ella se había recostado en la silla de mimbre y me miraba con calma, esperando que le hablase de todo eso que no habíamos tocado en lo que ya se había convertido en semanas. Curiosamente, no me sentí intimidado. Las palabras salieron antes de que fuese capaz de darles la forma que quería:

—Las estrellas ya no me proporcionan la calma de antes. De hecho, son un recordatorio de que las cosas no están bien.

No dijo nada, solo siguió observándome, con esos ojos que parecían más viejos de lo que decía su edad. Y ahí fue cuando me di cuenta de lo que le había dicho.

Era la primera vez que reconocía que no estaba bien de forma clara.

—Quizá solo tengas que darles una oportunidad —pronunció en voz baja, y luego se levantó, tendiéndome la mano—. Soy una absoluta analfabeta en esto de los cuerpos celestes. ¿Querrás compartir conmigo aunque sea las nociones básicas?

No pude resistirme a su propuesta a pesar de que no me apetecía lo más mínimo. Fue a salir, pero entonces paró en seco.

—Espera, vamos a llevarnos algo que seguro que nos va a ayudar.

Cogió una bolsa y volvió a tenderme la mano.

—Ahora sí estamos listos.

No se me había pasado por la mente que todo aquello estuviese preparado, pero comencé a sospechar al verla sacar un pareo gigante sobre el que poder tendernos y no llenarnos de arena. Ella tomó asiento y cuando la seguí, sacó un vasito de helado de la bolsa. El dulzor de la vainilla con nueces de macadamia se derritió por mi lengua y lo paladeé con placer. El frío del helado inundó mi garganta, disolviendo cualquier excusa y convenciéndome para mirar el cielo como solía hacerlo después de mucho tiempo.

El espectáculo quizá fuese mejor en el mirador que se alzaba en los riscos, pero, aun estando en la costa y con el pueblo de La Caleta pegado a nosotros, la noche ofrecía un fantástico mapa celeste para principiantes.

Me recosté en el pareo y ella lo hizo a mi lado, mucho más cerca de lo que hacía habitualmente en la cama. El corazón me latía con más fuerza, pero intenté adoptar mi habitual serenidad para señalarle las constelaciones más evidentes.

—Esa tan nítida que tiene forma de doble uve es Casiopea. ¿Conoces su historia?

Movió la cabeza con suavidad y me aclaré la garganta para contarle la leyenda sobre la

vanidosa reina y su esposo, Cefeo, cuya constelación también identificamos.

A medida que iba hilvanando historias, nuestras cabezas fueron juntándose; no sé si era ella al intentar ver las estrellas desde mi perspectiva o yo, queriendo explicarle con mayor detenimiento y precisión. El hecho fue que, al cabo del largo rato que estuvimos comiendo helado y cazando estrellas, nos encontrábamos muy cerca el uno del otro, tanto que escuchaba respirar su piel y el latir de sus labios.

El silencio se posó entre nosotros, un silencio ruidoso que hablaba más que callaba y que hacía que el cielo nocturno pareciese más borroso y el mar, un guardián vigilante. De pronto, se me olvidó respirar y por primera vez en mucho tiempo fue por el estallido de una supernova en mis venas. Aun con aquel rugir en mis oídos, fui capaz de percibir cómo se abría su pecho y el murmullo del gesto imperceptible al girar su cabeza hacia mí. Todo exhalaba tensión contenida, movimientos frenados que habrían desembocado en un beso salvaje y húmedo, y el traqueteo de los mecanismos de nuestras mentes rompiéndose y saltando por los aires podían escucharse a kilómetros a la redonda.

Entonces abrí la boca y dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Tengo *burnout*. Eso es lo que me pasa.

Su respuesta fue ponerse totalmente de lado, girada hacia mí, con las manos bajo su mejilla. En la oscuridad, sus ojos parecían ventanas líquidas, llenas de comprensión.

—Ven.

Alargó una de sus manos y tiró de mí hasta hacerme quedar en la misma posición: uno frente al otro, con el aire aún lleno de electricidad, pero entibiado con algo más real, lo que al final nos unía.

—Imaginaba que era algo así. ¿Cómo te encuentras?

Esa noche era incapaz de decir medias verdades y me sinceré:

—Mejor desde que estás tú aquí. Antes de eso, estaba intentando remontar, pero la mente es muy jodida y me tenía en un bucle constante. Ahora, gracias a las vacaciones que estamos viviendo juntos, me estoy aclarando conmigo mismo.

—¿Aclarando? Pensé que el *burnout* tenía que ver con el estrés, con estar exhausto.

—Sí, pero esos son los síntomas, como lo es también la angustia, el insomnio o las taquicardias. Lo que he venido a buscar aquí es la razón, el origen de todo, para poder tomar decisiones.

Se quedó callada un momento.

—Entonces aquí está ocurriendo algo más trascendental de lo que pensaba.

A pesar de la situación, sonreí.

—Y luego dices que no entiendes de emociones.

Fue a protestar, pero le tapé la boca con la mano. Fue un gesto sin más, pero el contacto de sus labios me erizó el vello.

—Desde que estás aquí, me has leído mejor que nadie.

Juraría que se había sonrojado, pero era imposible saberlo.

—Espero que no estés utilizándome de parche para no enfrentarte a lo que te pasa.

Directo a la línea de flotación, así era ella. Me volví bocarriba y meneé la cabeza.

—Sé que no.

Ante mi afirmación rotunda, ella también se volvió hacia arriba y noté que su mano buscaba la mía. Nos aferramos el uno al otro, como si no quisiéramos soltarnos nunca, y la escuché decir algo en voz baja.

Hubiese jurado que era un taco, y yo lo reproduje en mi mente.

«Joder, estamos hasta el cuello. A ver cómo salimos de todo esto».

1. La receta de la coca es de mi querida Bea Blumen, que la preparó para cenar en una de las reuniones anuales de escritoras que celebramos en Tenerife. Y nos hizo adictas a ella, sin excepción.

10

Amaia

La conversación de la noche de las estrellas me dejó mucho más preocupada que lo que fuera que estuvo a punto de pasar entre nosotros.

«Un beso, Amaia, eso es lo que estuvo a punto de pasar. Ni que fueras nueva».

Un casi beso lo podía gestionar. Lo que había detrás de eso, no. Que Marcos estuviese en pleno *burnout*, o trabajando para salir de él, tenía sentido si pensaba en todo lo que lo rodeaba. Soportaba mucha tensión en nuestros proyectos, más del que me caía a mí, y nunca me lo trasladaba. Por ende, era lógico que hubiese petado. Pero lo que me acojonaba era lo mismo que le había dicho esa noche: que no se estuviese recuperando de verdad, que mi presencia fuese una distracción para su sanación real.

Necesitaba un termómetro, alguien que lo conociese de verdad para que hiciese un diagnóstico más certero que el mío.

Creo que Marcos pensó algo parecido, o por lo menos, después de nuestra charla, encendió su móvil. Lo dejó encima de la mesa de la terraza, llenándose de mensajes y de vibraciones que me pusieron los nervios de punta. Pero él esperó con calma y solo lo miró unos minutos, depositándolo de nuevo en su lugar.

—Se me acabó el tiempo de gracia —me confesó sonriendo—. En mi familia ya se están preguntando dónde estoy.

Sentí un momentáneo pinchazo de envidia. Debía ser genial pertenecer a un clan, a algo más grande que una misma, a un círculo de amor y protección con muchos miembros ruidosos y divertidos.

—¿Y qué les has dicho?

—Todavía nada. Me han visto en línea, con lo que ya se están alborotando. Esta noche me dejaré caer por el grupo.

—Te gusta causar expectación, ¿eh? —reí, y puso cara de falsa culpabilidad.

—No las conoces como yo. Más vale deberle a las ánimas que a las mujeres de mi familia.

Era el único hermano y, por lo que sabía, su padre había fallecido hacía años, por lo que suponía que era el niño bonito, y así se lo dije. Negó con la cabeza, sin perder la sonrisa, aunque se tornó algo más triste.

—En mi familia nunca ha habido roles por ser chico o chica. Imposible, teniendo una madre como la mía. Somos un núcleo fuerte, de base sólida, y cada uno de nosotros ha tenido sus propios obstáculos. Y es ahí cuando nos apoyamos sin objeciones.

—Ha de ser genial pertenecer a algo así. —Luego, carraspeé y cambié de tema—. Había pensado en visitar hoy los Jameos del Agua. Es uno de los lugares más importantes de la isla y se nos van a pasar las vacaciones sin haber ido.

Asintió, pero no lo noté especialmente ilusionado. Más bien parecía distraído. Y le pregunté sin tapujos si le apetecía ir.

—Puedo ir yo sola, no tengo problema. Si quieres, quédate aquí descansando un poco de mí, que ya estoy muy repetida, y nos vemos por la tarde.

—No estoy cansado de ti, Amaia.

La mirada que me dirigió fue intensa y logró ponerme nerviosa. Sonreí con poca habilidad y salí por la tangente, diciéndole que a mí también me vendría bien un rato de conducir a mi aire y cantar sin que nadie estuviese capando mi arte.

En el fondo, unas horas de desconexión podían darnos un poco de aire. Yo había pasado de ser una ermitaña a estar acompañada todo el día y me preguntaba cómo eso no me había agobiado más. Pero con Marcos las cosas eran diferentes y mi habitual autismo social se hacía a un lado ante la promesa de pasar unas horas juntos.

Bebí un vaso de agua y me dispuse a irme. Si no lo hacía ya, no iba a ser capaz.

«Para ya, Amaia, me da vergüenza ajena la cursilería que te está invadiendo como una enfermedad apestosa y mortal».

Dejé a Marcos en Famara y me dispuse a disfrutar de mi día de turista solitaria, como era habitual en mis vacaciones. La radio sonaba a tope con los *hits* de ese verano, tenía las ventanas bajadas y no me encontré demasiados coches en la carretera hacia los Jameos. El mar brillaba manso tras la entrada al tubo volcánico reconvertido en centro de arte, cultura y turismo, y cuando entré, entendí por qué era tan popular. En aquel lugar existía una atmósfera especial, algo que vibraba en el aire que lo hacía totalmente distinto a lo que había en el exterior. Quizá fuera la parte de tubo inundada por el agua de mar, cristalina y quieta, donde los pequeños cangrejos ciegos resistían con placidez el peligro vigilante de su extinción; o la simbiosis de la vegetación con la roca volcánica y la sorpresa visual de la piscina turquesa, rodeada de una blancura casi dolorosa. Lo cierto era que me quedé sentada en la cafetería que se asomaba al lago casi una hora, intentando dejar la mente en blanco y disfrutando del ambiente del lugar, pero tuve que confesarme que echaba de menos a mi *partner in crime*: sus bromas, la espontaneidad de sus datos curiosos sobre cualquier cosa, las reflexiones meditadas y sus silencios, la forma en la que se revolvía el pelo y el destello en sus ojos cuando algo lo ilusionaba.

«Esto no puede estar pasando. Mejor me tiro a la laguna y que me devoren los cangrejos».

Salí de los Jameos y fui a visitar la Cueva de los Verdes, que se hallaba muy cerca. No era que tuviese alma de espeleóloga, pero quería prolongar un poco más mi estancia fuera de Famara para darle a Marcos ese espacio que seguro que le venía bien.

Completé la tarde almorzando en un restaurante al lado del mar, donde degusté un atún exquisito con las consabidas papas con mojo. Hojeé un libro, luego jugué a una *app* de palabras encadenadas y cuando me di cuenta de que ya no había nada más que hacer, emprendí el camino de vuelta, tomando la ruta más larga, y llegué a Famara con el ocaso.

Marcos me esperaba con el pelo húmedo y una sonrisa en los labios que me hizo sentirme bienvenida.

—¿Lo has pasado bien? —me preguntó tras darme un beso largo en la mejilla.

—Mucho. Déjame que te cuente.

—¿Paseamos? —me ofreció, y acepté. Esta vez no fuimos a la playa, sino hacia el pueblo, por el pequeño sendero que bordeaba la costa. Le fui contando mis sensaciones del día y él escuchaba con calma, aderezando mi relato con algún apunte de cosas que sabía sobre los lugares que había visitado. Llegamos hasta la punta del muelle, desde donde veíamos la playa grande, y ahí fue cuando, una vez yo hube terminado con mis peripecias, señaló hacia una urbanización de casas circulares.

—¿Ves esas casas de allí? Es donde Victoria tiene su apartamento. Se lo quedó ella después

de divorciarse del que era su marido, Leo.

Asentí, curiosa. Me miró de reojo y una sonrisa canalla, que intentó ocultar, tironeó de sus labios hacia arriba.

—La conocerás pronto. Va a haber desembarco en Famara, te lo aviso: las leonas de la manada vienen a asegurarse de que el niño no tiene nada grave.

Lo miré asustada y se rio en mi cara.

—No es para tanto, ya verás. Seguro que te caen bien.

«Si ese no es el problema, lo que me acojona es si yo les voy a caer bien».

Pareció leerme la mente y me pasó el brazo por el hombro, apretándome contra sí.

—No te preocupes, te van a adorar.

—¿Pero qué les has dicho? ¿Saben lo de…?

Negó con la cabeza.

—No quiero preocupar a las matriarcas antes de tiempo. Ya se lo diré cuando estén aquí. Vendrán unos días con Victoria y los niños; de jueves a domingo, si no entendí mal.

—¿Y saben que estás acompañado?

La picardía en sus ojos se desbordaba por todos lados.

—Les dije que estaba aquí con mi mejor amiga.

«Oh».

Aquello fue demasiado para mí. Se me humedecieron los ojos y cogí aire para llenar el pecho, que sentía muy vacío. Volvió a apretarme con calidez y luego se giró hacia mí, cogiéndome por la barbilla.

—¿De qué te sorprendes? Ya eras importante antes, pero ahora, después de estos días, me he dado cuenta de que la palabra «importante» se queda corta.

Nos hundimos en los ojos del otro, diciéndonos a voz en grito lo que Marcos no estaba siendo capaz de pronunciar y que estaba camuflando con toda consciencia. Mi estómago se contrajo con mil y una burbujas llenas de purpurina y de nuevo nuestras manos se buscaron. Él sonrió primero, luego yo, y al final acabamos bajando la vista, frágiles.

—Necesito un manual de instrucciones para cada uno de los que vienen, Marcos. Ya sabes que lo mío no es la gente.

Hizo una pedorreta con los labios.

—¿Estás segura de que quieres escuchar todo lo que te puedo contar de mi familia? Quizá esté horas con ello.

Me encogí de hombros, risueña.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, ¿no?

Paramos, nos comimos un helado y llegamos hasta la urbanización de Victoria mientras él iba dejándome pinceladas de todos los que conformaban su familia. Entendí el vínculo tan profundo que tenía con su hermana Elisa, la que vivía en Finlandia; la confianza ciega en las sabias y terrenales Méndez, su madre y su abuela; la admiración y lealtad a la deslumbrante Victoria y los fuertes sentimientos paternales con sus sobrinos; la añoranza de Nora, la hermana más especial y distante; también nombró a su padre, un hombre bueno y familiar que murió muy pronto; e incluso me hizo un recorrido por sus cuñados, los actuales y los ex.

A pesar de eso, nada me hizo prepararme para la llegada de la comitiva familiar. No llegaron en camellos llenos de bártulos, como habría ocurrido en una comedia romántica, pero la furgoneta moderna de la que se apearon estaba llena de maletas y bolsos, demasiados para quedarse en la isla solo unos días.

Conducía una mujer de pelo oscuro y flequillo recto, camuflada tras unas enormes gafas de

sol y luciendo una sonrisa amplia en sus labios rojos. Al lado, iba la que debía ser la abuela de Marcos, una señora bastante mayor con mirada sagaz y llena de humor y a la que hablaba desde la hilera de asientos de atrás otra señora más joven vestida de verde lima. Al lado, iban un chico alto y moreno y una chica de belleza suave y dulce, dejando atrás del todo a una adolescente de pelo rizado y sonrisa descarada.

Ni decir tiene que todos, al bajarse, me dedicaron una mirada curiosa antes de asaltar a Marcos.

—Por Dios, Marquitos, te veo muy enclenque. Deja de correr o lo que sea que estés haciendo y come, hijo, que estás en el chasis —afirmó con rotundidad Maruca Méndez, la madre, tras abrazarlo y darle unas palmaditas en la cara.

—Eso es que le falta un buen guiso de su abuela. ¿Qué te apetece, mi niño? ¿Unas garbanzas? ¿Una carnita en salsa con sus papas bonitas? Tú dime, que tu abuela te lo hace —gorjeó la viejilla con expresión pícara.

Marcos puso los ojos en blanco, su abuela le dio un coscorrón —o un amago de él, porque la diferencia de altura era más que notable— y su madre asintió con ímpetu. Los dos pares de ojos se volvieron hacia mí y, antes de que pudiesen decir nada, Marcos se les adelantó:

—Mamá, abuela, ella es Amaia. Somos amigos desde hace años y está pasando las vacaciones conmigo.

Compuse una sonrisa, esperando un escrutinio despiadado por parte de las matriarcas, pero solo encontré calidez.

«Si eres importante para Marcos, también lo eres para nosotras».

Besé las arrugadas mejillas y la abuela no pudo callarse:

—Vaya por Dios, Marquitos, ¡qué chica más guapa! Y tiene cara de buena gente. Anda, mi niña, dime de dónde eres tú, que no sé por qué no tienes pinta de ser canaria.

Sonreí ante la gracia de la viejilla y se me calentó el corazón.

—Soy de Madrid, pero ya se me está pegando el acento. O eso dice su nieto…

Las Méndez se rieron en mi cara y la abuela me dio una palmadita en el brazo.

—Eso es que te está camelando, boba, como si no conociera yo a mi Marcos…

—Abuela, déjate de historias, que no conoces a la chica y la vas a espantar. —Escuché una voz femenina a mi izquierda, de esas graves y sexis que suenan a miel y humo. Victoria Olivares era alta y con un estilo arrollador, pero sus ojos oscuros rezumaban simpatía y gracias a ellos bajaba del Olimpo y se convertía en una mortal con mucho poder. Se me acercó, me dio dos besos y sonrió—: Menos mal que estás aquí, si no, hubiese pensado que a mi hermano le pasaba algo grave. Venirse a Famara solo tanto tiempo no es muy propio de él…

No pude evitar una mirada de soslayo hacia el rostro impertérrito de Marcos y su hermana lo captó al instante. Incrustó sus ojos en él y con un ligero movimiento de cejas le hizo saber que ya hablarían. Hasta yo fui capaz de descifrar aquel código fraternal.

—Amaia, estos son mis hijos, David, Gala, y la que tiene cara de acelga es Mimi.

El olor fresco de David, tan parecido a Marcos que daba miedo, la inteligencia de la mirada de Gala y el enrabiscamiento de Mimi ante las palabras de su madre me acompañaron en los siguientes minutos, hasta que todas las presentaciones estuvieron hechas y la tribu de los Brady clamó por comer algo.

—Desde el desayuno solo me he comido los frutos secos que da Binter[2] y me muero de hambre —se quejó la abuela, y el coro adolescente la secundó. Marcos levantó las manos, pidiendo calma.

—Dejemos la furgo aquí por fuera de casa y si quieren, nos vamos a almorzar a un

restaurante de pescado que está muy bien. A nosotros nos encanta, hemos ido ya varias veces.

«¿Dejarán de girar el cuello para ver mi expresión cada vez que Marcos aluda a que estamos juntos? Es decir, juntos aquí en la isla, ya nos entendemos. O no, que no me entiendo ni yo. ¿Cómo nos van a entender los demás?».

Caminamos hasta el restaurante en ruidosa comandita. Entablé conversación con David, preguntándole sobre su experiencia de primer año universitario en Madrid, y con rapidez encontramos temas comunes a pesar de que mi época estudiantil había terminado hacía quince años. Con el rabillo del ojo, vi que Marcos iba departiendo con su madre, una señora guapa y bien cuidada, más parecida a Victoria que a él.

Almorzamos opíparamente en la terraza del restaurante, donde la facción mayor comprobó que el apetito de Marcos no era el habitual, y trazó todo un plan para cebarlo hasta que volviesen a casa.

—Te voy a dejar *tuppers* hechos para que sigas comiendo bien —amenazó la abuela, y Marcos se tapó la cara con cómica desesperación. Victoria meneó la cabeza.

—Deja a Marcos tranquilo ya, tiene cuarenta años y sabe lo que tiene que hacer. Yo no lo veo tan delgado; de hecho, tiene mejor cara que cuando nos vimos en la fiesta de tu cumpleaños.

Miró su reloj e hizo un gesto hacia la calle.

—Ya han terminado de limpiar la casa, así que yo voy a tirar hacia allí con la abuela para que se eche un ratito.

—Yo quiero ir a pasear con mi hijo favorito, que hace tiempo que no me pone al día de su vida —dijo Maruca Méndez con una sonrisilla resabiada, a lo que Victoria respondió guiñando un ojo con sorna a su hermano.

—¿Y ustedes qué quieren hacer? —preguntó a su prole, que al unísono expresó su deseo de ir a la playa.

Lo que me dejaba a mí un tiempo libre que no deseaba demasiado. Y quizá por primera vez en todos aquellos días, sentí mono del ordenador. Marcos me miró con cierto apuro y resolví con rapidez. Tenía la tabla, me dedicaría a conquistar olas en vez de esconderme tras una pantalla. Tendría tiempo para eso en cuanto volviese a casa.

No sé por qué esa idea se me antojaba triste.

Me levanté con decisión y dije a los sobrinos de Marcos que iría a la playa también, pero a hacer surf. No me sentía incómoda con ellos, probablemente, las horas entre los chicos de la casa de acogida de Elena me habían curtido para enfrentarme a los adolescentes. Y aunque aquellos fuesen unos cachorros de familia amante y protectora, no como aquellos con los que yo pasaba el tiempo, la juventud siempre poseía unas características comunes con las que sabía lidiar.

«Quién te ha visto y quién te ve. A Mariana no le cabrían los ojos en la cara si me viese».

Y al cabalgar las olas con furia y precisión, me pregunté si la vida podía ser tan sencilla y complicada a la vez como se me estaba mostrando. Se me habían agrietado las protecciones y ya no estaba solo asomándome al muro, sino que estaba sentada sobre él, balanceando los pies en el aire y contemplando un atardecer demasiado bonito para no saltar y perderme en su magia.

2. Aerolínea canaria que comunica las islas entre sí y que también tiene rutas hacia la península. Suele obsequiar a los pasajeros con ambrosías en invierno y frutos secos en verano.

11

Marcos

Habría apostado medio riñón y hubiese ganado por que mi madre y mi hermana habían hecho frente común y se habían repartido los roles a la hora de indagar qué era lo que me pasaba. Las conocía como si las hubiese parido, así que nada de eso me vino de sorpresa en cuanto lanzaron sus ataques.

Lo que sí me cayó como un cubo de agua fría fue mi propia reacción a lo que me hicieron ver.

Curiosamente, mamá no me asaltó el primer día. Paseamos casi dos horas por el pueblo y la playa mientras ella me ponía al día de la actualidad de todos los miembros de la familia, haciendo hincapié en la preocupación que sentía por Nora, a la que había visto algo dispersa durante el cumpleaños de la abuela, y en la adolescencia difícil que estaba teniendo Mimi, que arrastraba todavía la separación de sus padres a pesar de que las aguas habían vuelto a su cauce entre ellos y ahora tenían una relación cuidadosa y cordial.

Me pidió que buscase algo de tiempo con ella en aquellos días de vacaciones, a lo que me comprometí de lleno. De los tres, David era para mí el más cercano, con Gala tenía una relación especial que resistía el tiempo en el que no nos veíamos, pero Mimi era la más infantil, la niña a la que llevaba a patinar y a tirarnos en bici por el monte y que ahora estaba lidiando con demasiado. Y me necesitaba. Un conocido pesar se instaló en mi pecho al pensar en el poco tiempo que pasaba con ellos al año, aunque intentase mantener el contacto de todas las formas posibles.

Después del paseo, llevé a mamá y a los chicos a la casa de Victoria mientras Amaia seguía en el mar. Victoria ya estaba planeando una cena familiar para el día siguiente, aunque sabía que esa misma noche acabaríamos juntos de una forma o de otra.

Bajé a casa tras despedirme de ellos y me senté en la terraza, necesitado de un poco de silencio. Adoraba a mi familia, pero era ruidosa como ella sola y, aunque ese sonido fuera el de nuestra forma de querernos y de apoyarnos, tal y como estaba yo, la quietud se hacía necesaria.

Cerré los ojos un rato y me quedé medio adormilado, como si el cuerpo se me hubiese cansado de sopetón. Estuve en duermevela hasta que una brisa más fresca hizo que abriese los ojos. El despertar me regaló la imagen de Amaia acercándose desde la playa. Algo en su forma de andar me extrañó, era como si no poseyese ese brío habitual de semidiosa guerrera. Al llegar hasta mí, su rostro cansado habló por ella.

—¿Demasiado mar? —tanteé, y sonrió con la boca pequeña.

—Eso y que me va a venir la regla.

Me levanté y cogí la tabla de sus manos.

—Entonces necesitas tu dosis de cama y manta.

A pesar de todo, se rio.

—Todavía me resulta raro que sepas tanto de mí.

—Eso no es lo raro, lo realmente alarmante es que me acuerde de todos esos detalles. No suelo registrar tantos datos de la gente que me rodea.

Hizo un mohín delicioso.

—Mejor para mí, así me ahorro explicaciones.

—Y tanto. Anda, ve a quitarte el agua salada, que hago una ensalada y unos panes de ajo sobre la marcha, y luego ya puedes ir a atrincherarte a la cama.

Sabía que la regla la tumbaba el primer día y que necesitaba hacerse un ovillo y olvidarse del mundo. Así que hice la cena, la compartí con ella y luego se fue directa a acostar mientras yo me parapetaba en la terraza, apostando conmigo mismo cuánto tardaría en aparecer alguien de mi familia y quién sería.

Perdí mi apuesta personal, porque el alegre grupo que vino a sacarme a pasear estaba compuesto por mi madre, David y Gala. Victoria se había quedado con la abuela y Mimi ni había respondido cuando le preguntaron si le apetecía salir.

—Los niños quieren mezclarse un poco con la gente y tu señora madre, darse un garbeo y hacerse una composición de lugar.

—No seas fantasma, mamá, que llevas viniendo a Famara años y conoces este lugar como la palma de tu mano.

Frunció los labios, picuda, y chasqueó los dedos en el aire.

—Déjate de cháchara, que me están saliendo raíces. Llama a la niña, anda, que se ponga cualquier cosa, que va a estar mona, y nos vamos.

—Dejémosla descansar hoy, mamá. No se siente muy bien y está en la cama.

—Ay, la pobre. ¿Y si le traemos una manzanilla con anís? Ya sé que no es muy de tu gusto, pero eso levanta a un muerto.

Tuve que poner un gesto de asco de campeonato porque mis sobrinos se rieron en la cara de mi madre y le dijeron que estaba fuera de onda, a lo que Maruca Méndez hizo el sonido característico que compartía con su madre, una mezcla de resoplido y gorgoteo.

—Sí, sí, ustedes muchas pastillitas de farmacia y polvitos de esos de gimnasio, pero donde haya una buena agua guisada de hierbas, que se quite todo el resto. ¿A que sí, hijo?

Levanté las manos, muerto de risa ante las expresiones de mis sobris, y me puse las chanclas.

—Vamos, que si está durmiendo, con tanto berrido, la vamos a despertar. Mañana seguro que está como nueva y la podrán conocer mejor.

Nos dirigimos a un bar de ambiente surfero, uno de esos que había visto mil veces de paso pero al que no había entrado. No tenía el cuerpo con ganas de estar rodeado de tanta gente, música algo alta y el postureo propio de un lugar que, en vacaciones, se llenaba de todos aquellos que estaban de paso y a los que, por ende, les daba igual cómo comportarse. Pero David y Gala eran jóvenes, tenían ganas de sentir la noche y las promesas que contenía, cada uno a su forma porque eran muy diferentes, pero con la seguridad y confianza que daba el saberse cerca el uno del otro. Incluso mi madre, con su kaftán vaporoso y sus pendientes largos, estaba más integrada en el ambiente que yo.

Intenté descifrar qué era lo que me desconcertaba de todo aquel ecosistema que había sido parte de mi vida durante muchos años. Estaba en un *pub* de suelo enarenado a unos metros de la playa, con música *rock* genuina mezclada con grandes temas de los noventa, con la compañía inesperada de parte de mi familia y sin preocupaciones laborales ni obligaciones al día siguiente. Podría haber sido perfecto, pero me sentía expectante, como si estuviese seguro de que algo iba a pasar, algo que rompiese el *statu quo* de aquella situación tan cotidiana.

—La echas de menos. —Escuché a mi lado y me topé con la mirada oscura de mi madre, que sorbía su cóctel multicolor con una pajita llena de cacatúas.

—¿Qué? —Mi respuesta no fue la más inteligente del mundo, pero la muy pitonisa me había cogido con la guardia baja. Dejó de chupar con cara satisfecha y me dio unos toques en el antebrazo.

—Ya me has oído, no te hagas el tonto. Hablo de Amaia. Que la echas de menos. Es a ella a quien estás buscando y por la que no te sientes del todo bien aquí.

Mi primera reacción fue negarlo, pero era mi madre. Me leía a la perfección.

—No es que la eche de menos, es que llevamos bastantes días juntos y es raro que no esté cerca.

Se rio con brevedad, como si estuviese compartiendo una broma con alguien que yo no veía.

—Claro. Como si fuese un perrillo de compañía, ¿no?

La advertí con la mirada. Conocía sus tácticas y esa no le funcionaría.

—No me sonsaques, que no estoy de humor. Total, tú ya has sacado tus propias conclusiones, ¿verdad?

Asintió como una vistosa ave exótica, ella tan original entre gente a la que triplicaba la edad.

—He visto cosas entre ustedes, Marcos, y muy bonitas. Tú no te das cuenta porque lo estás viviendo, pero es real. Amaia y tú serán amigos, y los mejores, pero hay mucho más cociéndose. La miras como si fuese lo más valioso para ti, y ella no se queda atrás.

Luego se me acercó un poco más, como si fuese a hacerme una confidencia. O quizá era para comprobar que el corazón me estaba latiendo más rápido de lo habitual, como si quisiera escaparse del lugar que ocupaba normalmente.

—Nunca me presentaste a Deb. Pero a Amaia le has abierto las puertas de todo lo que eres tú. Y me alegro, ojo, pero esto va más allá de esa chica estupenda. No creas que no me he dado cuenta. ¿Qué te ha ocurrido, hijo? Porque te puedes haber enamorado, pero te conozco, y aquí hay algo más que no me estás contando.

Aunque el lugar no era el más idóneo para aquel tipo de confesiones, fui directo. Siempre lo éramos entre nosotros.

—He tenido un pico de estrés. Lo que los ingleses llaman *burnout*. Mi amigo Alan me recetó desconexión del trabajo y paz mental, y en esas estoy.

—No me extraña, siempre pensé que algún día ocurriría.

Se quedó callada, terminándose el cóctel que tenía pinta de llevar más azúcar de lo que era recomendable para cualquiera. Sabía que estaba rumiando con calma, como era su costumbre, y la dejé.

—Podría enfadarme y preguntarte por qué no me has dicho nada en todo este tiempo, pero supongo que tendrás tus razones y yo no te las voy a cuestionar. Solo quiero que pienses en dos cosas, que son las que espero que des vueltas en tu mente. El resto te las dirá Victoria, delego en ella. Pero yo, como tu madre, te voy a pedir primero y como más importante que cuides tu salud. Tu padre era igual de perfeccionista que tú y mira, cuando decidió retirarse, fue cuando murió.

Miró hacia otro lado, intentando contener la humedad de sus ojos, y aquello me mató. Mi madre no solía expresar su dolor por la muerte de mi padre, intentaba que la tristeza se viese solapada por la alegría y el agradecimiento por haber podido compartir tanto con él durante tantos años. Apreté mi cerveza con ganas de romperla, quizá por primera vez consciente de lo que había ocurrido y enfadado conmigo mismo por haber sido tan burro y haberme llevado al

extremo, pensando que sería siempre joven y lozano, un Peter Pan congelado en el tiempo.

—Y la segunda cosa, que no es menos importante, es que no le des tantas vueltas a la cabeza preguntándote el porqué de todo esto: si se debe a que coges demasiado trabajo, si no delegas, si es muy estresante, si esto o lo otro. Lo realmente crucial es que te preguntes para qué ha ocurrido tu borau ese o como se llame. La vida te da avisos, Marcos, y tienes que saber qué es lo que te está diciendo con ellos.

Tocado y hundido.

Ya sabía yo que la visita de las Méndez no era para hacer parrilladas en familia; como siempre, existía una agenda oculta.

—No creo que haya muchas respuestas posibles a ese «para qué» —siguió mi madre, pensativa—, pero tienes que encontrar la tuya. Y, por lo que veo, parte de esa respuesta es esa chica tan mona y tan suya. Tal vez una de las razones por las que ha ocurrido es para que ustedes dos se conozcan.

—No lances voladores, que ya te veo encargando el vestido para la boda —le dije con una risa algo forzada—. No ha pasado nada entre nosotros, ya te lo dije. Por ahora, solo somos amigos.

«Si no tenemos en cuenta cierta conversación rara no hace mucho y que hemos intentado obviar de todas las formas posibles. Y las decenas de momentos llenos de tensión en los últimos días. Nada de nada, claro que no».

—Pero pasará. Y si te sirve de algo lo que diga tu anciana madre, esa chica tiene ganado su puesto en la familia solo por haber venido a buscarte.

—Eso solo demuestra lo loca que está…

Mamá puso una mano sobre mi brazo y lo apretó con cariño.

—Puede ser. Pero ¿quién no está un poco loco en alguna faceta de su vida? Mírame a mí, por ejemplo. Estar un pelín jareado da la chispa justa a la vida.

Levantó los brazos y comenzó a bailar al son de Elton John y su *Rocket Man*. Tuve que reírme y lo hice de corazón, desde la espiral de amor y cariño tan grande que me inspiraba mi madre, su chispa, su fuerza y la sabiduría basada en aciertos y errores y en su particular forma de procesarlos. Siempre pensé que, de haber nacido en otro lugar y en otro tiempo, habría sido una revolucionaria nata, una activista de la Resistencia o una gran artista con sus raíces en Woodstock, organizadora del Live Aid y la salvadora de todos y cada uno del Club de los 27, porque los habría convencido de que la vida era maravillosa y que se disfrutaba mejor vivo que criando malvas.

No hablamos más de lo mío, no hizo falta. Lo que ella había venido a decirme me había llegado alto y claro. Así que decidí dejarme llevar por aquella música estupenda y de que allí, en aquel garito enarenado, había tres generaciones de una familia que, como todas, tenía lo suyo, pero que defendía con fiereza el bienestar de cada miembro.

La conversación con Victoria no se hizo esperar. A la mañana siguiente, con una Amaia que todavía se sentía un poco débil y mareada y que decidió arrebujarse en el sofá bajo una manta en compañía de un libro, accedí a acompañar a Victoria al aeropuerto.

—Voy a buscar a Bastian, que llega en una hora desde Berlín. ¿Te vienes?

Amaia me sonrió como si me leyese la mente. No pude quitarle la vista de encima, estaba demasiado preciosa rodeada de tela blanca y espumosa. Ella lo notó y algo parecido al rubor acarició sus pómulos.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Algún remedio para que te sientas mejor?

No quise mirar a Victoria, seguro que estaría poniendo los ojos en blanco ante tanto caramelo y algodón de azúcar. Amaia tampoco lo hizo, tenía toda su atención puesta en mí.

—Compra el vino que nos gusta para llevarlo esta noche a casa de tu hermana.

Me reí.

—Y otra botella para abrirla antes de irnos.

—Ya me siento mejor con solo pensarlo.

Cerré la cancela y me subí junto a Victoria en su furgoneta. Mi hermana acomodó sus piernas largas y apoyó un brazo en la ventana, era la pura imagen de una mujer feliz consigo misma. La radio comenzó a sonar, era una vieja canción de Sheryl Crow que ambos conocíamos. La tarareamos, ella palmoteando el volante al son de la música y yo haciéndole el contrapunto con mis dedos en la ventana. Como siempre, entramos en esa armonía viva que era inherente a nosotros, que formaba parte de nuestra forma de relacionarnos. No era así con Eli, con quien protagonizaba una relación casi simbiótica, ni con Nora, con la que lograba pocos pero fabulosos chispazos de clarividencia fraternal. Con Victoria, nunca sabía a lo que podía atenerme, porque era la mujer más sorprendente que había conocido.

O, por lo menos, hasta ese verano.

—¿Vas a dejar tu trabajo? —preguntó sin paños calientes. Mis dedos seguían el ritmo de la melodía, aunque mi atención ya no estaba en ella. Se había quedado paralizada con la pregunta de mi hermana.

—Sí. No sé. Quizá.

Ella asintió, como si me comprendiese a la perfección.

—Ya no te llena, ¿no?

Apoyé la coronilla en el reposacabezas, intentando estirar la nuca. La notaba repentinamente agarrotada.

—Cuando pienso en volver a la rutina y aceptar un proyecto nuevo, el cuerpo se me tensa y me grita que no lo haga. Eso no me ha ocurrido nunca. Me conoces, Vic, me encanta lo que hago y alimenta la vena competitiva que nunca he ocultado. Pero ahora es la primera vez que no me apetece la adrenalina, el reto, la lucha y los galones.

—Tómate un tiempo para ti. No unas vacaciones, como ahora, sino una verdadera excedencia, donde puedas descubrir qué es lo que en realidad te apetece hacer.

Meneé la cabeza, dubitativo.

—No creo que se trate de comprar más tiempo. Es como si hubiese alcanzado el punto de no retorno, de ya no querer mirar atrás.

Me miró con brevedad a la vez que aceleraba.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Que no lo tengo del todo claro. Joder, Vic, llevo toda la vida trabajando para hacerme el nombre que tengo, soy un referente mundial en ciberseguridad, puedo elegir los trabajos porque ya nadie me puede obligar a hacer lo que no quiera… Es difícil renunciar a eso. ¿Y si luego me doy cuenta de que la he cagado?

—Me resulta raro escucharte decir todo eso. Siempre habías sido una persona que tenía controlado su ego, pero con esto, tal vez te pese más de lo que crees.

Fui a protestar, pero siguió hablando:

—¿Qué puede pasar si lo dejas? Ya te has demostrado todo lo que puedes ser y hacer. ¿A quién más le importa? Tienes dinero ahorrado y alguna inversión que otra, no te vas a quedar con una mano delante y otra detrás. Y si en algún momento quieres volver, no creo que tengas

problema.

—No es así, en esto enseguida surge gente para coger tu puesto…

—Qué tontería. Como si no pasara en cualquier trabajo del mundo. Marquitos, sé que lo que haces es complicado y requiere un alto grado de especialización, pero recuerda que no estás inventando la vacuna contra el cáncer ni salvando el mundo. Puedes concederte un cambio de vida. Mírame a mí, sin ir más lejos.

Se calló unos segundos.

—Sé que da miedo. Yo misma estuve acojonada por todo lo que implicaba el hacer de verdad lo que quería. Pero mira ahora —sonrió, alegre, mientras hablaba—, la vida me está recompensando por luchar por lo que quería.

—Tú lo tenías claro, Vic. Querías volver a trabajar, a exigirte y a retarte, y lo hiciste contra viento y marea.

Alzó las cejas, reprobadora.

—Estuve muchos años a la deriva, Marcos, con una desazón interna que no lograba entender. Pensaba que era por cómo estaban las cosas con Leo, pero no era solo eso. No fue todo tan fácil y ni tan rápido.

Me dio unas palmadas en la rodilla.

—Es normal que ahora te sientas perdido. Pero intenta poner en valor todo eso que ya sabes: que tu vida como era antes no te llena, que quieres desvincularte de tu trabajo actual y que has conseguido parar la rueda de hámster para poder calmarte y pensar. El tiempo que tardes en descubrir lo que quieres no te lo puede decir nadie, es inherente a cada persona, pero lo más importante ya lo has logrado. Se tarda mucho tiempo en traducir las señales y a ti te han dado el alto en letras mayúsculas. Para mí, ese es el paso más difícil, el saber que ya no quieres lo de antes y que necesitas descubrir cómo quieres seguir adelante.

Resoplé, agobiado.

—¿Y ahora qué, Vic?

Me echó una ojeada con el rostro iluminado por una sonrisa.

—No lo sé. Tendrás que descubrirlo tú mismo. Pero te aseguro que te va a gustar hacerlo. Y a nosotros nos encantará ver cómo lo haces, hermanito.

Y movió las cejas de forma pícara, distendiendo el momento y dando pie a un interrogatorio acerca de Amaia. La dejé, deseoso de disolver un poco la tensión que me había invadido y guardando en un compartimento de mi mente todo lo que habíamos hablado.

Se me estaban acumulando las cosas que necesitaba desentrañar y, en el fondo, me daba pánico el instante en el que tuviese que ponerme a diseccionar toda aquella masa gris de sentimientos y verdades.

Era más fácil no pensar. Ojalá fuese igual de fácil lograrlo.

12

Amaia

El malestar había aflojado bastante cuando Marcos volvió de recoger a su cuñado y a la hora de comer ya me sentía yo misma. Odiaba aquella debilidad, pero no había remedio que lo mitigase, así que desde hacía mucho tiempo había decidido rendirme ante la evidencia y, simplemente, pasarlo como pudiese.

El haber estado desconectada del mundo me rebotó en la cara en cuanto decidí volver a incorporarme a él. Mi hermana me había enviado tropecientos mensajes, así que tuve que llamarla para tranquilizarla y asegurar que no me había atrapado un kraken o una red de trata. Elena también me había mensajeado y estuve un rato limpiando los chats, sin darme cuenta de que era ya mediodía y que seguía sola. Me asomé a la terraza justo en el momento en el que Marcos se bajaba de la furgoneta de Victoria.

—Te vemos para cenar, Amaia —exclamó ella con una sonrisa, y me saludó con la mano, al igual que el hombre de ojos grises que estaba sentado a su lado—. Este es Bastian, por cierto. Ya lo conocerás mejor esta noche.

Yo también levanté la mano, aunque la furgoneta ya derrapaba dejando una nube de tierra tras de sí. Marcos sonrió, meneando la cabeza.

—Victoria y su conducción a lo Fittipaldi.

Luego me miró y su sonrisa se hizo más intensa.

—¿Cómo te encuentras? Tienes mejor carita.

Se acercó a mí y me puse nerviosa. Nuestra diferencia de altura era notable, pero él la empequeñeció al doblar su cuerpo hacia mí. El viento azotó unos cuantos mechones de mi cabello y él los retiró con delicadeza de mi cara con un movimiento que era una caricia encubierta.

«Estoy latiendo por todos lados. Por Dios, que no se dé cuenta. Me gusta demasiado que me toque».

Su voz adquirió un tono más ronco de lo normal.

—Te he echado de menos. Si no te hubieses levantado, habría ido yo mismo a rescatarte de las fauces de esa cama que te ha tenido atrapada.

De nuevo no pensé, solo me moví. Solo hicieron falta unos milímetros para pegarme a su cuerpo. Era cálido y acogedor, como hecho a mi medida. Deslicé los brazos por su espalda y escondí mi cara en su pecho, enseguida noté el suspiro que se originaba en lo más profundo de sus pulmones y salía, tembloroso, de entre sus labios. Tardó dos segundos en abrazarme con fuerza, como si no quisiera dejarme marchar nunca, con una intensidad que nos dijo muchas cosas.

«Que me muero por besarte, por ejemplo».

Aquellas palabras invadieron mi mente como un tsunami de deseo y, por puro instinto animal, pegué mi pelvis contra él. La respuesta fue inmediata y muy dura, una rigidez que se

tradujo en una subida de tensión de ambos, como si estuviésemos esperando una señal para el siguiente paso. Pasaron los segundos sin que ninguno de los dos hiciese un solo movimiento, nada que nos llevase a ese beso asolador que nos debíamos cada vez más, a ese deseo que habíamos ido alimentando entre sonrisas, roces, confidencias y la más pura y absoluta felicidad de estar juntos.

—¡Marcos! —Una voz femenina y vivaracha rompió el momento y nos alejamos como si nuestros cuerpos quemasen. Minerva se asomó a la puerta de la terraza y nos miró como si hubiese sabido que algo había ocurrido hacía solo unos segundos—. ¿Interrumpo? —inquirió sin sutileza alguna, y se coló por la puerta entreabierta—. Bueno, ya estoy aquí, ¿no? He venido caminando desde casa, donde mamá está de pesada preparando cosas para esta noche, y vine a buscar a David y a Gala, pero no los encuentro por ningún lado. Y pasan del móvil, como siempre. Eso seguro que es porque soy yo, los muy idiotas. ¿Me ayudas a buscarlos? Y de paso me invitas a almorzar algo, que no tengo ganas de subir otra vez a casa y que mamá ya me ponga a preparar ensaladilla o no sé qué otras mierdas que esté haciendo.

—Mimi, esa boca —la reprendió Marcos, aunque sabía que le hacía gracia el desparpajo de su sobrina. Minerva puso una mueca de falso arrepentimiento y hasta a mí me entró la risa. Marcos me miró e hizo un gesto hacia la calle.

—¿Nos comemos un perrito o alguna guarrada de esas en el pueblo?

Asentí y acompañé a tío y sobrina a engullir unos perritos calientes a los que no les cabían más guarniciones. Y a pesar del cambio de escenario y de personajes, no pude evitar sentir que la sombra de lo que había estado a punto de pasar planeaba sobre nosotros. Lo notaba en la mirada de Marcos, que ahora tenía una calidez y complicidad diferente, más hambrienta y turbia, aunque intentase camuflarlo con su habitual encanto y buen humor.

Y parte de mí se preguntaba si aquello era sabio, si lo de mezclar el sexo en todo lo nuestro haría que Marcos se ocultase más de sus problemas al tenerme como parapeto.

«Quiero que sane y que luego decida lo que quiere, y no influir en nada».

El problema era que en mí se había encendido la mecha y me costaría muchísimo apagarla, y más estando a su lado en cada momento, respirando el mismo aire que él y teniéndolo al alcance de la mano sin esfuerzo alguno.

«No sé cómo me voy a poder acostar en la misma cama que él de ahora en adelante sin querer acurrucarme a su lado y aspirar el aroma que solo he podido percibir en nuestros dos abrazos».

Por eso, fue un alivio cuando Marcos y Mimi se fueron a buscar a los hermanos de esta y yo me quedé en la terraza, decidiendo si me iba a la playa o si, por el contrario, me dedicaba a dormitar en una de las hamacas. Me estaba volviendo una perezosa, pero una perezosa muy relajada: en todas aquellas vacaciones, apenas había visto series ni películas, algo que era impensable para mí, y el hecho de estar sola con mis pensamientos me había resultado más fácil de lo habitual.

Decidí vencer la pereza y reconectar con la energía del mar. No tenía el cuerpo para coger olas, pero sí para pasear por la orilla y dejarme acariciar por el sol de final de verano. No me encontré a Marcos y sus sobrinos allí, pero sí a la madre y abuela, que habían montado todo un chiringuito digno de la Costa del Sol. Me paré un rato a charlar con ellas por cortesía, no del todo cómoda, porque notaba que me estudiaban con una sonrisa amable, sin duda preguntándose cuál era mi relación real con Marcos. O quizá no y yo me lo estaba inventando todo, fiel a mi naturaleza suspicaz. Lo cierto era que ni yo misma lo sabía, así que interpreté el papel de buena amiga, que era el rol donde más cómoda me sentía. Acabé la tarde sentada con ellas, escuchando

historietas de los hermanos Olivares, donde Elisa y Marcos eran los traviesos, Victoria, la líder del pelotón y Nora, la que competía por la atención al ser la más pequeña y por eso había protagonizado las trastadas más memorables.

A pesar de ese paréntesis amable, esa noche, la de la cena de Victoria, no las tenía todas conmigo. Él estaba guapísimo, vestido con una camisa blanca de caída suave y unas bermudas verde manzana, y puedo jurar que al verlo me puse nerviosa. Muy muy nerviosa. Y creo que a él le pasó lo mismo. Yo también me había esmerado en mi aspecto, dentro de las pocas opciones que tenía allí, y me había puesto un vestido blanco de estilo ibicenco que resaltaba mi bronceado y dejaba ver mis piernas. Llevaba unos pendientes tintineantes a juego con las pulseras que habitualmente vestían mis brazos, y me había maquillado con sutileza, lo justo para resaltar los ojos y dar brillo a los labios.

Nos miramos sin disimulo y la tensión explotó entre nosotros de nuevo, como un personaje más de nuestra historia. Noté que se me ponían los pelos de punta y que el aire parecía hacerse más denso, grueso, sin espacio para otra cosa que no fuesen nuestras ganas.

«Así no, Amaia. Él debe solucionar sus cosas sin tenerte a ti de paraguas».

Era difícil acallar aquella voz interior que me pedía tener cordura, pero de alguna forma logré tragar saliva y sonreír con calma mientras lo cogía de la mano.

Ignoré el chispazo de electricidad que nos sacudió a ambos.

—¿Nos vamos? Ya llegamos un poco tarde.

Marcos pareció encontrar dificultades para centrarse, pero hizo un esfuerzo y entró en nuestra sintonía conocida con rapidez. Me dio la bolsa con la botella de vino y añadió un sobre de salmón del ahumadero de Uga. En unos minutos llegamos a casa de Victoria, un chalet elevado sobre la playa y que formaba parte de una urbanización de diferentes tipos de casas de lujo. La suya era acogedora y práctica, con pinta de haber sido vivida por la familia durante años, ya que estaba llena de objetos y fotos que denotaban un cariño especial por aquella vivienda. En el jardín de picón, había una pequeña piscina y una zona de barbacoa, donde estaban todos los miembros de la familia. La mesa estaba dispuesta con gusto, las cervezas y el vino se mantenían frescos en cubiteras y las tablas de queso y el hummus con crudités ya estaban siendo atacados por los sobrinos de Marcos.

Me presentaron a Bastian, la pareja de Victoria, y enseguida fui acogida en el alegre grupo donde el buen humor y las pullas bienintencionadas eran el guion habitual.

—Marquitos, que no se te olvide pasar por aquí con unos cuantos *tuppers*, que te voy a preparar cosas ricas para ver si de esa forma te me repones, que pareces el espíritu de la golosina —apuntó la abuela, señalando con el dedo a su nieto.

—Ya será para menos, Carmen Delia —apuntó su hija, aunque entrecerró los ojos calibrando la figura de Marcos—. Bueno, aunque viéndolo bien, sí es verdad que deberíamos cebarlo un poquito. Amaia, te nombro encargada de recoger esos *tuppers*, que yo sé que mi hijo se va a hacer el loco.

—Yo encantada por la parte que me toca —dije riendo, y Victoria asintió con una sonrisa.

—Aprovecha, que estas dos ya no se prodigan mucho.

—Precisamente tú no puedes quejarte, que eres la que más *tuppers* ha alcanzado —le lanzó Marcos, y su hermana alzó las cejas.

—Pues no haberte ido a vivir a no sé dónde, que ya sabes que a estas dos les cuesta subirse a un avión.

—Sí, claro, míralas lo rápidas que fueron a visitar a Eli a Finlandia. Y no nos dijeron nada, las muy bellacas.

Entre las risotadas generales, Victoria me explicó que cuando su hermana Elisa descubrió que estaba embarazada justo al llegar a Finlandia, el país adonde había ido a trabajar, las Méndez organizaron un viaje del que no dijeron ni mu a nadie y se plantaron en el pueblecito donde vivía Elisa, muertas de risa por haber engañado a toda la familia.

Me reí, admirada por la audacia de aquellas dos mujeres mayores e intrépidas, y pensé por enésima vez en lo afortunado que era Marcos por contar con una familia así. Allí todo el mundo era acogido con cariño, desde el amable Bastian hasta una desconocida como yo, y me sentí partícipe de todo, incluso cuando me encargaron vigilar los pimientos que estaban a la parrilla y casi los dejé quemar. Y todo esto sin mirar demasiado a Marcos, porque me asustaba enfrentarme a lo que podía ver en sus ojos, que no tenía nada que ver con la *friend zone* en la que nos habíamos movido con soltura los días que llevaba allí.

La cena estuvo deliciosa, ligera y llena de sabores diferentes, componiendo una amalgama de los estilos de todas las mujeres de la familia. La noche nos acogió con calidez en aquel jardín austero, lleno de velas y de farolillos indirectos, donde la música iba cambiando según el gusto de cada uno, con placidez y una armonía que no se rompía ni mezclando canciones de Raphael con otras de Coldplay.

Sin darme cuenta, tuve palabras con todos los componentes de la familia, de una forma natural y tranquila, sin sentirme fuera de lugar en ningún momento, como si mi compañía fuese igual de deseada y valorada que la del resto. Y esa aceptación hizo que en mi pecho se encendiese una pequeña llama de aleteante felicidad, porque la niña que yo había sido y la mujer en la que me había convertido no habían gozado de algo así de fábrica, jamás.

Quizá eso hiciera que cuando nos fuimos, estuviese más pensativa de lo habitual, y Marcos lo notó. Hicimos el corto trayecto de vuelta en silencio y cuando llegamos a casa, me preguntó si quería estar un rato afuera, cerca del mar. Accedí, prefería eso que meterme en la cama llena de pensamientos confusos.

—La experiencia de la familia Olivares puede tener efectos como este, sí —dijo, tanteando mi estado de ánimo. Le sonreí con disculpa y cogí su mano para subirme a nuestra roca preferida.

—Al contrario, ha sido una noche estupenda. Me ha encantado conocerlos a todos y me he sentido muy bien acogida.

Nos sentamos uno al lado del otro, contemplando la negrura del mar ondulante y escuchando su tranquilizador sonido. Suspiré, sabía que él estaba esperando que le contase lo que me ocurría y yo deseaba hacerlo.

—Creo que sabes la suerte que tienes de formar parte de algo así. Hoy en día, no es habitual encontrar relaciones familiares tan verdaderas.

—Bueno, a veces abruman. Somos todos muy diferentes.

—Pero hay una esencia que todos compartís y que os hace fuertes, creando esa protección de la familia que es maravillosa. Hay muchísimas familias donde no es así.

Me quedé callada, buscando las palabras, y luego lo solté todo sin pensarlo. Probablemente, Marcos fuese la primera persona más allá de Elena a quien le contaba aquello.

—Habrás notado que nunca te hablo de mi madre. Existe y de vez en cuando la vemos, pero es alguien ajeno a nosotras. Mariana tuvo que hacer de madre desde muy pequeña conmigo y yo, decidir ser fuerte para ayudarla en ello. Teníamos cuatro y seis años cuando mi madre, tras morir mi padre, decidió dedicar su tiempo libre a buscar novio, porque es de esas mujeres que no saben estar solas. Y no es un mujer tonta, al contrario: tiene un buen trabajo, un puesto de responsabilidad en una empresa de telecomunicaciones, pero esa inteligencia es nefasta en lo

emocional. Las épocas en las que estaba en búsqueda y captura eran terribles, porque nos dejaba solas por la noche en el piso donde vivíamos. Apagaba todas las luces y nosotras nos quedábamos en el dormitorio, acurrucadas las dos en la misma cama, aterrorizadas por la oscuridad y con miedo de ir a encender una lámpara. Yo me hacía pis porque no quería levantarme y luego, a la mañana siguiente, me caía una bronca descomunal.

»¿Eres una bebé, Amaia? Ya tienes edad para dejar de mearte en la cama, ¡qué asco! Limpia todo eso y pon la lavadora, que yo no soy ninguna criada.

»Nunca acudía a hablar con nuestros profesores hasta que un día Mariana le dijo que, si no iba, el colegio llamaría a servicios sociales para ver qué pasaba. A partir de ahí no se perdió nada, ni siquiera nuestras representaciones del cole, siempre con cara de no querer estar ahí, aunque se arreglaba a tope por si había alguien interesante entre los padres. Para ella lo importante eran las apariencias y que en su vida no hubiese una mácula. Para el resto, ella era Valeria Zaldívar, la viuda guapa con dos hijas preciosas a las que sacaba adelante trabajando a destajo y con una carrera espectacular en su empresa de toda la vida, que había sido absorbida por una multinacional y que ofrecía más posibilidades que antes de promocionar. De cara a la galería, ella hablaba ya en aquella época del rol de la mujer en la empresa y de que tenía que sacrificar mucha vida familiar para poder estar al nivel de sus compañeros. En el fondo, aquello era mentira: nosotras le sobrábamos e intentaba minimizar nuestra presencia de todas las formas posibles.

La mano de Marcos apretó la mía con suavidad y su pulgar acarició mis nudillos.

—Cuando crecimos, las cosas fueron todavía más complicadas. Las temporadas en las que tenía pareja apenas paraba en casa, y si venía, nos hacía entender que era mejor que no nos dejásemos ver mucho. Creo que sentía celos porque nosotras éramos ya unas adolescentes y ella tenía miedo de que pudiésemos interesar a sus novios más que ella.

Hice un ruido gutural, mezcla de asco e incredulidad.

—No teníamos más familia a la que acudir. Mi padre era originario de Cádiz y mi madre nunca tuvo relación con sus suegros; ella era hija única, con unos padres mayores que murieron cuando éramos pequeñas. Jamás contamos con un adulto que nos sirviese de tabla de salvación, así que tuvimos que ser nosotras las que nos fabricamos un futuro. No había problema de dinero, porque mi madre necesitaba presumir de hijas con carrera universitaria, y nosotras aprovechamos, aunque luego le salió el tiro por la culata. Después de terminar nuestros estudios, Mariana ingresó en la Guardia Civil para hacer carrera como oficial y lo que yo hago mi madre jamás lo ha entendido, así que nunca ha podido alardear de lo que siempre quiso: hijas médicas, abogadas o ingenieras aeroespaciales.

Lo miré. Estaba atento a mi relato con un gesto que era mezcla de apoyo e incredulidad.

—Por eso, y mezclado a que de forma innata no soy la persona más sociable del mundo, me cuesta tanto todo lo que tiene que ver con las personas. Con un punto de partida donde la que debería haber sido la persona más importante de tu vida nunca quiso serlo, todo es más complicado.

Luego sonreí. No quería sonar victimista, solo contarle lo que había ocurrido de la forma más desapasionada posible.

—Lo bueno de todo esto es que nos hizo fuertes y resistentes. Y forjó una relación con mi hermana que trasciende los lazos de sangre. Nos queremos, nos respetamos, nos protegemos y nos decimos las cosas a la cara, y siempre estamos la una para la otra. Siempre. No importa lo que pueda pasar. Por eso siempre está tan pendiente de mí.

Él seguía callado, dejándome hablar, con ese gesto de comprensión que adoraba de él.

Ahora entendía por qué era el hermano preferido de todas sus hermanas.

Me levanté y a la vez se alzó el viento. Una ráfaga fría irrumpió entre el aire caliente y se deslizó entre nosotros, rodeándonos, como una antigua magia que hizo crepitar nuestra ropa. Lo noté a mi lado, muy cerca, con sus dedos entrelazados con los míos, y dejamos que el aire nos envolviese con fuerza. Y lo escuché pedirme en voz baja que durmiéramos juntos. Juntos, de verdad.

Esa noche la cama se hizo más pequeña, porque la invadimos a tientas, cada uno por su lado, hasta encontrarnos en el centro, en un abrazo tierno y apretado, de esos que alimentan lo bonito y construyen puentes sólidos entre el deseo y algo que es mucho más. Cerré los ojos, ignorando mis enormes ganas de girar la cabeza y besarlo, y me centré en sentirlo a mi alrededor, a ese hombre que era mi amigo y que ahora me hacía soñar con cosas que todavía no podía reconocer a mí misma.

Y cuando la mañana nos encontró todavía entrelazados, me dije que era cuestión de tiempo que aquello que se estaba cociendo entre nosotros se volviese real. No íbamos a ser capaces de resistirlo mucho más. Ya solo ese despertar, con su erección clavada en mi espalda, suponía un ejercicio de contención demasiado extremo.

Lo dejé durmiendo y me fui a la playa, donde ni siquiera el mar fue capaz de borrar la excitación y anhelo que arrastraba. Todo era muy intenso y poderoso, como si se hubiese creado un sistema planetario a mi alrededor donde solo existían fuerzas gravitacionales que me harían colisionar con Marcos tarde o temprano, en un *big bang* que se preveía apoteósico.

Y que podía significar el final de muchas cosas en mi vida tal y como la conocía hasta ese momento.

Hasta nuestra amistad, si aquello no significaba lo mismo para él que para mí.

Y un escalofrío me recorrió entera a pesar de que el sol comenzaba a calentar sin piedad y la playa se llenaba de las alegres voces de los niños.

Amaia y Marcos

@Juicyhack: Deja de contarme lo que te vas a hacer de cenar, que me muero de hambre y no tengo nada en la nevera.

@CommonBoy: Es que te chuparías los dedos. Desde que descubrí la leche de coco, le he encontrado mil usos diferentes que mejoran la comida. Y estos mejillones con vino blanco y ajo están que te mueres. Pero tienen que ser mejillones de los frescos, de esos que vienen envasados al vacío, ¿eh?

@Juicyhack: Ahorra energía de tecleo, como si yo fuera a hacerlos.

@CommonBoy: Pues se lo cuentas a tu hermana y que te los haga ella. De verdad, Juicy, ¿no te pica la curiosidad aunque sea un poquito?

@Juicyhack: ¿Para qué? Soy negada para la cocina, ya te lo he dicho. Todo me queda o muy crudo o demasiado hecho, o picante que te mueres o sin sabor alguno. Yo sirvo para otras cosas; la comida, mejor que me la pongan delante.

@CommonBoy: ¿Y qué vas a cenar? ¿Alguna cochinada de esas tuyas precocinadas o tienes *tuppers* de Mariana en el congelador?

(Juicy tecleando, parando y volviendo a teclear).

@Juicyhack: Esta noche salgo a cenar fuera.

@CommonBoy: ¡Guau! ¿Tienes plan? ¿Adónde vas a ir?

@Juicyhack: Pues no lo sé. Hemos quedado para tomar una cerveza por una plaza de mi barrio y luego creo que hay una reserva en algún lugar de la zona.

(CommonBoy teclea un rato).

@CommonBoy: ¿Entonces se trata de una cita? ¡Qué callado que te lo tenías!

@Juicyhack: Bueno, tampoco tengo que reportarte todo, ¿no? Además, ya sabes que no soy muy de citas. De hecho, desde esta mañana estoy luchando contra las ganas de anularla.

@CommonBoy: ¿Y por qué no te gustan las citas? Al final, se trata de un ratito para conocer a alguien que puede ser interesante. Y no tienes más compromiso que, si no te gusta, no volver a quedar…

@Juicyhack: Uff… Es que lo mío no son las relaciones interpersonales. No llevo instalada de serie la facilidad de alternar con desconocidos.

@CommonBoy: Bueno, dale una oportunidad. Nunca se sabe.

@Juicyhack: Me encantaría poder saltarme todo eso. Lo de dónde estudiaste y qué te gusta hacer los fines de semana. Me da una soberana pereza.

@CommonBoy: Te lo puedes saltar si la intención es solo folleteo. Más ahora, que la gente va muy a saco y dice lo que quiere desde el principio.

@Juicyhack: Si ese hubiese sido el objetivo, no estaría quedando para cenar.

@CommonBoy: ¿Entonces cuál es el objetivo?

@Juicyhack: Pues no sé… ¿Obligarme a conocer gente más allá de un revolcón? Ojalá nos pudiésemos enamorar de alguien con quien ya no hubiese secretos.

@CommonBoy: Te perderías la magia del coqueteo, que pone mucho.

@Juicyhack: Ya, pero renunciaría a eso por todo lo que me espera esta noche.

@CommonBoy: Ni que fueras al matadero. Disfruta, Juicy, que la vida son dos días.

@Juicyhack: Lo mismo a él tampoco le gusta la situación y así lo tendré más fácil.

@CommonBoy: Sería un tonto si no le gustase.

@Juicyhack: Vaya, un cumplido. ¿Y eso?

@CommonBoy: Solo te digo que me encantaría ser ese tío y poder ir a tomarme una cerveza contigo a la plaza esa cuyo nombre no me quieres decir.

(Juicy deja de teclear y espera unos segundos).

@Juicyhack: Me voy a cambiar, que si sigo dándole al bistec contigo, llegaré tarde. Ya te contaré.

@Juicyhack se ha desconectado.

13

Marcos

Aquella semana eran las fiestas de La Caleta de Famara y, en cierta forma, agradecí el barullo y la inyección de vida que supuso en nuestro entorno. Se me estaban acumulando los frentes en los que pensar y llegar a algún tipo de decisión, y poder taparlos con actividades y planes me venía muy bien. Sí, así, a lo cobarde, pero sentía que no debía forzar la máquina.

Mi madre y el resto del clan se quedaron un par de días más. Victoria le pidió a su socia Arume que la cubriese en el negocio que regentaban, Bastian se organizó para trabajar desde Lanzarote y el resto estaba de felices vacaciones, así que cambiaron los billetes. Eso significó más tardes de playa llenas de risas, noches de conciertos en la explanada del muelle y mañanas perezosas, donde cada vez se me hacía más difícil separarme del cuerpo cálido y voluptuoso de Amaia, en esa especie de tierra de nadie donde las ganas me estaban volviendo loco y se daban la mano con todo lo que estaba sintiendo por ella.

Viéndola surfear con fiereza mientras yo jugaba al voleibol con mis sobrinos, me pregunté si aquello era el punto de inflexión que había necesitado durante tanto tiempo, ese sentir que había encontrado a alguien con quien deseaba compartirlo todo; una miedosa felicidad que se borraba de un plumazo cuando recordaba que ni siquiera sabía qué era aquel todo, porque no tenía ni idea de cómo quería reconducir mi vida. Lo único que tenía claro era que no volvería a lo de antes, eso me lo gritaba mi interior como si fuera un *hooligan* desaforado en un partido donde su equipo iba ganando de paliza.

El jueves, La Caleta comenzó a llenarse de caravanas de gente que pasaría allí el fin de semana de las fiestas y decidimos no mover el coche más para no quedarnos sin sitio. El ambiente era cada vez más festivo, con el pueblo lleno de banderines y la gente ataviada con el sombrero de paja típico de la isla, dispuesta a participar en la romería marinera. Nos mimetizamos con la celebración, disfrutando de las calles llenas de mesas de gente con comida, la parranda que acompañaba a la virgen hasta la ermita y la noche de música canaria con la que nos divertimos hasta la madrugada. Amaia brillaba con luz propia, curiosa y divertida por todas aquellas tradiciones desconocidas para ella, cantando con su voz desafinada las isas y folías que mi madre y mi hermana se afanaban en enseñarle, y mirándome cuando creía que no me daba cuenta con una expresión que me hacía desear, más que nada en el mundo, tomar su rostro entre mis manos y besarla hasta que se desintegrase el universo.

De forma muy consciente, estaba deseando que mi familia se fuese y poder quedarme con ella a solas. Pero eso no ocurriría hasta el sábado, porque el jueves y el viernes por la noche, la abuela y mi madre se quedarían en casa a dormir. El paseo nocturno hasta la casa de Victoria era demasiado largo para ellas y les intercambiamos la vivienda hasta que se fuesen el sábado por la mañana.

Hasta entonces, tendríamos que aguantar la tensión de aquello que sabíamos que iba a ocurrir. Y eso me ponía más cachondo de lo que había estado en la vida. Andaba duro e

incómodo como un adolescente, todo motivado por gestos tan tontos como que cruzase sus carnosos y dorados muslos o que se riese echando la melena hacia atrás, lo que me conjuraba imágenes de mí mismo enrollándola alrededor de mi muñeca para hundir la cabeza entre sus pechos. Intentaba disimular mi cara de hombre primitivo en celo, igual que lo había hecho las noches que habíamos dormido haciendo la cucharita —o algo parecido a eso, porque estar tan cerca era superior a mí y necesitaba unos centímetros extra de separación de su trasero mullido —. Ni siquiera me había masturbado, aunque la tentación era enorme cada vez que me duchaba. Apretaba la frente contra los azulejos del baño y me decía que, en ese estado, no duraría nada cuando la tuviese entre mis brazos, pero, aun así, no quería correrme así, sin ella.

Supongo que desde el primer momento en el que la vi, cuando parecía una valkiria furiosa a punto de sacarme los ojos, tuve la suficiente clarividencia para saber que Amaia no sería algo pasajero en mi vida. Primero, porque ya no lo era por la relación que habíamos cultivado durante años, y porque cuando clavó su mirada intensa en mí, algo ocurrió. El planeta se desvió de su eje, o quizá la estrella polar perdió el norte unos segundos. Yo no fui lo bastante sensible para percibirlo, pero pasó en el microcosmos que ya, en ese entonces, existía entre nosotros.

Cuando nos despedimos de mi familia y la furgoneta negra ya no se divisaba por la carretera, fue como si de pronto la tensión se relajase de forma ostensible. Nos sonreímos y, mientras los dedos se buscaban para entrelazarse, Amaia me preguntó si estaba preparado para la gran verbena de las fiestas.

—¿Sabes que nunca he estado en una? —me confesó entre risas, y mi cara debió ser un poema.

—¿Cómo va a ser eso? ¿Ni siquiera en una de esas de pueblo de interior, con Paquito el Chocolatero y toda la parafernalia?

—Jamás.

—Bueno, debo confesar que yo tampoco las frecuento desde hace mucho tiempo. A los carnavales de mi isla sí que he ido con frecuencia, pero a una verbena… —Conté mentalmente los años, pero ni siquiera recordaba cuál había sido la última.

—Tengo muchas ganas —confesó ella con estrellas en los ojos—. Me encanta bailar.

Sonreí ante su emoción.

—Te aviso que aquí habrá de todo: la orquesta con mucha salsa y merengue, y luego, con el DJ, nos tupirán a reguetón, ya verás.

—Da igual, lo vamos a pasar bien con lo que nos pongan.

Me contagié de su alegría, de esa Juicyhack que solo había vislumbrado en nuestras conversaciones y que ahora derramaba su luz y esplendor como una cálida fogata.

—Hoy es nuestro día, Amaia —se escapó de mis labios, y ella no se arredró ante mi sinceridad, al contrario. Me guiñó un ojo y su voz sonó más grave:

—Eso no lo dudes. Llevo esperándolo toda la semana.

«Cómo me fascina lo directa que es. Me va a matar con eso, tengo el riego sanguíneo a punto de reventar cierta parte de mi cuerpo».

—Me gustaría cambiarme de ropa, ¿me esperas un momento y ya nos vamos? —me pidió al llegar a casa, y me abrí una cerveza mientras ella rebuscaba algo en el armario.

Cuando bajó, casi me atraganté. Sí, ahí fui primitivo, primate, cromañón y todo eso junto y revuelto, pero es que siempre me han podido las faldas cortas. Y la que llevaba Amaia, de color rosa intenso y de corte acampanado, era mínima. Lo cierto era que solía usar pantalones muy cortos y la mayoría del tiempo la había visto en bikini, pero aquel día aquella faldita encendía todos mis bajos instintos. La combinaba con una camiseta blanca de tiras de encaje, más holgada,

pero bajo la cual adivinaba sus pesados pechos, altivos y dorados, con los que llevaba fantaseando demasiado tiempo. Sus ojos destellearon con chispas llenas de risa y cierto orgullo, y cogió su sombrero de encima de la mesa.

—¿Nos vamos o te vas a quedar ahí para siempre? Ya se escucha la música desde el muelle.

Me activé en modo autómata y no pude evitar deslizar la mano por su espalda hasta posarla en la parte baja. Y entonces ella hizo lo mismo conmigo, dando por terminados así los juegos del hambre. Aquel día se bajaban las barreras y salíamos al ruedo de nuestro deseo, tan urgente y vivo que no sabía cómo lo iba a poder contener.

Pero lo hice. Lo hicimos. Lo convertimos en un juego, sin renunciar a las risas, al ir de bar en bar comiendo tapitas y regándolas con cervezas, a entablar conversaciones inventadas con gente que no conocíamos y que estaba en modo festivo igual que nosotros, a bailar versiones de Juan Luis Guerra y Luis Fonsi en medio de la multitud, con las gotas de sudor resbalando por la piel encendida y esa sensación única de estar en el sitio perfecto del mundo, en ese lugar donde ser nosotros mismos, sin oscuridad sino solo luz, con nuestra esencia más pura a flor de piel.

La tarde dio paso a la noche sin darnos cuenta y la euforia y la diversión que habían sido nuestras compañeras desde el mediodía fueron mutando en algo más. No estábamos borrachos, solo nos habíamos tomado unas cervezas comiendo y alguna más bailando, así que no se trataba de eso; era otra cosa la que nos invadía las venas y hacía que bailásemos cada vez más pegados, con una sutileza que denotaba la antigua contención y que era más excitante que el frotarnos el uno contra el otro, como ya se veía a nuestro alrededor en las parejas que se habían ido juntando con el calor de la fiesta. No, Amaia y yo estábamos a solo unos milímetros de separación, con el ritmo ralentizado a pesar de que el DJ pinchaba a Imagine Dragons y a Bad Bunny de forma indistinta, y con las miradas despojándose de la diversión y dando paso a algo muy distinto. Sonaron los acordes de una canción de C. Tangana —*Ateo*, creo recordar— y fue como si se hubiese activado un interruptor secreto. Ella avanzó sinuosamente hacia mí con un movimiento de caderas que se acopló a la perfección al mío, y me incliné un poco para que pudiese enlazar sus brazos tras mi cuello. Hundí la nariz en su pelo, olía a ella, a mar y a coco, a la calidez del sol y a su fuerza de guerrera, y sonreí. Nuestros ojos se encontraron y se me secó la boca al ver el deseo crudo en los suyos. Mi cuerpo estaba en tensión extrema, casi dolorosa, y casi morí al escucharla cantar aquello de que la perdonase la virgen de la Almudena por las cosas que hacía en mi cama. Metí las manos por dentro de la espesa mata de su cabello e hice que me mirase, apretando sus ondas con posesividad.

—No puedo más, Amaia. Vámonos de aquí.

Una sonrisa golosa se encendió en sus labios y me quedé mirándolos como un tonto.

—Vamos.

Salimos de la turba burbujeando de excitación, con las ganas inundando el aire que nos rodeaba como una bruma ardiente, pero hasta que no llegamos delante de la casa no nos paramos, como si lo que fuera a pasar fuese tan importante que debía tener el marco perfecto para ello.

La sostuve por la cintura mientras nos sonreíamos con una complicidad que jamás protagonicé con una mujer. Ella levantó la mano y deslizó los dedos por mi rostro, por mis labios, y yo no pude contenerme. La agarré por la nuca y la acerqué a mí, dejándola a escasos milímetros de mi boca.

Ahí fue cuando ocurrió. La explosión, el hambre, el estallido de una bomba de deseo y de pertenencia, el acople perfecto con unos labios cálidos y esponjosos, los dientes y las lenguas devorando aquello que llevaban deseando semanas. Amaia y yo, nosotros, el mar y el viento, la

música a lo lejos, las risas desde la playa nocturna, nuestra propia melodía y una sola necesidad: hundirnos el uno en el otro.

Entramos en la casa sin despegar nuestras bocas, dejando que las manos fuesen abriendo las puertas y tirando los bolsos y sombreros al suelo. La quietud de la casa nos acogió como el santuario donde iba a ocurrir eso para lo que nos habíamos estado preparando desde siempre, ahora lo sabía.

Nos separamos solo para quitarnos las camisetas, ansiosos, pero entonces frené. Pasé un dedo por su clavícula, el nacimiento de aquellos pechos soberbios atrapados en un precioso sujetador, ofreciéndose al compás de una respiración acelerada. Mi otro dedo, que delineaba sus labios, fue engullido con un mordisco certero y una presión que sentí en todos los lados de mi cuerpo. Sacó el dedo de su boca y lo guio con su mano dentro del sujetador, donde un pezón duro se erguía con hambre. Lo apreté entre mis dedos y ella gimió de forma grave. Aquello fue demasiado para mí, no sabía cuántas veces había soñado con sacarle aquel sonido. Liberé el pecho de su prisión y me puse de rodillas ante ella, porque aquella turgente sedosidad se había convertido en lo más erótico que había visto en mi vida. Saqué el otro y los acaricié con fuerza, muriéndome de ganas de probarlos. La miré a los ojos antes de comenzar a devorarla y ella respondió frotando su entrepierna contra mí, gimiendo al sentir cómo la succionaba y la mordía, como un animal que no podía saciar sus ganas salvajes.

Entonces lo escuché. Un chapoteo, una liquidez que se unía a mis gruñidos y sus jadeos. Aquello hizo que se me secase la boca y mi mano reptó por su muslo hacia arriba, donde todavía se sostenía la faldita rosa hecha un gurruño. No tuve piedad ni pude esperar: mis dedos se adentraron por su ropa interior y un latigazo de placer recorrió mi polla al darme cuenta de lo inmensamente mojada que estaba y cómo su vagina se contraía mientras ella apretaba los muslos buscando un placer rápido. Abandoné su pecho y se dejó caer contra la pared que tenía detrás, temblando de anticipación. Nos volvimos a mirar, ciegos de la excitación, a la vez que le bajaba las bragas y le subía la falda a la cintura, relamiéndome ante la vista que se desvelaba ante mí. Ella abrió las piernas, sin pudor alguno, y no pude contenerme. Aquellos labios turgentes e hinchados me excitaron como nunca y me lancé a saborearla con toda la boca, sensual y lascivo, muerto de ganas al escucharla gritar y agarrarse a los muebles que la rodeaban. Introduje la lengua en su calor, la lamí con dureza para luego engullirla con labios y dientes, y sentí como sus pliegues se deshacían y su interior se apretaba de forma casi imposible.

Estalló como una traca de fuegos artificiales, convulsionando con fuerza y brutalidad. El espectáculo de verla se grabó en mi retina a fuego y me hizo tener ganas de más. La cogí en brazos, laxa como estaba, y la llevé a nuestro dormitorio.

—Eres la mujer más preciosa que he visto en mi vida —susurré sobre ella, que se estiraba como una gata satisfecha. Abrí su sujetador y lo lancé al suelo, luego, la ayudé a quitarse la falda. Hundí la nariz entre sus pechos y de ahí bajé a su bajo vientre, dejando una marca con mi lengua hasta darle un mordisco en el monte de Venus. Ella puso la mano en mi pecho e hizo que acabase de rodillas en la cama, con su gloriosa desnudez ante mí, curiosa.

—Y tú eres muy sexi, Marcos Olivares —respondió, pasando sus dedos sobre mi pecho, que se iba erizando a medida que me acariciaba—. No sabes lo mucho que me gustas.

Dio un lametón a uno de mis pezones y sus manos comenzaron a bajar por mis abdominales a la vez que las cimas de sus pechos se frotaban contra mí. Sacudió su pelo, que insistía en caer hacia delante con rebeldía, y su belleza se hizo más carnal y deslumbrante, llena de esa fuerza que me tenía rendido a sus pies. Sus manos pequeñas desabrocharon mis bermudas y se internaron en ellas con lentitud, buscando rozar mi brutal dureza. Ambos contuvimos la

respiración cuando sus dedos me encontraron y palpité con todo mi cuerpo. Sentí sus manos alrededor de mi polla y sus labios en mi boca, besándome de forma lenta y sensual, calentándome más de lo que estaba, porque, por un lado, me estaba tocando como si supiese exactamente cómo me gustaba, y por otro, tenía sus increíbles tetas rozándome el pecho. Alargué una mano y busqué la húmeda flor de carne que seguía hirviendo y deshaciéndose en liquidez. Ella se encogió al notar que la acariciaba con dedos duros y emitió un suspiro largo y agónico. Intentó desasirse para bajar la cabeza hasta mi entrepierna, pero no la dejé. No las tenía todas conmigo si decidía chupármela. Y, llegados a ese punto, lo que quería era follarla, hundirme hasta los huevos en ella y volver a hacer que se corriese como la diosa que era.

—Quiero… —empecé a decir, pero ella me calló mordiéndome el labio.

—Dime que tienes condones —casi gimió en mi boca, y solo pude asentir, frenético.

—En el cajón a tu izquierda.

Ella siguió mordiéndome el cuello y recorriéndome el cuerpo con las manos mientras yo batallaba con el preservativo y, en cuanto lo tuve puesto, me hizo sentarme.

—Quiero follarte yo —me dijo, lamiéndome los labios y apretándome los pectorales—. Quiero hacértelo fuerte hasta que me pidas que pare y no puedas más.

Aquello me hizo morir un poco más antes de que pasase uno de sus maravillosos muslos por encima de mí y se ensartara con lentitud.

Y ahí ocurrió.

La diferencia con todo lo que había experimentado con anterioridad.

Nuestras manos se entrelazaron a medida que ella se iba llenando de mí de una forma lenta e insoportable, y leí en su rostro lo mismo que asolaba mi pecho. Nunca había visto el alma de alguien en sus ojos y menos en un momento como ese.

La de Amaia vibraba en colores dorados y me decía que allí, conmigo, estaba en casa.

Sin apartar la vista de mí, cogió una de mis manos y se la metió en la boca, dejando la otra sobre mi pecho para empezar a moverse. No podíamos dejar de mirarnos, unidos a la vez por todos lados, y gemimos al unísono. Ella estaba ardiendo por dentro y su estrechez me estaba matando. Se movía en círculos, a veces más lento y a veces más rápido, luego paraba y buscaba otro ángulo, arrancándonos gemidos cada vez más sonoros, y me dije que jamás había sentido aquello antes. Esas fricciones certeras que iban cambiando de lugar, los diferentes ritmos, la presión tan deliciosa que, de vez en cuando, se intensificaba… Y el espectáculo de su rostro con los labios entreabiertos, sus espléndidos pechos bamboleándose, su mano que buscaba apretar la base de mi polla, todo era una jodida fantasía hecha realidad. Aquello me estaba superando, tanto que devoré sus pechos a la vez que le daba un cachete en el culo que la hizo sisear, y ella reaccionó aumentando el ritmo y empujándome para que me hundiese más en la cama.

—Espera —dijo, y se dio la vuelta sin sacarse la polla de su interior. Mis ojos se abrieron al verla montarme al revés, con su precioso culo moviéndose sobre mí de tal forma que supe que yo ya no tenía vuelta atrás.

—Amaia… —murmuré, agónico, y ella respondió con un jadeo.

—Yo también, Marcos. Córrete conmigo, quiero escucharte.

Lo que pasó entonces no puedo describirlo. El placer casi doloroso que empezó a gestarse en mi columna vertebral y que acabó explotando de una forma a la vez estruendosa e íntima fue demasiado para mí. Amaia gritó a la vez conmigo y cayó desmadejada hacia delante, con el aliento entrecortado y sin fuerzas para sostenerse. Alargué el brazo, aún sin aliento, y la atraje hacia mí, y con la otra mano me quité el condón. Trepó por mi cuerpo y se agarró a mí como un animalillo pequeño y cálido, poderoso bajo su apariencia apacible. Le despejé el rostro de

guedejas onduladas y sonrió, más bella que nunca en su placidez postcoital. Volví a besarla, de esa forma mullida y lenta que se da tras el sexo salvaje, y la acerqué aún más a mi cuerpo.

«No puedo dejar que se vaya. Quiero esto con ella para siempre».

—Eres más silencioso de lo que pensaba —la oí murmurar seguido de una risa algo ronca. Me giré para verla y me fascinó la picardía que rezumaba su rostro. No pude sino sonreír y volver a besarla y morderla a partes iguales.

—¿Te gusta que te digan guarradas mientras follas? —le pregunté entre beso y beso. Puso cara de fingida incertidumbre.

—Puede ser. Si me las dices tú, quizá sí.

—Mmmm, pues probaré la siguiente vez. Tengo algo de repertorio, aunque no lo creas.

Se rio y me preguntó por qué no lo había sacado a relucir en nuestro primer asalto. La respuesta fue clara y brillante, sin atisbo de duda.

—Solo quería sentir. Sentirte. Que fuera lo más especial del mundo.

Sus pómulos se colorearon de forma deliciosa y hundió su rostro en mi cuello. Su voz se hizo pequeñita y se quebró un poco.

—Lo ha sido. Jamás había sentido algo así antes.

Y de nuevo formamos parte de la burbuja, de ese sentimiento que nos partía el pecho y que nos hacía aferrarnos el uno al otro, como si tuviésemos miedo de que algo nos pudiese separar antes de ser felices. Volvimos a besarnos, henchidos de algo más grande que aquella cama, y cuando los besos de nuevo se tornaron ardientes, solo pude pensar en que lucharía con uñas y dientes por que Amaia y yo tuviésemos una oportunidad real.

Una enorme y bonita, la que fuese la oportunidad de nuestras vidas.

14

Amaia

El mundo olía muy bien aquella mañana. Era un aroma cálido, único, limpio y que mi pituitaria reconocía de confianza, como para quedarte a vivir en él. Lo sentía a mi alrededor, flotando entre las sábanas revueltas y el cuerpo masculino que me tenía atrapada contra sí, esta vez con rendición absoluta. Nada de tensiones y por si acasos. Ahora ya no.

Marcos y yo habíamos dado un enorme paso adelante, el que llevábamos construyendo desde mucho antes de que me plantase en la isla a cerciorarme de que estaba bien. Si no, no se entendía la facilidad con la que nos adaptamos el uno al otro y dejamos toda cautela a un lado; nosotros, siempre camuflados bajo nuestros *nicknames* y con vidas secundarias que no se mezclaban con la profesional.

Y lo de la noche anterior había sido… ¡Puf! Absolutamente increíble. La conexión que habíamos sentido, el saber en cada momento lo que le gustaba al otro, cómo no fuimos solo piel, sino también miradas, palabras entrecortadas… Ahora entendía por qué la gente le daba tanto bombo y platillo al sexo. A mí me gustaba, pero nunca lo había vivido de esa forma. Como si quisiera quedarme a vivir en la piel del otro.

Sentí un beso en mi cuello y una nariz que me olisqueaba. Marcos se había despertado y la luz del sol invadía toda la habitación. Me hundí más en él y sonreí.

—Me encanta tu aroma natural —murmuró, inhalando en mi nuca. Tuve que reírme.

—¿Cuál? ¿*Eau* de hembra saciada?

—Mira que eres burra —se carcajeó, y bajó las manos para apretar con suavidad mis pechos —. Y yo que pensé que podíamos echar uno mañanero, de esos rapiditos.

Me di la vuelta y lo encaré. Sus ojos claros estaban llenos de humor y una expresión de felicidad cegadora.

—¿Y por qué tiene que ser rapidito?

Lo besé con ganas y no fue sino hasta después de un largo rato que entendí por qué tenía tantas prisas.

—¿Dónde tienes escondido el gato o ese sonido son tus tripas? —le pregunté, acariciando con un dedo su pecho. Bufó entre risas.

—Joder, me muero de hambre. Ayer comimos cuatro cosas y nos hemos pasado media noche haciendo de todo menos cocinar, por si no te habías dado cuenta.

Me reí. Ese día era muy fácil. Me sentía llena de pompas de jabón iridiscentes que viajaban por la casa esquivando todos los obstáculos; en mañanas como esa no existían los problemas ni el futuro.

Nos levantamos y compusimos un gran desayuno que disfrutamos en la cocina. Allí estábamos más tranquilos, ya que el pueblo seguía lleno de gente y por delante de la terraza había un tránsito constante de personas. Lo observé untando la tostada de mantequilla y me pregunté cómo era que ahora lo veía diferente, como si los finos hilos que nos unían se hubiesen

convertido, de la noche a la mañana, en cuerdas doradas mucho más verdaderas.

—Hoy es la procesión y luego la verbena del agua —comentó como de pasada, echándome un vistazo—. ¿Vamos?

—Claro —le dije—. Es el final de las fiestas, no nos lo podemos perder.

En cuanto lo dije, sentí cierta desazón. Era como si significase el final de nuestro tiempo allí, aunque no habíamos hablado de cuándo abandonaríamos la isla. Ni tampoco si lo haríamos juntos. Estaba claro que después de la noche anterior, eso también habría cambiado. O, por lo menos, que requeriría de una conversación al respecto.

Pero ese día no quería pensar en ello. Él tampoco había dicho nada y dudaba que hubiese captado el significado oculto que yo me había empeñado en darle a mis palabras. Marcos sonreía y hablaba sobre sus recuerdos de aquel día, en cómo las tradiciones habían ido cambiando, y decidí sumergirme en su conversación en vez de dar alas a mi pragmatismo.

Nos duchamos sin prisas y salimos a la calle, deseosos de disfrutar del paseo de la patrona de los caleteros; primero, por las calles enarenadas y escoltada por la banda de música, para luego hacer su paseo marítimo, rodeada de pequeñas embarcaciones y vitoreada por la gente desde la orilla. Me sentí parte de todo aquello, del sol, la arena y el fervor de la gente, como si conectase con una parte muy primitiva de mí y que, en la jungla de asfalto, nunca había salido a relucir. Solo cuando surfeaba era capaz de acercarme a aquello, a lo sencillo de la vida, a creer en algo, ya fuera en un modo de vida o en unos valores determinados.

Una voz me decía que me estaba perdiendo todo eso refugiada en mi cueva de estalactitas, rodeada de unos y ceros y saliendo de mi letargo cada vez menos, porque la vida así era fácil y tranquila, controlada y regular, sin altibajos emocionales que gestionar.

«¿Y ahora qué hago yo con las ganas de tirarme al mar y subirme en una barca para sentir el viento en la cara?».

Y en ese momento Marcos tiró de nuestras manos hacia sí y me besó, como si supiera lo que estaba pensando, como si necesitara saber que, con él, la vida tendría otro brillo y color. Me besó como si aquel fuese el beso más importante de nuestra vida, salpicado de agua de mar y rodeado de gritos fervorosos y vivas a la virgen. Me agarré a su camiseta y le respondí con el mismo sentimiento y con las mismas ganas, con la sensación de que el tiempo se paraba y que nosotros estábamos en el centro mismo del universo, en el fondo de un remolino, en el ojo del huracán.

Ese beso se quedó sobrevolando todo lo que hicimos aquel día: los bailes en la verbena con los brazos alzados y mojados de pies a cabeza; ver caer el sol en el horizonte mientras engullíamos una hamburguesa; la vuelta a casa, en la que nos paramos para besarnos en cada farola, como en la canción de Sabina; y la ducha caliente en la que nos regodeamos en el cuerpo del otro, para seguir venerándonos hasta la madrugada, cuando el ruido ya había cesado y solo se escuchaba el cercano sonido del mar.

Y a la mañana siguiente, si tuve alguna duda sobre si aquellas fiestas eran el final de nuestro verano, Marcos se encargó de despejarlas. No me dejó salir de la cama hasta el mediodía, aludiendo a que necesitábamos recuperar sueño y, al contemplar su rostro risueño y feliz, me pregunté dónde había quedado su *burnout* y si era verdad que lo estaba superando.

Pero no quise decir nada, era mejor no nombrar al diablo para que no se apareciese. Aquel día fuimos a Teguise, al día siguiente, a disfrutar de Playa Papagayo y a comernos una *pizza* rústica en Playa Blanca, y terminamos la semana con una visita a la isla de La Graciosa, que estaba a media hora en *ferry* de Lanzarote.

La travesía por el canal llamado El Río fue un pelín movida, pero compensó al llegar al

puerto de Caleta de Sebo. Cuando vi las calles enarenadas y las casas bajitas, blancas y de ventanas azules, la sencillez de la vida volvió a inundarme como un vendaval que seguía rompiendo mis muros, cada vez más débiles. Las palmeras se mecían con la brisa, plantas autóctonas caían de las ventanas y engalanaban las calles, las farolas blancas se dibujaban contra un cielo azul infinito y la pequeña iglesia hacía sonar sus campanas. Me acomodé la mochila en los hombros y seguí a Marcos por las calles llenas de encanto, buscando el lugar para recoger las bicis que habíamos alquilado.

Con el sombrero bien calado para refugiarnos del sol, pedaleamos hacia las playas de La Francesa y La Cocina, edenes de aguas cristalinas y arena dorada. Nos metimos en el agua con las gafas y el tubo para disfrutar de la animada vida marina de la zona, compitiendo para ver quién era capaz de ver una esquiva morena o incluso la endémica langosta canaria, y descansamos en la orilla, frente a la costa de Lanzarote.

—Con unos prismáticos podríamos ver nuestra casa —dijo Marcos, señalando hacia Famara, al otro lado del mar. Supongo que no se dio cuenta, pero ese «nuestra» me calentó el corazón.

—Esto de poder ver una isla desde otra me parece mágico. Es como si, aunque estén separadas por el mar, tuviesen una conexión que va más allá de la distancia.

—En el oeste de Tenerife hay puntos donde puedes ver La Palma, La Gomera e incluso El Hierro a la vez si el día está despejado. Eso sí es increíble —me contó con cierta nostalgia en la voz.

—¿Echas de menos vivir en tu isla? Ha sonado como si así fuera.

Se encogió de hombros, buscando una respuesta.

—Si la echo de menos, voy a pasar unos días y se me quita. Me gusta vivir en Londres, mi casa no está en el centro, pero tampoco lejos de él, tengo mi grupo de amigos, un sinfín de lugares que me gustan… Aunque siendo sincero, tampoco lo siento mi hogar. No del todo. Creo que soy un ciudadano del mundo —confesó con una sonrisa—. Pero, al final, al estar solo, decidí asentarme en un lugar concreto para tener la sensación de llegar a casa.

—¿Y lo lograste?

—Más o menos. Cada vez pienso que el término «casa» tiene más que ver con las personas que con los lugares.

Eso me dio que pensar.

—Creo que, comparada contigo, soy mucho más ameba. Nunca me planteé irme fuera de Madrid. Cuando pude, me compré un piso en un lugar que me gustaba, y allí habito, sin más.

Se rio.

—Sí que ha sonado organismo unicelular prehistórico.

Le di un codazo y se quejó entre risas. Me abracé las rodillas, pensando con cierta inquietud.

—Hasta ahora me había bastado. Mi casa es mi lugar seguro, donde todo está como quiero y tengo lo que necesito para vivir tranquila. Mi hermana se encarga de sacarme de vez en cuando para airearme, pero me siento mejor en mi entorno controlado.

Lo miré brevemente.

—Venir aquí me está haciendo replantearme todo. Sigo teniendo necesidad de establecer un lugar seguro, pero quizá me esté perdiendo muchas cosas allí, en el Barrio de las Letras. Esto —hice un gesto que abarcaba el mar y el cielo— me está recordando lo mucho que me llena el estar en contacto con el océano y cómo todo parece mejor siempre después de un viaje en el que he descubierto nuevos sitios.

—¿Y por qué nunca te has planteado vivir donde más te apetezca en cada momento?

Apreté más mis rodillas. Mi cerebro estaba buscando la respuesta, esa que no quería dar porque, después, no habría retorno. Estuve en silencio un buen rato con la cabeza vacía y el alma contrayéndose como un corazón enfermo.

—Supongo que he estado toda la vida protegiéndome del mundo como para, de pronto, lanzarme a vivirlo de lleno.

Mi madre, lo que había ocurrido con Ricardo, mi propio carácter tan hacia dentro… Todo había ayudado a crear mis muros tras los cuales no era exactamente feliz, pero me sentía a salvo.

Lo que ahora ocurría era que dudaba de si eso era ya una conducta aprendida y si seguía teniendo vigencia después de lo que había ocurrido en las últimas semanas. Y aquello no tenía que ver con Marcos y con lo que pasaba entre nosotros, sino conmigo misma, como la mujer que, de pronto, había empezado a sentir cosas que la tenían descolocada.

«¿Y si es la hora de saltar del muro y caer en un lecho de flores y hierbas mullidas? ¿El momento de no dejar pasar la vida y llenarme de experiencias como esta?».

Me levanté, como queriendo dejar atrás todo lo que se me pasaba por la mente. Era demasiado. Respiré hondo varias veces y me fui al agua. Marcos se quedó en la orilla, y cuando regresé, no volvió a mencionar el asunto. En el fondo, éramos dos personas con muchísimas cosas que procesar por dentro, cada una atestada de miedos y deseos que tendríamos que solucionar por nuestro lado. Si no, no cabría ni siquiera una idea vaga de construir algo juntos.

Pedaleé con ganas hasta volver a Caleta de Sebo, intentando cansarme para no pensar más. La magia de la isla surtió efecto y dejé mis tinieblas atrás al pasear por los callejones hasta llegar a una terraza donde saciamos nuestra hambre con pescado fresco y pulpo. Me froté la barriga mientras untaba el pan en mojo verde.

—Llevo comiendo sin tino desde que llegué a la isla.

Marcos sonrió y levantó su cerveza.

—Y bebiendo, te lo recuerdo. Yo me he cortado bastante por el tema de las pastillas, así que has sido tú la que más ha mojado el pico.

Me llevé las manos a la cabeza.

—Menos mal que estoy haciendo surf, si no, de aquí me tendrías que llevar a una clínica depurativa de esas a las que iba mi madre.

Mi gesto tuvo que ilustrar a la perfección lo que pensaba de aquello, y él, en vez de tirar del hilo triste que rodeaba el ovillo de angustia por mi madre, me sacó de nuevo de lo que era feo, de lo que no aportaba nada.

—No te veo yo en un sitio de esos comiendo sopa de apio.

Me reí, divertida.

—Ni de coña.

Él se acomodó en la silla y levantó las cejas, como queriendo hacerme rabiar.

—Puedes creerte la milonga de que hemos comido muy sano si no contamos las —empezó a enumerar con los dedos— quince veces que hemos combinado el pescado con perritos calientes, arepas, hamburguesas, pizzas…

Me acerqué a él como un aguilucho dispuesto a atrapar a su presa.

—No te he visto quejarte ni una sola vez. Y, además, estamos de vacaciones, se nos permiten este tipo de licencias.

Bajó la vista y movió la cabeza, como negando.

—Yo debería estar menos de vacaciones y más solucionando lo que me pasa.

Le puse una mano encima de la suya y se la apreté con fuerza.

—Las vacaciones te están ayudando, Marcos. Lo necesitabas, te hacía falta no pensar y, simplemente, disfrutar como lo estás haciendo. Es como si hubieses hecho un control-alt-suprimir o hubieses desenchufado el ordenador un rato. Ahora partes de cero, de *tabula rasa*. ¿O no te sientes más tranquilo y con la mente más clara que hace un mes?

Asintió a regañadientes.

—Es verdad que he logrado controlar la ansiedad y duermo mejor. Bueno, las últimas dos noches, no —me robó un beso sonriente—, pero, en general, mi calidad del sueño ha mejorado. También he mantenido conversaciones que han plantado semillas en mí que necesitaba escuchar. Y la visita de mi familia me ha devuelto esa normalidad y terrenalidad que me faltaba, que había perdido por el camino, además de recordarme cosas que tal vez no haya tenido en cuenta en todo esto y que son importantes.

—¿Como cuáles?

—Al principio del negocio, cuando todavía trabajaba para los que eran mis jefes y tú estabas empezando conmigo y no nos conocíamos mucho, perdía el sueño por un miedo que se había instalado en mi cabeza y que tampoco era tan irracional, ahora que lo pienso. Nunca te lo conté, porque jamás quise hacerte partícipe de la parte más peligrosa de lo que hacemos, pero los primeros clientes que tuvimos no eran tan inofensivos como hubieras podido pensar. Era gente mala, y no tanto por lo que había que proteger de sus negocios, sino por lo que me hicieron llegar a través de cauces no oficiales. Amenazas veladas de que, si contaba algo del sistema, de cómo romperlo o acceder a él, sabrían dónde estaba mi familia y que se lo harían pagar. Cosas así.

Marcos apartó la cerveza lejos de él y me miró con esa angustia que habitaba en sus ojos cuando lo encontré.

—A mis jefes les dio igual, decían que era lo normal en ese tipo de clientes y que no les hiciera ni caso. Pero, joder, Amaia, durante años ha sido como una espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza que no me he permitido olvidar. No fueron muchos de esa índole, porque me negué en rotundo a aceptar más. Ahí surgieron mis desavenencias con la directiva y al cabo de un tiempo me desligué de aquella empresa para trabajar como *freelance*. Aguanté en ella lo que consideré necesario, porque el que me había contratado fue profesor mío en el King's College, pero le puse fin en cuanto pude.

—No sabía nada de eso, Marcos.

—Nunca quise que te preocuparas. A fin de cuentas, tú eras colaboradora mía y entrabas dentro del presupuesto que me daban para gestionar la cuenta, como otro recurso más. Te tenía muy en la sombra, no quería que supiesen de ti porque te pondría en peligro. Y eso no me lo hubiera perdonado.

Me eché hacia atrás en la silla y apoyé las manos en la mesa, consternada.

«Ahora entiendo más cosas. Vaya peso ha tenido encima durante mucho tiempo. Y lo seguirá teniendo, estoy segura».

Y en ese momento, viendo su rostro ensombrecerse por todo lo que ocultaba, lo entendí con claridad meridiana: aquel trabajo ya no era para él. No podía seguir desgastando sus fuerzas en lidiar con algo que le hacía más mal que bien. Era un hombre capaz e inteligente, saldría adelante. Y tenía que aparcar esa faceta de su vida, por lo menos un tiempo.

Pero no era yo quien se lo iba a decir. Tenía que verlo él mismo, llegar a esa conclusión y, lo que era más difícil, tomar la decisión solo, sin nadie que le dijese lo que debía hacer.

Cerré los ojos a lo que eso significaba para mí, laboralmente hablando, y deslicé la mano en la suya. Nuestros ojos se dijeron cosas sin voz, tan bonitas que sería imposible replicarlas en palabras, y fue ahí cuando supe que me estaba enamorando de Marcos Olivares de una forma

implacable y que aquello no tenía vuelta atrás.

15

Marcos

A veces, visualizaba mi interior como una gran bola llena de nudos y empates mal hechos entre hilos gruesos de colores, cada uno de diferente consistencia. Esa bola estaba atada con fuerza sobre sí misma, como si unas tensiones externas la mantuviesen apretada para no soltar ni un solo cabo suelto o aflojar alguno de los nudos que conformaban su intrincado mecanismo.

Esa bola hacía años que estaba instalada en mi pecho, recubriéndose de vueltas de hilo con parsimonia pero sin pausa, con paciencia, frotándose las manos, con toda probabilidad, visualizando el instante en el que se hiciera demasiado grande y todo saltase por los aires.

La bola seguía estando, pero más pequeña y descompuesta que hacía unos meses. Si alguien me preguntase por ese extraño fenómeno, podría contarle con exactitud los momentos en los que las cuerdas comenzaron a tensarse y a romperse.

El primer movimiento ocurrió en la consulta de Alan. El saber lo que me ocurría, ponerle nombre concreto al malestar que me consumía, fue una pequeña liberación. La segunda ruptura fue cuando llegué a Famara. Algo de lo que vi y sentí me susurró que allí aprendería a sanar y que nada sería igual tras el tiempo que pasaría en aquel pequeño pueblo. El *ping* más sonoro aconteció al llegar Amaia. El siguiente, con las palabras de mi madre y de Victoria. El que desbarató parte de la bola fue el aceptar que lo que sentía por Amaia vería la luz sin que me importasen las consecuencias. Y el que desmadejó el ovillo definitivo tuvo que ver con descubrir que juntos éramos más felices que separados.

Sin embargo, todavía faltaban algunos tijeretazos para acabar de descubrirme el centro luminoso de la bola, el que me daría la clarividencia sobre todo lo que necesitaba entender. Y sabía perfectamente con quiénes tenía que hablar para ayudarme.

Mi hermana Elisa solo me llevaba un año y por eso siempre nos llamaron los «casi mellizos». Adonde iba el uno, lo seguía la otra, y viceversa. En aquella época, los niños de la calle donde vivíamos nos conocíamos todos y nosotros, desde muy pequeños, hicimos piña con nuestro vecino Alberto. Nuestros padres se conocían y se llevaban bien, íbamos al mismo cole y el tiempo libre lo utilizábamos para jugar en las casas familiares. Desde entonces, fuimos inseparables a pesar de que, de adultos, a cada uno le tocó vivir sus propias aventuras y miserias, que intentamos apoyar de todas las formas que pudimos. Alberto perdió a su mujer muy pronto y se quedó viudo con una niña pequeña, Elisa tuvo que despedir a nuestro padre y su bebé nonato el mismo día, separándose poco después, y yo… Quizá yo fui el mejor parado de todos ellos, por lo menos, en esos momentos. Ahora, tenía claro que mis amigos estaban viviendo la época más feliz de su vida y que, con toda probabilidad, a mí me estaba tocando vivir toda esa época oscura y de catarsis que tuvieron que afrontar ellos mucho antes.

Habían preguntado por mí en el grupo común que teníamos, lo había visto, pero al principio no insistieron porque sabían cómo me manejaba yo y las épocas de desconexión que eran inherentes a mi forma de procesar las cosas. Pero supongo que tras la visita de mi familia, Elisa

se habría enterado de todo y ya llevaba varios mensajes un poco alterados, pidiéndome que por favor hiciéramos una llamada a tres. Era como siempre actuábamos: si había una crisis, lanzábamos un SOS para convocar el consejo de sabios, sanedrín o comunidad del anillo, como lo quieras llamar.

Sabía que tenía pendiente la conversación con ellos, pero también necesitaba que ocurriese en el momento perfecto, cuando las cosas estuviesen en un punto en el que hubiese datos suficientes para que viesen la fotografía completa.

Ese día me había levantado con ganas de fumar. No me ocurría desde los primeros días en Lanzarote, y de alguna forma ese vicio se había escondido bajo todo lo otro, eso que mordía con dientes más afilados y carroñeros. Pero aquel día, el que la garganta se me cerrase y palpitara con las conocidas ganas del piti habitual, entendí que mi cuerpo estaba volviendo a la normalidad. Era triste darse cuenta que era así por medio de un vicio feo, pero a mí me alegró y me hizo ver que era la señal que necesitaba para convocar a mis dos amigos más íntimos.

Quedamos a las ocho de la tarde y, llegada la hora, me alejé hacia la playa con un paquete de pipas. Amaia iba a aprovechar para ponerse al día con su hermana y su amiga Elena, así que le di un beso que prometía muchos más a mi vuelta y me encaminé hacia la arena. La tarde estaba nublada pero hacía bochorno, no corría demasiada brisa. Me apoyé sobre una piedra —mi favorita de la playa y en la que no era la primera vez que me sentaba— y comprobé la cobertura para poder hacer la videollamada a tres.

Elisa fue la primera en aparecer en pantalla. Estaba en su dormitorio, apoyada en el cabecero de la cama y con el pelo corto y oscuro con pinta de estar húmedo. Sus grandes ojos negros me sonrieron con toda la calidez del mundo y enseguida me sentí en casa. Apenas le dio tiempo a saludarme, porque Alberto apareció en la otra cuadrícula de la pantalla con una sonrisa radiante.

—¡Serás capullo! Esta vez te has pasado con desaparecer tanto tiempo. ¡Y encima voy y me entero de que estás en Lanzarote! ¡Ya podrías haber avisado!

Me reí ante su efusividad.

—Eh, relájate, que nos vimos en junio en el cumpleaños de la abuela, tampoco hace tanto tiempo.

—Sí, pero estamos a principios de septiembre. Ha sido mucho tiempo hasta para ti, que ya sabemos cómo eres.

Elisa intervino, apaciguadora.

—No te pases, Al, que lo ha necesitado. Lo de estar desconectado del mundo, digo. ¿O no es así?

La cara de osezno risueño que era marca de la casa de Alberto mutó en un gesto concentrado que conocía como la palma de mi mano. No hacía falta que me dijese nada ni que me convenciese con malas artes: le iba a contar todo de cabo a rabo.

—Me diagnosticaron *burnout* en Londres. Mi amigo Alan, ¿se acuerdan de él? Llevaba tiempo sin dormir bien, con pesadillas, apatía general, ansiedad… De todo un poco. Una madrugada me fui a deambular por Londres porque no podía dormir y aparecí cerca del río, donde me lo encontré de camino al trabajo.

Les narré nuestro encuentro, lo que me había recetado y mis pocas ganas de buscar destino hasta que el subconsciente me trajo a Lanzarote.

—Y no le pediste la casa a Victoria por motivos obvios —apuntó Eli, concentrada en mi relato.

—Exacto. Si le contaba algo de lo que me pasaba, habría tenido el desembarco familiar

antes de lo que realmente fue, y yo, en esos días, no estaba para hablar con nadie.

Vi que Eli meneaba la cabeza, llena de impotencia, pero no me recriminó nada. Ella misma había estado sumida en la depresión y en la oscuridad durante mucho tiempo, así que quizá fuese la que mejor entendiera cómo había manejado la situación.

—Vine aquí a desconectar de todo. Apagué los móviles, el ordenador lo dejé en Londres y me dediqué a intentar respirar, dormir y comer. Lo más básico. Me obligué a hacer lo que Alan me pidió, aunque llegó un punto en el que me obsesioné y necesité romper incluso esa rutina. Mi mente me estaba pidiendo ser libre, fluir, volar, no ajustarme a protocolos ni pasos establecidos.

Alberto asentía con lentitud, como si no le sorprendiese lo que le estaba contando, pero no me interrumpió.

—Entonces llegó Amaia y todo se dio la vuelta. Fue…

—Espera. ¿Quién es Amaia? —preguntó Alberto, confundido. Miré a Eli y levantó las manos, sonriendo.

—A mí no me mires. No le he dado la exclusiva para que hagas los honores tú, Marquitos.

Las frondosas cejas de Alberto llegaban hasta el nacimiento de su pelo y su cara de cotilla ganaba a la de cualquier colaborador de *Sálvame*.

—O vas desembuchando ya o me planto en Lanzarote en menos que canta un gallo.

No pude evitar pitorrearme de él.

—No creo que a Dácil, con casi el tiempo cumplido, le apetezca que su maridito desaparezca con su mejor amigo; yo que tú me lo pensaba.

Alberto resopló y me apuntó con el dedo.

—Ahora mismo me cuentas quién es Amaia y qué ha hecho con mi amigo, porque vaya cara de tonto que se te pone al hablar de ella.

Elisa empezó a reírse con ruidosas carcajadas y le costó parar a pesar de mi mirada asesina.

—Deja, deja que te cuente, Al, que la historia no tiene desperdicio.

—Perdón, perdón —se excusó Alberto, y esbozó un gesto serio—. Es la primera vez en años que me hablas de una mujer. Debe ser importante.

—Bueno, también te hablé de Deb.

—Pero nunca viniste con ella para que la conociésemos. Era como si esa parte de tu vida no la hubieses querido compartir con tus allegados. Así que, para nosotros, de la misma forma en la que vino, se fue. Como si no hubiese existido.

Tenía razón. Deb era parte del otro Marcos, de la vida en Londres. Quizá porque siempre supe que lo que teníamos no habría resistido el calor de las islas.

—Es verdad.

Elisa y Alberto chocaron los cinco —o lo intentaron de forma virtual— y luego volvieron a interrogarme:

—¿Cómo te encontró ella si estabas desaparecido de la faz de la Tierra? Porque es mucha casualidad que, de todos los sitios del mundo, apareciese en la playa de Famara.

Sonreí de lado y procedí a contarles eso que pocos sabían y que, ahora, era parte de nuestra historia. Las emociones iban sucediéndose en los rostros de mis indispensables, porque haciendo honor a lo que eran, no me guardé nada. Con ellos podía desnudarme en todos los sentidos posibles, jamás me juzgarían.

—Llegué a Lanzarote sin saber lo que hacer con mi vida y todo se ha liado más. Pero no es un lío malo —me apresuré a decir al ver sus expresiones—, es mucho mejor que el que traía de partida.

—A ver, Marcos —repuso Alberto, y cruzó los brazos sobre la mesa. Conocía esa postura y

tuve que contener una sonrisa. Mi amigo se iba a emplear a fondo—. Solo tienes que tomar dos decisiones: la primera, dejar de sentirte mal por no querer seguir haciendo tu trabajo; la segunda, cuál va a ser el siguiente paso en lo de Amaia.

—Entiendo que te cueste decirte a ti mismo que ha habido un punto de inflexión que te ha hecho ver que ya no deseas lo de antes —siguió Elisa—. Pero en la vida las cosas pasan así, a zarpazos. Tú lo llevas madurando tiempo, así que ya era hora que barbotase por algún lado, y eso te ha petado el cuerpo y la mente. El mayor problema que arrastras es tu sentimiento de responsabilidad, que te hace sentir que tiras por la borda todo tu trabajo y esfuerzo de años. No tienes que rendirle cuentas a nadie, Marcos, solo a ti mismo. Y si esto ya no te llena, a otra cosa. No eres un Batman que necesite acudir a la llamada de la policía de Gotham para salvar el mundo. Si no te dedicas a la ciberseguridad de esta forma, habrá otras.

—Y si quieres apostar por la jardinería, estoy seguro de que montarías la mejor empresa en pleno desierto del Sáhara —añadió Alberto—. Además, ¿cuántas historias a tu alrededor hay de este tipo? ¿Personas que se conceden cambiar de vida y dedicarse a lo que en realidad les gusta?

—Mi problema no es que no me guste lo que hago. Es decir, me encanta el entorno de la ciberseguridad, pero lo que odio es la clase de clientes que tengo. Algo en mi interior me impide seguir aceptando encargos de alto nivel, estoy cansado de ello. El cuerpo me pide algo más… llano, más cercano, quizá hasta modesto. No quiero sentir que soy la última Coca-Cola del desierto para este tipo de gente, porque la presión va a acorde a ello. Y en mis planes no está morir a los cuarenta y cinco, que es lo que va a ocurrir si sigo así.

Mi cara de agobio los hizo sonreír con cariño.

—¿Te estás escuchando? Lo tienes claro, solo has de decirlo en voz alta muchas veces para que te entre en esa cabeza dura que tienes, sobre todo, para ti mismo, porque para los demás mira que tienes clarividencia y dotes de psicólogo.

—Tómate el tiempo que necesites para descubrir lo que realmente te apetece hacer —completó Alberto la frase de Eli—. Siéntete merecedor de un paréntesis para ti, para encontrar lo que te motiva. Puedes subsistir un tiempo sin trabajar, ¿no?

—Sí, puedo hacerlo.

Me quedé pensativo. Ellos hacían que pareciese muy fácil. Y quizá lo fuese. Si me quitaba de encima el yugo de sentirme traicionado por mí mismo, podría descubrir lo que en realidad me motivaba, el acicate para entusiasmarme de nuevo con algo.

Entusiasmo, inspiración, ganas, motivación… Todo eso que ya no sentía por lo que hacía.

—¿Y Amaia? ¿Han hablado del futuro? —quiso saber Eli, frotándose las manos con alegría. Sonreí, negando con la cabeza.

—Acabamos de atrevernos a dar el paso y estamos en fase de luna de miel. Supongo que en algún momento lo haremos, pero ninguno de los dos quiere romper la burbuja.

—¿Tú qué sientes, Marcos? —pronunció Alberto, casi con cuidado. Suspiré, cogiendo todo el aire que pude hacia mis pulmones, y me sinceré:

—Me he enamorado de ella. Es imposible no hacerlo después de conocerla desde hace tanto tiempo, y de que, como persona, haya resultado más increíble aún. No es una persona sencilla, pero cuando estamos juntos, vibramos en la misma onda. No me cuesta nada descifrarla ni ella tiene problemas en leerme a mí. Pero no sé qué pasará de aquí en adelante.

—Eso ha sonado muy negativo y conformista, hermanito —me reprendió Elisa, y me encogí de hombros.

—Me encantaría poder decirte que nos iremos juntos a una ciudad del mundo, viviremos felices y comeremos perdices, pero hay muchas cosas que hablar antes. Ella es parte integral de

mi trabajo, y si lo dejo, pierde su modo de vida. Tiene otros proyectos, pero…

—No imagines el futuro por ella. Antes de agobiarte, deberías preguntarle y hablar con calma, no tomar las cosas por supuestas.

Aquello me dio que pensar. Amaia era una mujer llena de opciones, eso no lo podía negar.

—Quizá deberías saber primero lo que ella piensa acerca de esto que hay entre ustedes, y luego ya adecúas el resto a eso —sugirió Eli, apoyando la tesis de Alberto.

—No, lo primero que debes decirte a ti mismo alto y claro es que no vas a seguir con tu trabajo. Punto. De hecho, te voy a pedir que cuando terminemos la conversación, te vayas a la otra punta de la playa y lo grites en voz alta. A lo mejor así se te mete en la cabeza de una vez —ordenó Al, y le hice un saludo militar con gesto de burla.

Los dos sabíamos que lo iba a hacer, por mucho que me riese de sus órdenes.

—Hablaremos en estos días, sé que la conversación está a punto de darse. Creo que los dos estamos tan increíblemente bien juntos que el que esto se quede en Famara no es una opción.

Los dos me miraron con corazones en los ojos y nos reímos.

—Me encanta verte tan cursi, hermanito. La pena es que no la pueda conocer pronto.

—No haberte ido al Polo Norte, niña —le lanzó Alberto, y Elisa le contestó con un ña-ña-ña muy propio de nuestra edad mental—. A mí no me va a detener ni una manada de rinocerontes salvajes para plantarme donde quiera que estés y conocer a mi nueva cuñada.

—Los rinocerontes, no, pero la ampliación de la familia, quizá sí —me reí, feliz de verlo tan ilusionado con su segundo hijo. Se encogió de hombros con buen humor y me dijo que Dácil era fácil de convencer para embarcarse con los niños en un viaje para ver al tío Marcos.

Acabamos la conversación entre nuestras bromas de siempre, las que nos hacían sentirnos en casa, parte de ese todo que habíamos creado desde muy pequeños. Y sí, cuando colgué, me encaminé hacia el final de la playa, muy cerca de los riscos, y las gaviotas fueron testigos de mi grito liberador.

«Se acabó una era y comienza otra. No sé cuál, pero me emociona. Y eso ya es más de lo que podía esperar hace unos meses».

Me daría tiempo para pensar y, sobre todo, para vivir.

Y para conseguir que Amaia quisiera compartir todo su colorido y especial mundo conmigo.

16

Amaia

La mañana era luminosa y con algo de viento, de ese que acariciaba en vez de azotar. Estaba disfrutando de un rato sola en la terraza, estirándome como un animal después de un merecido descanso y sintiéndome un poco perezosa. Pensé distraídamente que debería empezar a moverme un poco más, quizá aprovechar la playa para hacer caminatas mañaneras, cuando Marcos entró en la terraza con una sonrisa que no le había visto nunca. Irradiaba esperanza, liberación y algo más que me llegó al alma. Vino directo a mí, me agarró por el cuello y me besó con labios golosos que me hicieron estremecerme y necesitar más. Su boca era como un interruptor para hacerme hervir la sangre y disolver las estalactitas en tiempo récord. Tenía la piel fría y fresca de su baño en el mar, y saboreé la sal de sus labios, deseosa de que me recorriesen entera. Su cuerpo se acopló al mío a la perfección y la dureza de su entrepierna se incrustó en la turgente suavidad de mi vértice. Reprimí un gemido y desplacé mi pelvis hacia delante, en el milenario movimiento de ofrecimiento y rendición total, y noté como cambiaba de posición para rozarse conmigo.

En ese momento, en el que nada ni nadie habría hecho que me despistase de Marcos, sonó el teléfono. Y era un tono que yo conocía bien. Nuestro beso quedó suspendido en el aire y le susurré que tenía que contestar. Él asintió con tranquilidad, con el pelo revuelto y recolocándose los calzoncillos, que debía tener húmedos y a punto de reventar.

Cogí el teléfono, con plena consciencia de lo que significaría, y salí a la terraza. Escuché lo que me pedían y, por supuesto, les dije que sí. Quedé en contactarles por las vías habituales en cuanto tuviese novedades. Suspiré y dejé el móvil encima de la mesa. No podía dejar de hacerlo, era parte de mí. Y así se lo dije a Marcos.

—Me ha llamado mi contacto de la Nacional. Me necesitan para un tema urgente.

Él asintió, atento a mi rostro.

—Claro. ¿Tendrás suficiente equipo para trabajar?

Chequeé en mi cabeza lo que necesitaba. La wifi en aquella casa no era buena y no podía darme el lujo de perder la conexión en un momento crítico. Marcos pareció leerme la mente y me dije que era lo lógico, porque era lo que hubiese pensado él en mi caso.

—Voy a mirar si hay algún *coworking* en las cercanías que tenga disponibilidad de sala privada. No puedo estar en la común con el material que voy a manejar. Y quizá necesite horas de noche.

—Todo es negociable si hay recursos, no te preocupes.

Encontramos un lugar en Teguise donde me alquilaron una sala y, por una módica cantidad, me dejaban unas horas más del horario de apertura.

—No trabajes toda la noche, ven a dormir aquí. Estarás más fresca por la mañana.

Asentí, aunque mi cuerpo me pedía ir a por todas desde el principio y destruirme un par de días para poder conseguir lo que me habían pedido. Recogí las cosas que necesitaba y no pude evitar notar que Marcos me observaba con una sonrisilla en los labios.

—¿Qué? —le pregunté, un poco nerviosa. Se me habían roto los esquemas y eso nunca lo supe manejar del todo. Se acercó para darme un beso.

—Me gusta verte en acción. Es decir, nunca he estado contigo cara a cara durante el trabajo y no sabía que se te forma esa arruguilla tan simpática entre las cejas y que tus ojos se vuelven chocolate negro de las ansias de comenzar. Parece que te estés preparando para un combate, Amaia Guzmán.

Respondí a su beso con ganas y luego lo aparté, de pronto seria.

—Es que lo es. Y más cuando me llama esta gente. Si me contactan, es que es grave y hay…

—No me cuentes, puedo imaginármelo.

Su mano me acarició el cuello, compasivo, y me dejó sola para que terminase de coger el ordenador y cuatro cosas más. Cuando salí del dormitorio, me dio una neverita roja, que no sé dónde la habría encontrado, y me dijo que me había guardado un poco de pulpo a la vinagreta del día anterior y unos tentempiés más.

—No me da tiempo de cocerte unos huevos, que si no…

Le di un codazo al darme cuenta de que se estaba cachondeando de mí, y recibí la neverita con gratitud. Lo miré y no pude evitar la oleada caliente de felicidad por saber que estaba ahí, conmigo. Le di las gracias y un beso lleno de cosas bonitas, y me fui.

Lo que me habían pedido estaba relacionado con el caso que llevábamos trabajando desde hacía meses y que, a pequeños pasos, iba cercando a un grupo de personas que no se merecían ese nombre. Y a pesar de mi luna de miel con Marcos, el sentido de justicia y el instinto de depredadora pudieron conmigo. Mi cerebro se reprogramó para solo concentrarme en lo que se vaticinaba para las siguientes horas y excluí todo lo demás. No me fue difícil, presumía de ser una experta consumada en ello.

En lo que era una principiante era en conjugar todo lo demás.

Tardé dos días en encontrar lo que me habían pedido, y cuando lo entregué, supe que en breve habría más peticiones. Y que, probablemente, tuviese que trasladarme a sus dependencias en Madrid porque necesitaría sentarme con parte del equipo, el proceso de trabajo así lo requería.

La esquirla de la realidad estaba lacerando el mundo de arcoíris en el que llevaba habitando más de un mes. Y no sabía cómo gestionarlo, joder. Por un lado, deseaba taparme los oídos con las manos y hacer la técnica de la avestruz, pero, por otro, sabía que jamás lo haría. Estaba tan comprometida con aquel equipo de trabajo y nuestra misión que no los podía dejar en la estacada. Y tampoco era que hubiese hablado con Marcos sobre lo que ocurriría una vez Famara quedase atrás. ¿Él sabía lo que quería o todavía no lo tenía claro? ¿Qué papel tendría lo nuestro en las vidas de ambos?

De vuelta a casa una vez entregada la información, me agobié hasta el extremo de parar el coche antes de llegar a La Caleta. Salí a la desierta cuneta y aspiré grandes bocanadas. Yo lo tenía siempre todo controlado, planificado al dedillo: ¿cómo había llegado a esta situación? No me arrepentía, porque aquellas semanas habían sido las mejores de mi vida, pero no tenía ni pajolera idea de cómo seguir adelante. Marcos estaba hecho un lío, yo debía seguir con mis cosas y no encontraba un área común donde tuviese cabida lo que fuera que tuviésemos.

«Amor, Amaia. Lo que hay entre los dos es amor, no te hagas la tonta contigo misma».

Desoí a mi voz interna y volví a subirme en el coche, notando como crecía la incomodidad. Me mordí el labio, porque sabía que eso era preámbulo de mi versión más antipática. Marcos no era merecedor de mis borderías, estaba claro, pero con el maremágnum que tenía en mi interior, le iba a salpicar.

Lo notó desde que entré por la puerta. Frunció el ceño y me preguntó si había pasado algo.

—¿Pudiste conseguir toda la información que te pedían?

Hice un ruido afirmativo y dejé las cosas sobre una mesita auxiliar, sin saber si sentarme o trepar por las paredes como la niña del exorcista. Sin tiempo para pensar, vi ante mí un vaso lleno de un líquido violeta.

—Dicen que los zumos es mejor tomarlos por la mañana, pero pensé que te vendría bien después de un día tan largo de trabajo.

Le di un sorbo y no pude evitar sonreír, sorprendida.

—Pero esto tiene…

—... un chorrito de ron, sí. Para alegrar el espíritu, dicen.

Me reí y sentí eso que siempre me inspiraba: que todo era más fácil y más bonito cuando estábamos juntos. Y que me rompía el sistema que usaba para calcularlo todo, también. No podía quitármelo de la cabeza. Ni eso ni que me gustaba demasiado que cuidase de mí. Era algo nuevo a lo que estaba siendo muy fácil acostumbrarme.

Me senté a su lado en el sofá, sorbiendo de mi vaso, mientras él me observaba en silencio. Recordé lo que me había dicho Victoria en alguna de nuestras conversaciones: «Marcos siempre tiene la palabra exacta para hacerte pensar. Es el que acude al rescate cuando estamos perdidas y nos da luz para que veamos por dónde es mejor transitar».

—He terminado, pero en breve me van a requerir que vaya a Madrid. Estamos cerca del final y es en estos últimos coletazos donde tengo que recluirme con el resto del equipo.

Asintió tranquilo. Y eso me enervó.

—¿No te preocupa eso?

Su expresión se tornó confundida.

—¿Preocuparme? No, ¿por qué? Es tu trabajo, te gusta y quieres hacerlo. Es obvio que vas a ir.

Me giré hacia él, incrédula.

—Pero ¿y qué pasa con nosotros? ¿Con esto? Si vuelvo a Madrid, nuestro tiempo en Famara se rompe y quizá ya no sea lo mismo.

Me levanté, demasiado inquieta para permanecer sentada.

—Soy una persona de rutinas y de esquemas sólidos, ya lo sabes. El venir aquí y quedarme contigo ha sido una escapada de todo lo que conforma mi realidad habitual. Me cuesta asimilar lo que está ocurriendo. Y cuando pienso en el futuro, en cosas como lo de volver a Madrid, me invade una incertidumbre que no sé cómo manejar. He pasado más de la mitad de mi vida creándome un entorno seguro para no tener sorpresas, y esto me supera.

—Ven —me pidió, y dio unas palmaditas a su lado. Obedecí a regañadientes y dejé que me mirase a los ojos—. Analízalo al revés: de todo lo que tienes en la cabeza, ¿qué es aquello de lo que estás segura? Porque puedes construir alrededor de eso en lugar de mirar al vacío. Es bueno reforzar lo que nos ayuda a avanzar en vez de enquistarnos en lo que nos debilita.

Levantó una mano y comenzó a acariciar mi cuello y mi clavícula con un solo dedo que enviaba vibraciones por todo mi cuerpo.

—En mi caso, existe algo sobre lo que no tengo dudas, y no es lo que voy a hacer con mi vida a partir de ahora. Y tal vez esa debería ser mi ocupación principal, la de decidir eso, pero no es prioritario. Al menos, no en este momento. Porque ahora lo importante es una sola cosa, que es lo enamorado que estoy de ti y lo mucho que deseo que nos elijamos de verdad, porque siento que lo que hay entre tú y yo es lo que llevo esperando toda la vida.

«Oh, Marcos».

Me abrí a él como una flor ante el sol de la primavera y su beso me supo a todo eso que me había dicho, a algo más grande que los dos, una fuerza que me estaba arrollando. Al vestir de palabras nuestros sentimientos, Marcos los había convertido en realidad. Mis entrañas se retorcieron con insoportable dulzura, de una forma distinta a cualquier amago que hubiese protagonizado en el pasado, y temblé, me estremecí bajo su boca y sus manos, que ya me recorrían con la veneración que se le dedica a quien es querido con toda el alma.

—No sé qué nos deparará lo que nos rodea, Amaia, pero tengo claro que deseo afrontarlo contigo, juntos. Eras mi amiga y ahora, además, eres mi amor, la mujer más increíble que he conocido jamás, una guerrera preciosa y llena de poder que todos los días me sorprende y me hace estar seguro de que lo nuestro estaba escrito en algún lado —murmuró mientras me besaba el cuello y disolvía todas mis inquietudes con una avalancha de olas ardientes y pletóricas que invadían mi cuerpo.

Cogí su rostro entre las manos y le sonreí con todo mi ser, como si hubiese estado guardando esa sonrisa durante mi vida anterior para brindársela justo en ese momento.

—En las estrellas. Estaba escrito en las estrellas —susurré, y sus ojos se cuajaron de cuerpos celestes de un brillo muy intenso, como si mis palabras los hubiesen insuflado una magia terrenal.

No podíamos parar de sonreír ni de besarnos, sumidos en esa sensación única de un amor que va ocurriendo poco a poco, palabra a palabra y gesto a gesto, hasta explotar como una supernova en una noche sin luna.

Nuestras ropas volaron en remolinos, impacientes por sentir nuestros cuerpos juntos, los músculos tensos de expectación, nuestro interior blando de amor. La excitación que creaban los besos ansiosos hizo que gimiésemos al unísono, y noté como sus manos se enredaban en mi pelo. Tiró de mi cabeza hacia atrás y, al abrir los ojos, me encontré con los suyos, hambrientos. No nos dijimos nada, no hacía falta. Enarqué mi cuerpo hacia él, elevando mi pecho, y sentí el mordisco antes de que me lo diese. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y me rocé sobre su entrepierna mientras él succionaba mis pezones de una forma que apenas podía soportar.

Aquel no era el día para prolegómenos eternos, ambos lo sabíamos. Ni tampoco para sexo lento. Lo que habíamos reconocido y aceptado que ocurría entre nosotros necesitaba liberarse de forma apoteósica, dura y fuerte. Luego ya vendrían los besos y abrazos. Por eso me levanté de donde estaba, a horcajadas sobre él, y me puse de rodillas sobre el sofá, levantando una pierna y ofreciéndome en toda mi carnosa sensualidad. Marcos no pudo disimular la oscuridad que enturbió sus ojos grises y se mordió los labios. Me humedecí al instante al ver cómo se llevaba la mano a la polla a la vez que buscaba con la otra un condón. Se hundió en mí de una estocada lenta y dura, abriéndose paso sin dificultad y pegando su pecho contra mi espalda. Noté su boca en mi cuello, alrededor de mi oreja, donde murmuraba mil cosas sucias a la vez que me llenaba de forma implacable y me excitaba los pezones con dureza. Era brutalmente erótico y perfecto, como si con nuestra confesión hubiésemos alcanzado un nivel superior a lo que ya habíamos experimentado. Fue lo único en lo que pude pensar, porque el ritmo se aceleró; él tiró de mí hasta ponerme casi en vertical y así tener un mejor acceso a mi pecho. El nuevo ángulo me hizo volverme loca, comencé a moverme con una fricción muy corta y él gruñó como si le estuviese arrancando las entrañas. El placer se estaba fabricando como una erupción volcánica, igual de violenta y asoladora, y por primera vez en mi vida entendí por qué un orgasmo podía ser una fuerza destructora de cualquier sensación o pensamiento posterior. Estallé tanto que creí morir y supe que, después de aquello, nada sería como antes.

Marcos se quedó abrazado a mí, cálido y jadeante, y su boca se alojó en mi cuello. Y fue

eso, la cercanía tan desnuda e íntima, cruda en todo lo que suponía, la que me apretó el corazón hasta el punto de que pensé que se iba a parar.

—No sabes lo que me alegro de que me buscases —susurró en voz tan baja que me costó escucharlo. La felicidad se expandió como una llamarada por mi interior y supe cuáles eran las palabras perfectas:

—Y yo de que me encontrases en nuestro mundo de unos y ceros.

Me abrazó con intensidad, moviéndose suavemente para darme la vuelta y cogerme en brazos. Me enganché a su cintura y nos sonreímos, deslumbrados por todo lo que refulgía entre nosotros y a nuestro alrededor.

Y yo, la mujer más fría y metódica del mundo, me dije que, si existían las almas gemelas, nosotros teníamos que ser su materialización en carne y hueso. Si no, era imposible entender la conexión que iba más allá de una gran amistad a pesar de que ella fuese el pilar sólido que construyó el resto.

Esa noche dormimos poco, y cuando Marcos lo hizo, a mí me costó más tiempo conciliar el sueño. En parte se debía a la alegría que seguía reinando en todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, pero también porque no era capaz de ahuyentar algunas sombras, esas que sabía que nos confrontarían si no sabíamos tomar decisiones juntos.

Y, en ese tema, no las tenía todas conmigo.

Amaia y Marcos

@Juicyhack: Me voy a servir un ron. La ocasión lo merece. Y ya estoy harta de tanta cerveza.

@CommonBoy: Fiuuu, esta noche vas con todo, ¿no?

@Juicyhack: Ni que luego tuviese que volver a casa caminando. Y mañana puedo dormir la mona. Venga, tómate algo más potente para celebrarlo.

@CommonBoy: Vale, me sirvo una ginebra que tenía apartada para ocasiones especiales.

@Juicyhack: ¡Bingo! Sabía que bebías ginebra. Seguro que le pones todas esas cosas pijas que hacen que, en vez de una copa, sea una ensalada.

@CommonBoy: Fallaste, corazón. Me gusta la ginebra seca y sencilla, con algo de lima si le va. Y, en este caso, le va ni que pintado. Ahora vuelvo, ponte tú también la copa y hablamos.

(Diez minutos después).

@Juicyhack: Esta vez nos hemos superado. ¿Crees que lograremos batir lo que hemos construido para este cliente?

@CommonBoy: ¡Qué poca fe! Pues claro. Nosotros solo podemos mejorar las cosas exponencialmente. Aunque reconozco que estoy cansadísimo. No sé cuánto voy a tardar en despejar mi cerebro después de esta quemada. Me da la sensación que los trucos de siempre ya no me funcionan.

@Juicyhack: Yo me iría a bailar, a darlo todo hasta no poder más. ¿Te gusta bailar?

@CommonBoy: Sí, aunque tengo la sensación de que tú lo vives más fuerte que yo. ¿Eres de las que bailan sola en medio de la pista?

@Juicyhack: O en una tarima, me da igual. Bailo por el placer de hacerlo, de sentir la música en todo mi cuerpo, y no me importa el resto.

@CommonBoy: Hmmm.

@Juicyhack: Hmmm, ¿qué?

@CommonBoy: Lo estoy visualizando, nada más.

@Juicyhack: Estoy debatiéndome entre llamarte viejo verde y preguntarte qué estás imaginando.

(CommonBoy deja pasar unos segundos largos y luego escribe).

@CommonBoy: Es como si tuvieses un foco sobre ti. La luz te adora, se mueve sobre tu piel mientras bailas, sinuosa y sexi, a un lado de la pista, sin buscar la mirada de nadie a pesar de que muchas se posen sobre ti.

@Juicyhack: Qué poético. No esperaba eso de tu mente cuadriculada. Pero me gusta.

(Deja de escribir un rato largo).

@Juicyhack: ¿Y tú qué estás haciendo? Cuéntamelo.

@CommonBoy: Yo me acerco, porque me conoces y sé que te gusta tenerme cerca. Pero esta vez te veo diferente, es como si lo hiciese por primera vez. Estás preciosa y deseo bailar contigo. De hecho, es en lo único que pienso.

@Juicyhack: Giro mi cuerpo hacia ti y te invito a bailar conmigo. Lo hemos hecho muchas veces, sabemos cómo hacerlo, cómo movernos al unísono, pero esta vez…

@CommonBoy: Esta vez es diferente. Lo siento en todo el cuerpo.

@Juicyhack: Estás muy cerca. Y no me incomoda. Me gusta que me rodees, que me toques, a pesar de que parezca que solo estamos bailando. Tengo calor.

(CommonBoy tarda unos segundos de más en volver a escribir)

@CommonBoy: Tu pelo huele a primavera y a mar. Quiero hundirme en él y llegar a tu cuello, que sé que se está erizando con violencia.

@Juicyhack: Joder, esto me está poniendo mucho. Y ni siquiera me has tocado.

@CommonBoy: ¿Quieres que meta la mano por dentro de tus bragas para ver lo mojada que estás?

(Juicy deja de teclear).

@Juicyhack: Eso ya te lo digo yo. Estoy empapada y me palpita todo. Mucho.

(Silencio. Un minuto, dos).

@Juicyhack: Pero voy a cerrar las piernas y a dar un paso atrás, porque esto es muy raro. No me siento cómoda y no quiero que esto se nos vaya de las manos. Somos amigos, no

crucemos líneas.

@CommonBoy: No sé cómo…

@Juicyhack se ha desconectado.

@CommonBoy: (…) voy a poder quitarme esto de la cabeza, Juicyta.

17

Marcos

El tiempo que Amaia utilizó para atender los requerimientos de su trabajo lo empleé en conectar poco a poco con el mundo exterior. Nada de proyectos nuevos, eso lo tenía claro, pero me dije que, si no quería volver a lo anterior, necesitaba hacer cierta prospección para ir barajando opciones.

Tras la conversación con Eli y Alberto, había logrado entender que tenía que pasar página. Que ya no debía regresar a mi anterior dinámica. No iba a poder desvincularme del todo, por lo menos al principio, porque había que hacer mantenimiento de los sistemas y estar pendiente de si surgía alguna urgencia. No obstante, había pensado en darle todo ese trabajo a Amaia y que, con el tiempo, ella fuese la persona que se apropiase de cada proyecto. Eso solo estaba en mi cabeza, no lo había consultado con ella y la última palabra sería la suya, pero confiaba en su profesionalidad y no se me ocurría nadie mejor que Amaia para que recogiese el testigo. Si no entraba dentro de sus esquemas, tendría que buscar a alguien.

Eso me llevó a hacer un chequeo de mis amistades del mundillo. Algunos habían estudiado conmigo, a otros solo los conocía de forma cibernética, pero más o menos los tenía localizados. Estuve varias horas haciendo un barrido muy por encima de los perfiles que conocía, y cuando terminé, me encontré con muchas cosas en las que pensar.

Todo aquello se quedó macerando en mi interior, pero lo dejé de lado cuando Amaia volvió de su primer día de encierro. Cenamos en la terraza para que se despejase, y luego fuimos a pasear por la playa nocturna. Ella llevaba todo el día pegada al ordenador y lo que necesitaba era aire y arena, esa fórmula que causaba adicción y que no sabía si sería capaz de dejar atrás una vez nos fuésemos de Famara.

A la mañana siguiente, una vez ella partió hacia el *coworking*, volví a retomar la idea. Hice una pequeña compra en el súper a la vez que iba madurando eso que no estaba siendo capaz de identificar, y la llevé a casa. Tras colocarla en su sitio, noté el cerebro bullendo como una olla a presión, lleno de frases, de sensaciones y de cosas que se me habían pasado por alto en todos aquellos años y que estaba descubriendo ahora.

Pero no quería procesarlo como lo hacía normalmente. Necesitaba la mente libre, tranquila y fresca para que todas aquellas piezas del Tetris se colocasen de la mejor forma posible, buscando el lugar natural en el puzle que conformaban las diferentes partes de mi vida. Así que invoqué el encefalograma plano que me regalaban el mar y las olas, en cuyo abrazo había aprendido a vivir, y me fui a la playa. Caminé lejos, encontrándome por el camino turistas y deportistas marinos, sorteando tablas y sombrillas voladoras, y me adentré en el mar. Me había acostumbrado al embate, a nadar a contracorriente, a llenarme de energía como si las mareas hiciesen un reseteado de mi disco duro para luego verlo todo más claro.

Salí del mar exhausto, justo como necesitaba. Me senté cerca de donde me había bañado y cerré los ojos, dejando que el sol me calentase con cariño. Un poco más allá, una familia con dos

niños pequeños jugaba a hacer túneles en la arena. El padre, un hombre de mi edad, excavaba con brío mientras los dos niños rubios lo intentaban por otro lado. Consiguieron hacer cuatro túneles intercomunicados con la consiguiente alegría de los chiquillos, que luego se entretuvieron intentando llenarlos de agua. Mientras veía a los niños yendo y viniendo con sus cubos multicolores en las manos, los cabellos alborotados y las sonrisas felices, me pregunté si también quería eso en mi futuro. Había sentido ganas de estabilidad con Deb y al final eso fue lo que nos separó.

Algo burbujeó en mi interior y dejé que lo hiciese, que me diese pistas sobre qué camino debía seguir. Siempre había sido un hombre familiar a pesar de que no hubiese formado la mía con nadie. No me habría visto capaz de ser ese padre presente que era mi ideal con el trabajo que tenía. ¿Y si ahora…?

Me levanté como si un rayo me hubiese caído encima. La familia recogía ya sus cosas y tapaba con responsabilidad los túneles, no fuera que alguien metiese el pie en ellos. Los dejé atrás, no sin antes saludarlos con un movimiento de cabeza, y seguí caminando con el corazón latiéndome a mil por hora.

«Legado, contribución, estabilidad, una vida tranquila. Todo eso es lo que me piden el cuerpo y la mente. Ayudar a otros con todo lo que he aprendido, esparcir semillas que hagan del mundo un lugar más seguro y hacerlo desde la serenidad, desde una aventura diferente en la que la adrenalina solo aparezca de vez en cuando y en la que sea más consciente de la vida real, de vivirla de una forma distinta, sin pasarla por alto».

Di gracias por estar solo en ese instante, porque, aunque suene mal, era solo mío. Por mucho que quisiese a Amaia, aquellos minutos de clarividencia necesitaba procesarlos con calma y cuidado, sin que nadie interfiriese. Me sentía como si me hubiese dado un golpe en la cabeza, con un regusto a irrevocabilidad que jamás había experimentado. Hasta ese día, mi vida había transcurrido de forma fluida, sin parones abruptos ni decisiones que conllevasen conflictos internos. Por eso siempre fue fácil ser el de la palabra desinteresada y amable, el que se preocupaba por todos y procuraba estar al lado del que lo pasaba mal cuando me necesitaban.

Menos una vez.

El recuerdo de la muerte de mi padre volvió a arder dentro de mi pecho. Cuando aquella tragedia doble ocurrió, no llegué a tiempo para estar con mi familia. No pudieron contactarme, me encontraba en plena crisis en un cliente nuevo, uno de los primeros que me daban, y cuando vi las llamadas y los mensajes, fue demasiado tarde. Viajé a Tenerife como un sonámbulo, maldiciendo una y otra vez mi apagón del mundo, y allí me encontré con mi madre entrando en una depresión de caballo, a Elisa en un estado casi catatónico y a Victoria corriendo como pollo sin cabeza, intentando cubrir todos los frentes, con una Nora aún estudiante que parecía un fantasma asustado.

No pude despedirme de mi padre, y peor todavía, no disfruté de él tras haberse jubilado. Yo estaba muy ocupado con mi cruzada contra la ciberdelincuencia, apuntalando una reputación que años más tarde sería brillante y que, en ese momento, habría sufrido si hubiese dejado el trabajo a mitad.

«Cómo te echo de menos, papá. Échame un cable ahora, como siempre hacías. Yo lo he intentado hacer lo mejor que he podido con las chicas desde que te fuiste, aunque no siempre haya podido estar como hubiese querido».

Con la memoria llena de recuerdos agridulces, dejé mi casa a un lado y me dirigí hacia el pueblo. Había menos turistas, se notaba septiembre y ya no había tanto problema por encontrar una mesa en los bares. Sin embargo, no me dirigí a ellos, sino que mis pasos me llevaron al

muelle, donde me senté en uno de los escalones que daban al mar.

Allí, divisando la isla de La Graciosa y con el mar rizado con crestas de espuma, encontré lo que había ido buscando a La Caleta de Famara: claridad mental y una decisión tomada. No volvería a lo de antes, quería otro tipo de vida. Me encargaría de ver cómo articular la parte laboral, la de enseñar a otros lo que había ido aprendiendo a lo largo de los años que llevaba siendo el número uno, eso no me preocupaba. Si no daba clases en algún centro reglado, lo haría por mi cuenta. Sabía que si dejaba caer esa información en determinados lugares, tendría alumnos dispuestos a dejarse las cejas al alcance de mi mano.

Y luego estaba la otra parte de la ecuación: Amaia. Necesitaba decirle lo que sentía de forma clara, para que no quedasen dudas que pudiesen contaminar lo que había entre nosotros. Eso era la primero. Luego, le contaría lo que había decidido.

Tragué saliva. La conocía mejor de lo que ella pensaba y sabía que su primera reacción sería complicada. Necesitaría tiempo para digerirlo y para decidir si quería compartir conmigo mi visión de la vida.

Una conocida angustia me dio un latigazo en el pecho, pero resistí. No volvería a dejar que campase a sus anchas, ni de coña. Necesitaba dejar eso atrás cuanto antes.

Le contaría a Amaia todo sin esperar nada a cambio. Pero no podía ignorarlo o taparlo; si la vida nos quería ver juntos, tendría que presentárselo con la mayor sinceridad y transparencia del mundo.

Cuando llegó el segundo día y vi que algo la preocupaba, cogí el toro por los cuernos. Confió en mí, como llevaba haciendo años, y me alivió saber que su ceño fruncido tenía que ver con la inseguridad de lo que ocurriría con nosotros una vez terminase el *impasse* de Famara. Eso me dio pie a lanzarme, a planear en caída libre hasta aterrizar en sus labios y en la certeza de que, por lo menos aquello, era real y estaba libre de dudas.

Esa noche apenas pude saciarme de ella. Y no solo en esa parte ruda y animal que me inspiraba su dorado cuerpo y esa cara de semidiosa imperfecta, no. Hubiese tenido que poseer el don de meterme bajo su piel para poder transmitirle lo mucho que me importaba y lo que había inspirado en mí: un amor forjado entre conversaciones eternas sobre todo lo habido y por haber, el roce fortuito de nuestras pieles en decenas de ocasiones que camuflábamos de cariño y la sensación de irrevocabilidad cuando la miraba a los ojos e intentaba recordarme que solo era mi amiga. Ni más ni menos.

Me dormí abrazado a ella, con el descanso que solo me procuraba tenerla cerca, y cuando desperté, seguía allí, exhausta tras los dos días de trabajo duro. Al moverme, se enroscó a mi alrededor, echando por tierra mis planes de levantarme a preparar el desayuno. Aquel día sabía que iba a ser complicado y de alguna forma cobarde pensaba que, suavizándolo con comida sabrosa, Amaia se lo tomaría de otra forma.

Parecía mentira que tuviese tres hermanas y una colección de collejas por obtuso que todavía me dolían a pesar de los años, pero en ese momento todavía estaba atontado por todo lo de la noche anterior. Supongo que la sangre todavía me circulaba por otros lados que no eran mi cabeza.

Me deslicé con suavidad de la cama, dejando a Amaia aovillada en medio del revoltijo de sábanas, y me fui a la cocina. La mañana estaba nublada y ventosa y abrí las ventanas para que el aire entrase en la casa. Me puse a cortar fruta para hacer zumo y encendí el horno para hacer unos sándwiches al estilo *croque monsieur*. Rallé un poco de jengibre, corté hierbabuena de las macetas de la terraza y dejé toda la fruta preparada en la batidora. Compuse los sándwiches, regándolos con bechamel y mucho queso para gratinar, y me asomé para ver qué tal iba la bella

durmiente. Había cambiado de posición, pero su respiración seguía siendo pesada. No tenía visos de despertarse en los próximos minutos.

Eso me puso nervioso. En cuanto tuve todo dispuesto para cuando se despertase, empecé a caminar por la casa como un tigre enjaulado. A pesar de decirme que me tranquilizase, que era Amaia, y que lo que le iba a contar era algo bueno, no llegaba a convencerme. Quizá para ella no fuese tan óptimo como para mí.

Para hacer tiempo, me metí en la ducha, y cuando salí, me la encontré en la terraza, disfrutando del aire revoltoso. Me sonrió gozosa, como si verme fuese lo mejor que le pudiese haber ocurrido, y la abracé con ternura, para luego sacudir mi cabeza mojada y llenarla de gotitas de agua.

—¡Auh! —se quejó entre risas—. ¿Es esto una indirecta para que me vaya a quitar de encima nuestros olores?

Me reí, besándola con sonoridad.

—Ni de coña, hueles como para comerte.

Y todo se me afiló al verla hacer una mueca deliciosa, de esas de las que no era consciente y, por ello, irresistible. Pero ella se desasió de mi abrazo, terrenal como siempre y fiel a sus instintos.

—¿Y todo esto? —inquirió con una sonrisa. Cogí la bandeja con los sándwiches y la metí en el horno caliente, subiendo y bajando las cejas con misterio.

—Ya verás, es una de mis especialidades.

—¿Y qué no es tu especialidad, Marcos Olivares? —dijo sonriendo mientras me hacía sentarme en una silla y se me ponía encima a horcajadas—. A ver, vamos a enumerar: cocinas de rechupete, tienes un sentido del humor fantástico, eres la persona más inteligente que conozco, también supongo que sabes que eres tremendamente sexi y que tu pragmatismo me fascina, aunque eso no hace que pierdas lo mejor de ti, que es esa sensibilidad e intuición que descifra cualquier cosa que se me pase por la cabeza.

—Vas a hacer que me ponga colorado —repuse, inmerso en su mirada transparente—. No me tires tantas flores que me lo voy a creer. Y todavía no lo sabes todo de mí. Quizá encierre algún esqueleto en el armario.

—¿Y quién no? —preguntó, traviesa, y se levantó—. Podría seguir regalándote los oídos, pero el hambre me ciega. ¿Hacemos los zumos?

Amaia consiguió domar la batidora y yo vigilé los sándwiches hasta que estuvieron en su punto. Los serví en unas hondillas de barro, humeantes y aromáticos, perfectos para saciar el hambre después de no haber cenado la noche anterior y tras el gasto de energía de la madrugada.

Comimos en silencio, escuchando el mar y el viento, y acariciándonos con los pies por debajo de la mesa.

Supongo que eso era la felicidad.

Y como todo momento feliz que se precie, no fue eterno.

Fue culpa mía, claro. Mis ansias por compartir con ella todo lo que me había ocurrido ganaron la partida. Y eso disolvió cualquier habilidad para presentar las cosas de forma suave.

—He decidido que no voy a seguir con el trabajo.

Su tenedor chocó ruidosamente con el plato, pero asintió. Me dio la sensación de que no la había sorprendido.

—El cuerpo me pide cambiar, pasar página, buscar otra cosa que ahora mismo me llene más —seguí hablando, intentando que me mirase a la cara—. Es como si ya hubiese corrido la carrera para la que llevaba entrenando muchos años y que, una vez cruzada la meta, ya no hubiese

aliciente.

—Está claro que con el estrés que has ido acumulando lo más sensato es parar. Pero, Marcos —dijo, mirándome con el ceño fruncido—, ¿no puede tratarse de un paréntesis? ¿Un tiempo desconectado y luego volver? Has empleado muchos años y energía para labrarte un nombre, ser quien eres, y soltarlo todo así por la borda me parece tan…

Se calló. No sabía lo que estaba pensando: si era que me había acobardado o que no estaba en mis cabales. Negué con la cabeza, lo tenía claro. Por primera vez en mucho tiempo, así era.

—No. Esto no es temporal. He llegado al máximo y me bajo.

—Lo dices como si fuese algo que puedas desdeñar así como así. ¿No ves el valor de lo que has conseguido? ¿No sientes apego por lo que ha sido el trabajo de tu vida?

Me eché hacia atrás en la silla. Entendía su perspectiva: era justo lo que yo me hubiese dicho unos meses atrás.

—Por eso ha llegado el momento de compartirlo, de que más gente pueda hacerlo, no solo yo.

Sus cejas le llegaron casi hasta el nacimiento del pelo. Me eché hacia delante y le cogí las manos, buscando que me comprendiese.

—Quiero tranquilidad, Amaia. No estar corriendo de país en país a merced de peticiones y de alertas de seguridad, ni quedarme encerrado en mi casa mientras las estaciones pasan. Me hago mayor, no veo crecer a mis sobrinos y solo piso la calle de noche. Ha sido fantástico, pero ahora la vida me pide otra cosa.

Vi que no me entendía. Mi chica cuadriculada, programada hasta decir basta, que controlaba todos los aspectos de su vida para que no la hiriesen, estaba en cortocircuito. Error fatal. Crisis absoluta.

—Estoy sopesando opciones, pero una que me apetece muchísimo es la docencia. Entrenar a quienes vienen detrás de nosotros a utilizar este talento que poseemos de una forma correcta. Tengo conocidos en el MIT y en alguna que otra universidad importante, y quizá explore esa vía. O también me he planteado montar un programa por mi cuenta y así vivir de forma nómada, donde queramos. No lo sé todavía.

Ella me miró con rapidez al escuchar ese plural que me nacía con tanta naturalidad. Me apresuré a enmendar mi error, si es que lo era.

—Disculpa, no quiero dar nada por supuesto, pero después de todo lo que hemos vivido aquí, me encantaría que compartieses conmigo esta nueva estabilidad. Sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo, significaría que algunas cosas tendrían que cambiar, pero solo quiero que sepas que espero y deseo que podamos acomodarlo todo para estar juntos.

Fue a decir algo, pero reculó al escucharme decir estabilidad.

—¿Qué quieres decir con estabilidad? ¿Te refieres a estar más tranquilo en general o me estás hablando de otras cosas? ¿Cosas que nunca me has dicho que fuesen importantes para ti? ¿O estoy paranoica?

Si algo se merecía Amaia, era que fuesen honesta con ella. Y lo fui, de manera brutal.

—¿Me estás preguntando si hablo de formar una familia? ¿De hijos, un proyecto en común?

Asintió, pálida.

—Puede ser. Sí. No te voy a mentir.

La vi al borde del síncope y me arrodillé a su lado.

—Ya sé que todo esto es muy intenso ahora mismo. Llevamos juntos un microsegundo y yo ya te hablo de estabilidad e hijos. Pero necesito que sepas cómo me siento, qué me pide el cuerpo, porque te quiero demasiado como para engañarte y no decirte que todo eso pulula en mi

cabeza. No quiere decir que sea ya, o que vaya a pasar, pero no puedo negar que algo en mi interior se remueve cuando lo pienso. Puede pasar o no pasar, pero no quiero cerrar los ojos a que sea una posibilidad.

Apreté sus manos y seguí soltando bombas.

—Por otro lado, me gustaría que lo que hago lo retomes tú. Eres la mejor y el mejor, sin género ni tonterías. Si quieres los proyectos, son tuyos. Sé que te queda todavía cuerda en todo esto, quizá no te canses nunca del trabajo y sea tuyo para siempre. Te conocí así y no pretendo que seas diferente porque a mí me hayan cambiado las prioridades.

Se levantó muy agobiada. La servilleta con dibujos marinos cayó limpiamente al suelo y la pisó al abandonar la cocina. Fui tras ella a la terraza, donde cogía aire agarrada al murete.

—No sé qué pensar —dijo, al fin, con voz estrangulada—. Nunca sospeché que esto sería tan… definitivo. Que lo que te ocurría era la gota que colmaba el vaso, o que estuvieses en un punto tan agónico.

—Bueno, un *burnout* es una buena señal para saber que las cosas no están bien —le dije, en cierta forma picado por su tono. Me taladró con la mirada.

—Ya lo sé, no soy tonta. Pero pensé que te recuperarías y luego podríamos seguir con lo que estábamos haciendo. De una forma diferente, claro está, después de lo que ha ocurrido entre nosotros.

—En realidad, las cosas no cambiarían mucho, Amaia. Cada uno tendría su espacio y su trabajo, como lo hacen millones de parejas en el mundo. No tenemos que hacer lo mismo para mantener una relación.

—Ya lo sé. Perdóname si estoy descolocada, pero es que no esperaba que rompieses con todo lo que eras.

Sonreí con dulzura y frunció el ceño.

—No seas condescendiente conmigo.

—No lo estoy siendo. Solo quiero que entiendas lo que me ocurre. La vida es eso, pasar etapas y enfrentarse a encrucijadas. Yo hasta ahora había llevado una existencia muy rectilínea, era normal que en algún momento pasase esto. Nuestro trabajo, tal y como está concebido, no es para todo el mundo.

—Joder, Marcos, tú no eres todo el mundo —exclamó con cierto desespero. Y aquello no me sentó bien.

—Discúlpame, Amaia, pero creo que tengo derecho a replantearme lo que quiero y lo que no.

—Sí, claro, no me malinterpretes, tienes todo el derecho del universo para hacerlo. Pero entiéndeme, es como si de pronto todo se descarrilase, sobre todo, después de estos días.

—Pero ¿por qué? No entiendo la razón que te lleva a pensar que no podemos estar juntos en esta nueva situación.

Suspiró con cansancio. Se miró las manos, y luego contestó.

—Tengo la sensación de que lo nuestro es una historia de dos personas que se aman locamente pero que están en dos etapas diferentes de la vida, donde no quieren lo mismo. Y ya sabes cómo terminan este tipo de cosas.

Mi interior se congeló por unos instantes eternos.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Se calló y sus labios formaron una fina línea obstinada.

—¿Es por lo que te dije de la estabilidad? ¿Todo viene por ahí?

Sabía que Amaia tenía una relación complicada con todo lo que tuviese que ver con lazos

familiares y confiar en las personas; lo que me había contado durante esos días conformaba una historia clara. Tendí los brazos y la acerqué a mí, bebiendo de su calor como si supiese que se iba a marchar.

—Solo quiero un poco de paz y crear un hogar, Amaia —le dije—. Ya puede ser en Honolulu o en un pueblo en Soria, me da igual. Quiero pasar en mi casa más tiempo del que estoy fuera y no estar en constante tensión por si algo falla, si hay un ataque o si hay que añadir alguna capa más porque al cliente se le antoja que tiene pocas. No quiero morirme sin haber vivido.

La escuché suspirar entrecortadamente, como si estuviese sofocando un sollozo. Y entonces me llegó su voz, como una sentencia de cadena perpetua:

—Yo no sé si voy a poder, Marcos. Ahora mismo no soy capaz de decidir si estoy preparada para un cambio tan grande. Y ya sé lo que me vas a decir —añadió al ver mi cara compungida—, que no me estás diciendo de tener tres hijos, dos perros y una finca donde plantar cebollas. Pero es una posibilidad para la que ahora no estoy preparada.

Me quedé callado. Debía respetarla, pero cómo dolía, joder. Dolía mucho, era como tener el cielo al alcance de tu mano y luego caerte de la nube en plancha al suelo. Como si escuchase mi interior, se separó y me miró a los ojos con los suyos llenos de lágrimas.

—Necesito tiempo, Marcos. Me estoy rompiendo por dentro diciéndote esto, pero no te mereces que me embarque en algo juntos cuando no estoy segura al cien por cien de que es lo que quiero. No puedo hacerlo así.

No me sorprendió. Sabía que lo que necesitaba era soledad y hablarse a sí misma, pero, sobre todo, escucharse. Con lo que había ocurrido, a Amaia le iba a tocar pasar su propio Famara.

Hubiese sido más fácil si no la quisiese tanto. Y, a juzgar por cómo me miraba, sabía que a ella le ocurría lo mismo.

Ahora solo quedaba apretar los dientes y dejarla libre, aunque me dejase el interior de las mejillas en carne viva.

«¿No querías catarsis, amigo? Pues toma dos tazas».

18

Amaia

La casa de Madrid jamás me había parecido tan triste como cuando volví de Famara. Sus paredes blancas salpicadas de cuadros pop de David Bowie haciendo pis en un callejón o de Cindy Lauper enseñando la lengua, el cómodo sofá de cuero desgastado lleno de cojines de estampados psicodélicos, las puertas de colores diferentes… Todo era conocido, ideado y comprado por mí, pero le faltaba algo. Ni siquiera el frío polar que me recibió me hizo sentir en casa. No, porque en un mes de mierda había logrado darle sentido a esa palabra con luz del sol, viento y espuma de mar, y unos ojos claros que me conocían y sabían casi todo de mí.

Había hecho un esfuerzo ingente por olvidar nuestra despedida, el abrazo eterno y sobrecogedor en su crudeza, el beso lleno de ternura, sus palabras.

«Piensa en ti, Amaia, en lo que quieres de verdad. Solo así podrá haber un nosotros real».

Era más fácil decirlo que hacerlo. Los primeros días necesité desconectar de todo y sumirme en la inercia de maratones de series y películas de las que no recuerdo nada, alimentándome de cualquier cosa que pudiese pedir a domicilio y sin demasiado aseo corporal, he de reconocerlo. Me sentía fuera de todo, hasta de mí misma, como si me observase desde un rincón de mi sala y menease la cabeza ante el desastre de una mujer que, solo unos días atrás, era la pura imagen de la salud y de la felicidad.

La vida bullía fuera, pero para mí era imposible salir de mi escondite. Había algo que me lo impedía, que me hacía querer meterme debajo de una manta y desaparecer como si no hubiese existido nunca. Y solo fue al par de días que entendí qué era lo que me pasaba, cuál era el sentimiento que me dominaba para no sacar la nariz a la luz del sol. Era la vergüenza. Sí, estaba muy avergonzada por mi reacción ante Marcos, ante su sinceridad y su propuesta de vida.

«Como una niña pequeña, eso es lo que le has demostrado ser con tu espantada y tu huida. En vez de ser la mujer madura que supuestamente eres, ¡hala! Te acojonas y te vas».

La vergüenza dio paso a la ira, a llenarme de enfado, pero esta vez con Marcos.

«¿Por qué tuviste que contármelo? ¿Por qué me has puesto contra la espada y la pared? ¡No estoy preparada, joder! ¡No soy la persona que protagonice tu bonita película de sobremesa!».

Con la ira, me invadió una inquietud enorme y abandoné el periplo sofá-cama para lanzarme a limpiar de forma compulsiva mi cueva prístina. Y a medida que movía la fregona y el paño con furor, me preguntaba y me contestaba como si estuviese fuera de mis cabales. Que si estaba loco al dejar todo por lo que había trabajado durante toda su vida, que cómo de pronto hablaba de familia y de tomarse la vida con calma cuando jamás había dado señales de que eso le interesase ni siquiera remotamente, que se iba a aburrir como una ostra y entonces, más temprano que tarde, querría volver a su trono…

Y tan fulgurante fue la ira como devastadora la tristeza. De pronto, me encontré llorando desconsolada en el sofá, presa de los recuerdos y de la añoranza. Todo lo que habíamos vivido juntos inundó mi mente y mi pecho como si los hubiese rasgado y dejado supurando a la

intemperie, con un dolor insoportable que me hizo doblarme por la mitad. Lo echaba tantísimo de menos que no sabía cómo podría seguir adelante sin su presencia. Y a la vez que lo añoraba y me moría por aspirar su aroma y sentir su calor, me fustigaba por ser tan floja y tan fría, tan poco empática a la hora de entender su cambio de paradigma. Pasaba mucho, no era algo infrecuente. Conocía bastantes casos de personas en mi entorno: directores de bancos que lo dejaban todo y se dedicaban de forma profesional a la fotografía, ejecutivos agresivos que decidían que el diseño de interiores era lo que en realidad les daba la felicidad, bibliotecarios con ganas de otra cosa que se mudaban a la costa levantina y montaban un bar… No era tan descabellado, el mundo estaba lleno de personas que un día se levantaban y decidían que hasta ahí habían llegado.

Entonces, ¿por qué no era capaz de entender a Marcos? ¿Porque ahora me salpicaba a mí y me exigía salir de mi inercia, de mi vida diseñada a lo conocido y seguro? ¿De enfrentarme a la pregunta de cómo quería vivir mi futuro?

Tenía la sensación de que me iba a volver loca, de que quería salir de mi piel y exiliarme a Siberia a cuarenta grados bajo cero.

A los cinco días de ser ermitaña en mi propia casa, Mariana me encontró allí mirando al vacío. Abrió la puerta con sus llaves y cuando vio mi figura inmóvil en el sofá, se llevó una mano al corazón.

—¡Coño, Amaia, qué susto!

La miré frunciendo el ceño.

—Ni que no supieses que estaba aquí. Te lo dije hace dos días.

—Ya, pero como no contestabas a mis mensajes, vine a ver si estabas viva.

—¿Y qué pensabas, que era mi fantasma sentado en el sofá?

—Pues cara de eso tienes.

Se sentó ante mí y su mirada preocupada recorrió mi rostro.

—Joder, ni rastro de lo que llevo viendo un mes y pico. ¿Dónde dejaste a mi hermana, la que era feliz y le brillaban los ojos?

No tenía ganas de hablar y lo notó. Me cogió la cara y puso lo que yo llamaba su expresión «oficial». La que era impersonal, implacable y que la hacía sacar a cualquiera sus secretos más íntimos.

—¿Qué ha pasado? Y no me vale eso de que os habéis dado un tiempo. Desembucha.

Cogí aire. Noté como mi pecho se expandía, pero era incapaz de atraer más oxígeno porque mis pulmones estaban encogidos, como si los tuviese apretados en un puño.

—Me he ido yo porque me he acojonado. Punto. No estoy hecha para lo que él quiere de mí.

Mariana se balanceó levemente, como si hubiese recibido un puñetazo, y al segundo alargó los brazos para mecerme entre ellos. Era mi hermana y sabía lo que había tras esa afirmación.

Hundí mi rostro en su cuello con una relajación momentánea ante la cotidianidad de ese abrazo, de su aroma a lirios y la calidez de su cuerpo firme. Me apretó con ganas y luego me dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Qué es lo que ha pasado para que salieses corriendo?

—Marcos por fin ha descubierto lo que quiere. Va a dejar el trabajo, me lo ha ofrecido a mí y ve su futuro ligado a la docencia, a preparar a gente que se dedica a lo nuestro. Algo mucho más tranquilo y sencillo que lo que hace ahora.

Mi hermana me miró con cara de no comprender.

—¿Y qué problema hay? Entiendo que apuesta por vosotros, que todo esto es solo la parte

laboral y que lo otro tiene futuro.

—Sí, claro. O no, no está tan claro. Existía un futuro hasta que me contó todo esto. A ver, que no me entiendo ni yo, Mariana, que estoy llena de burbujas por dentro cada vez que pienso lo que hay, pero luego se me va todo a la mierda porque no sé si eso es lo que quiero en mi vida.

Me revolví el pelo, agobiada, y ella me miró sin entender nada.

—Perdona, pero no comprendo nada de lo que me estás diciendo. Lo quieres, estás enamorada, él quiere dar un giro a su vida pero contigo en ella. Está claro que hay más cosas que te voy a tener que sacar a cucharadas, porque con esta información en la mano te diría que eres gilipollas si tienes dudas.

Resoplé, sin poder contener mis nervios, y me pasé las manos por la cara.

—Vale, sí, hay más. Pero ¿no te parece ya suficientemente importante lo que te he contado?

—Pues no, la verdad. Qué quieres que te diga. Para él sí lo es, por supuesto, pero ¿a ti en qué te afecta? Cada uno hace lo que desea hacer, lo importante es que podáis compaginarlo para estar juntos. Si las cosas fueran como tú las pintas, todo el mundo se emparejaría con alguien que trabaje en lo mismo. Y eso es casi la excepción, así que no me vale.

—Joder, Mariana, ya sabes lo cuadriculada que soy. Si él deja el trabajo, el mundo como lo conocía cambia en su totalidad. Ya no tendría el aliciente de nuestras batallas, estaría yo sola. Y no sé si estoy preparada para recoger el testigo de su trabajo. No sé si soy la persona adecuada.

Mariana me miró con los ojos desorbitados.

—Eso es lo más tonto que he escuchado nunca. ¿Desde cuándo eres tan insegura? Sabes perfectamente que eres una *crack* de todo eso que haces y nunca te he oído expresar algo que lo ponga en duda. Me preocupa más que te afecte tanto un cambio en tu vida. No puedes seguir pensando que estarás para siempre en este piso como la loca de los gatos, con un trabajo tan absorbente y dándolo todo por él. En algún momento las cosas cambiarán, quieras o no, y comenzará otra etapa. Amaia —dijo, cogiéndome las manos—, deja ya de esconderte en tu castillo, nadie va a hacerte daño. Y si lo hacen, aprenderás de ello, como hacemos todos. Todo este micromundo que te has creado no te permite vivir como deberías y como, además, sabes que se puede hacer. Todo este mes en Lanzarote te ha enseñado que hay algo más. ¿O no?

Me levanté con la boca seca y fui a buscar un vaso de agua helado. Me lo bebí de un golpe y me apoyé en la nevera.

—Quiere una familia. O, por lo menos, en su mente está la posibilidad de formar una.

Mariana silbó por lo bajo.

—¿Y te lo contó así, sin paños calientes?

Asentí.

—Dijo que quería que tuviese la foto completa, que no deseaba ocultarme nada, para que pudiese decidir con todas las cartas en la mano.

Mi hermana se levantó dando palmaditas.

—¿Te das cuenta de que te han entregado el regalo que medio planeta femenino querría? ¿Un hombre que desea estabilidad, una vida en común, un trabajo que le permita compaginar, hijos?

—Pero es que yo no estoy en ese medio planeta femenino. Ni siquiera en el uno por ciento. Al contrario, ¡estoy en *shock*!

—No me seas exagerada, ni que te estuviese diciendo una locura. Esto es lo normal, Amaia, lo que ocurre entre las personas cuando hay sentimientos y ganas. ¡Esto es la vida, esa que te estás perdiendo, coño!

Paró, supongo que para coger aire.

—¿Crees que todo viene con manual de instrucciones, con planes B establecidos de antemano? Hay que mojarse, arriesgar, y, joder, si es por algo tan brutal como lo que has vivido, no sé qué haces aquí sentada criando culo y autocompadeciéndote. Por lo menos, date la oportunidad de equivocarte si no sale bien. ¿Y si es la historia de tu vida y te la vas a perder por mirar siempre al pasado y ponerte excusas?

—Mariana, te estás pasando. No tienes ni idea de…

—No, no me estoy pasando y sí que tengo idea —me interrumpió, airada—. Es que me da rabia que una mujer como tú, tan brillante y con tanto por dar, no sea capaz de atreverse y dar pasos decididos por ella misma. Cuchita, la vida se nos pasa y hay que comérsela a bocados porque cualquier día puede ser el último. Veo demasiada mierda en mi trabajo para no creerlo. Que ser feliz no es tan fácil, deberías saberlo porque también ves cosas feas y sabes la calaña que hay en el mundo.

Me enfadé por darme tan directamente en la línea de flotación.

—¿Y tú? Estás igual que yo, no me estés sermoneando porque tú pecas de lo mismo. Adicta a tu trabajo, sin lazos estables, solo buscando la gratificación inmediata, así que no me toques los cojones.

Agitó el dedo delante de mis narices, negando mis palabras con ímpetu.

—No te equivoques. Yo busco de forma activa mi felicidad. Salgo con hombres, hago actividades fuera del trabajo, me relaciono. Y sí, no me ha cuajado el amor, pero tengo más oportunidades de que ocurra que quedándome en casa. Y mientras tanto, disfruto de cosas tontas que son las que componen la felicidad: un paseo por la sierra, el equipo de baloncesto del barrio, mi club de lectura…

Luego bajó la voz, con ese truco que era más efectivo que chillarme al oído.

Qué cabrona. Era lo que hacía mi madre cuando se enfadaba.

—Tú tienes la felicidad al alcance de tu mano. Jamás te he visto brillar como lo haces desde que conoces a Marcos. Es un amor que tiene su base en la amistad, ¿sabes lo maravilloso que es eso? La vida te ha regalado un mes increíble desconectada del mundo, descubriendo a la persona de tu vida. ¿Y tú te asustas porque lo quiere todo contigo? Tía, que estás de manicomio.

Me derrumbé en el sofá, de nuevo. Mariana apuntaba a matar, pero sus palabras eran necesarias. Sentí que se sentaba a mi lado y que todavía le quedaba metralla.

—Te mereces vivir lo que se te está ofreciendo. Y si no sale bien, pues a lo hecho, pecho. Somos personas adultas y tenemos la responsabilidad de avanzar, de dejar atrás y superar lo que no nos deja tomar decisiones. Hazlo ya, Amaia. Tienes casi cuarenta años, es hora de que sueltes lastre y confíes.

Luego sonrió con picardía.

—Así que, por favor, por ese medio planeta femenino que anhela encontrar el amor verdadero, lucha por lo que hay entre Marcos y tú. Tómate tu tiempo, pero no lo eternices. Haz caso a eso que te vibra dentro, leches. Quizá así te des cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con ese cuñado al que me muero por conocer.

Mariana y sus frases lapidarias capaces de sembrar mil dudas y certezas en mi cabeza.

Lo cierto fue que no me dio tiempo de procesar su vomitada de verdades, porque esa misma tarde recibí la llamada que llevaba esperando unos días. Me duché, me puse ropa cómoda y fui hasta las discretas dependencias de la unidad de la Nacional con la que trabajaba. Sabía que allí transcurrirían mis siguientes días y agradecí el poder sepultar las dudas en un trabajo intensamente cerebral. Allí era fácil, había mucho que procesar y que investigar. A pesar de eso, mi tormenta mental se mantenía latente, a un ladito de mi pecho, esperando a hincarme las garras

en el corazón y hacerlo trizas, y me hizo tomar demasiado café y devorar cantidades ingentes de pasteles de crema. Cafeína e hidratos, perfectos para intentar mantener la concentración en algo que necesitaba de todos mis sentidos.

No obstante, cuando en uno de los descansos cogí mi móvil y en él, refulgiendo como un cometa gigante, apareció un mensaje de @Commonboy, no pude evitar que mi concentración se tambalease como un barco zozobrando en la tormenta.

Lo abrí con manos temblorosas, esperándome cualquier cosa: un saludo escueto, algo relacionado con trabajo o una frase que haría que mi mundo se desmoronase y la culpa me hiciese enterrarme en lo más profundo del subsuelo.

De ser una persona controlada y contenida, me había convertido en un manojo de nervios que tanto podía estallar como la pirotecnia más hermosa como sumirse en la desesperación más absoluta.

«Relájate, Amaia, joder. Saca tu poder de raciocinio y aplícalo a esto. Es Marcos, es tu Commonboy, y ahora sí lo conoces de verdad. Es la persona más cabal y sincera del mundo. No va a jugar con lo que ocurre, no ahora».

Leí el mensaje rápido y algo parecido a la decepción estrujó mi pecho. Un cliente suyo necesitaba un tema específico y me preguntaba si lo podía atender yo.

«Ya está moviendo ficha para que me ocupe de sus cosas. Y soy incapaz de negarme. En el fondo, quiero hacerlo, para qué voy a engañarme».

Tecleé un «sí» y el corazón me saltó en el pecho al ver que se ponía en línea. Me lo imaginaba en la hamaca de la casa de Lanzarote, envuelto en sol y aire salado, y el dolor físico fue como una oleada caliente.

@Commonboy: Gracias, te daré los datos en breve. Déjame que hable con él para comentarle que, a partir de ahora, tú serás su interlocutora.

Luego paró y estuvo tecleando un rato. Tanto que me puse más nerviosa si cabía.

@Commonboy: Hoy he ido a devolver tu tabla. Pero luego, por fuera de la tienda, no lo hice. De hecho, la compré.

El corazón se me quedó congelado y la sonrisa salió sola, sin tapujos. Era el efecto Marcos Olivares.

@Juicyhack: Te quedará muy bien con la decoración de la casa.

@Commonboy: Eso pensé. O no, realmente, no fue lo que se me pasó por la cabeza. No la compré para eso. Pero eso ya lo sabes.

Y se desconectó. Cogí aire de forma atropellada.

«Vaya con Commonboy. De sutilezas, nada».

Me quedé descolocada pero, a la vez, feliz. Rara. Y me sumergí en el trabajo como una posesa para intentar despejar la nube de esperanza y culpabilidad que se quedó sobrevolando mi cabeza durante horas, hasta que la realidad de lo que estaba viendo en los monitores se sobrepuso a la parte bonita de la vida y me aplastó con su aliento fétido.

Cuando salí de las oficinas que nunca descansaban, era ya de mañana y habían transcurrido

varios días sin que casi me diese cuenta. Y fue al ver despuntar el sol entre los edificios cuando me rendí a la evidencia y me dije que solo era cuestión de tiempo.

Lo que Marcos y yo habíamos construido se hacía fuerte cada día y acabaría haciéndome claudicar. Solo tenía que hacerme a la idea y empezar a romper mis muros y laberintos mentales, esas defensas que llevaban demasiado tiempo conmigo y cuyas bases estaban muy profundas; y responderme con sinceridad a la pregunta de qué quería en la vida. Qué era lo que en realidad necesitaba y de qué podía prescindir.

Caminé hacia el metro con otro brío en mis pisadas y me dije que todo se andaría, más temprano que tarde.

Si no ganaba antes la impaciencia.

19

Marcos

Decir que la casa se había quedado vacía tras la partida de Amaia era quedarse corto. Y eso que no era grande, pero ya no había pareos por todos lados, coleteros de mil y un colores estridentes que aparecían bajo cualquier objeto o bikinis diminutos colgando de las sillas de la terraza. Era como si todo el calor, lo que hacía de una casa un hogar, se hubiese esfumado de la mañana a la noche.

Y lo peor era que su olor se iba difuminando de las sábanas y, por mucho que incrustase mi nariz en su almohada, se iba convirtiendo en un recuerdo más de la mujer que había reinado allí, incluso antes de ser parte de un nosotros que, ahora, se desdibujaba con la distancia y el tiempo.

Invoqué toda mi serenidad natural y el don de saber poner todo en su justa medida, pero me di cuenta de que solo funcionaba para el resto. ¡Qué fácil era echar una mano a otros! Como decía mi abuela, «consejos vendo y para mí no tengo». No tenía ni idea de cómo enfrentarme a lo que ocurría. ¿Era mejor esperar y que ella fuese la que diese el primer paso? ¿O debía sucumbir a mi impaciencia e intentar convencerla? Me sentía como un quinceañero sin referencias ni ejemplos, porque era la primera vez que me ocurría algo así.

Suponía que la opción del tiempo era la más adulta y acertada, y a esa era a la que me quería aferrar. Amaia era la que necesitaba madurar todo lo que le había dicho y unirlo con lo que había pasado entre nosotros desde hacía ya años. Porque, por mucho que me dijese que todo había florecido en Famara, no podía negar que, desde antes, entre ella y yo había algo especial. Una conexión que se manifestaba no solo cuando trabajábamos, sino también en los momentos de confidencias, esos que, en los últimos tiempos, eran cada vez más habituales.

La conversación extraña y caliente que se perdió en el ciberespacio hacía no mucho revoloteó en mi memoria y la aparté como si fuese una mosca pesada, de esas que se te meten en el pelo y zumban como locas hasta encontrar el hueco para salir.

A los cuatro días de vagar como un perro abandonado por La Caleta y alrededores, me dije que ya bastaba. Con esa tontería encima solo lograría sumirme en la oscuridad anterior y no conseguiría que ella volviese. Así que, el quinto día, me levanté y me senté ante la mesa a hacer planes.

Por ahora no regresaría a la casa de Londres, así que tenía que ir a cerrarla. No deseaba alquilarla ni venderla, pero necesitaba repartir las plantas y dejarla vacía de todo lo que fuese perecedero o que necesitase cuidados, y traerme los equipos, por lo menos, los que más preveía usar. El resto podía dejarlos en el trastero que tenía alquilado en un edificio discreto, donde ya había depositado más cosas que no deseaba que nadie encontrase. También tendría que hacer algo con la moto, pero seguro que Alan podría quedarse con ella mientras yo decidía dónde me iba a asentar.

Me apunté escribirle a Victoria para preguntarle si le importaba que David me acompañase. Estaría ya en Madrid, pero todavía no habían comenzado las clases, así que quizá le apeteciese

pasar unos días en Londres con su tío favorito.

Y luego me senté ante un folio en blanco para dibujar las opciones laborales que se me habían pasado por la mente en los últimos días. Preparé un listado de temas con los que conformar la presentación de un programa, e hice un barrido de gente que conocía y que estaba bien situada en universidades de prestigio. Y, sin poder evitarlo, introduje como uno de los criterios la proximidad de lugares para practicar el surf.

Solo por si acaso.

También hablé con el dueño de la casa de Famara. No deseaba dejarla, pero no sabía cuánto tiempo iba a quedarme en ella. Sin embargo, algo en mi interior me decía que aquel lugar era una especie de cargador emocional al que no quería renunciar. Así que le hice una oferta que prometió valorar, aunque, al irse, vi el brillo del símbolo del dólar en sus ojos.

Supuse que todo ese ejercicio de análisis y planificación me haría centrarme e invocar a mi forma habitual de procesar las cosas. Pero esa vez no fue así. Tenía una marejada intensa bajo la piel que me hacía estar inquieto, deseando y anhelando de una forma que no había sentido jamás en mi vida. Era como si estuviese hasta el culo de una droga que me hacía ansiar como un adicto ese chute de extrema felicidad que me proveía la presencia de Amaia.

«No voy a poder con esto como siempre. Me supera. Y no sé cómo hacer para remediarlo».

Con todo mi interior revuelto, volé a la capital británica al par de días, donde me encontré con David en Gatwick. Si notó algo raro en mí, no me dijo nada. En cambio, hizo todo lo posible para actuar con la normalidad que se esperaba de nuestro encuentro. Me arrastró al metro y en unas horas estábamos ya en mi casa, abriendo ventanas y metiendo cervezas en la nevera.

—Eres más desastre que yo, Marcos —me lanzó David al taparse la nariz ante lo que encontró en la nevera—. Ni la vaciaste al irte.

—Es que no sabía cuánto tiempo estaría fuera. Y tampoco estaba como para pensar en cosas prácticas.

—Ya veo —dijo, tocando con un dedo la hoja mustia de la gran kentia que tenía en la sala —. ¿No tenías ningún amigo que viniese a echar un ojo?

—Supuestamente, Barbara estaba al cargo, pero luego me dijo que la habían enviado a un proyecto en Malasia y lo cierto es que me olvidé de avisar a nadie más.

David meneó la cabeza con un gesto que fue tan de Victoria que tuve que reírme.

—Anda, deja de echarme la bronca y vamos a intentar enderezar esto.

Sacamos las plantas a la terraza que daba a ese nivel y tiramos todo lo que había en la nevera. Salimos a la calle a llevar la basura y, de paso, nos fuimos a cenar a un *pub* cercano que solía tener bastante ambiente. David disfrutaba, era obvio, era joven y todo aquello se salía de su realidad habitual, pero para mí era como volver a las bambalinas de un escenario en el que había sido muy feliz y que, ahora, no me devolvía el brillo pasado.

Era como si ya no me viese allí. Como si Londres, de pronto, se hubiese convertido en parte del pasado.

Aquello fue un descubrimiento complicado de digerir y más en un *pub* con música animada y un sobrino haciendo ojitos a unas chicas mayores que él que le echaban sonrisas alentadoras desde otra mesa. Me sentí fuera de lugar, con ganas de esfumarme y aparecer en Famara, o en cualquier lugar donde pudiese alargar el brazo y tener la piel dorada de Amaia a mi alcance.

«Joder, la echo tanto de menos que creo que se me va a reventar el pecho. Es que soy gilipollas, ¿cómo no la convencí de que irse era lo peor que podía hacer? ¿Cómo es que no empleé todas mis armas para hacer que se quedara?».

La sensación de que ya no pertenecía allí se acrecentó al pasar la noche en la casa. Ni

siquiera el subir a mi pequeño observatorio hizo que la conocida sensación de llegar al hogar fuera real. Saqué la bolsita de tabaco y me lie un pitillo. Era eso o quedarme sin uñas. Di una vuelta al telescopio y lo acaricié con los dedos. Tampoco deseaba abrirlo. El hormigueo interno me incapacitaba. Era como si la luz y el mar de Famara hubiesen borrado lo que Londres me inspiraba y me hubiese reprogramado con otras funciones que eran nuevas para mí.

Y cuando ya no fui capaz de negarlo más, tuve que reconocer que tampoco veía a Amaia allí. Quizá eso fuese una de las razones por las que había soltado amarras de los años que llevaba en Londres. No era entorno para Amaia, no ahora que ella también había conocido Famara. O quizá estaba siendo muy presuntuoso, pensando por ella, tomando cosas por supuestas sin consultarle. A fin de cuentas, ella adoraba vivir en Madrid, siempre lo había hecho. Pero algo muy pequeño e insistente me susurraba que no, que no podía haberse quedado inmune a vivir de otra forma. En otro lugar. En ese que éramos nosotros.

La decisión fue madurando en las horas que pasé en Londres, donde aproveché para hacer turismo con un David encantado de que lo llevase a lugares que no todos los turistas conocían y realizar recorridos que su personalidad inquieta me fue demandando. Recorrimos el West End tras los pasos de Jack el Destripador y no pude escaquearme de la habitual visita al andén 9 y ¾ de King's Cross, a la que acompañó un salto a visitar Leadenhall Market, donde se rodaron parte de las escenas del Callejón Diagon. Hubiese sido un plan perfecto, pero no lo fue. Las aceras de Londres engulleron mis pasos, pero no mis ganas de hacer algo que alterase la balanza.

Cada vez más me decía que no debería haberla dejado ir, por mucho que mi lado cabal me lo dictara; que debía luchar por ella de verdad, ganarme su confianza, vencer sus miedos. Y eso no lo iba a lograr desde Londres.

«El tema es que no sé cómo hacerlo».

La noche antes de irnos, después de haber empleado la tarde en visitar un par de inmobiliarias que me habían recomendado mis amigos, noté a David bastante atareado escribiendo por WhatsApp. Notó que lo miraba y se puso un poco rojo.

—Me están pidiendo el parte. Las he mantenido a raya, pero están un poco revolucionadas, sobre todo, mi madre —confesó, y tuve que reírme ante su apuro.

—No te preocupes, no serían ellas si no hicieran eso. Pero me hace gracia, por lo que veo están reclutando a la generación 2.0.

Mi sobrino se rio con ese encanto que tenía y que era una mezcla del magnetismo de su madre y el carisma de su padre. Sin embargo, muchos veían en él un gran parecido conmigo, y quizá fuese por eso por lo que estaba tan unido a él.

—A ver quién recluta a Mimi —sonrió, aludiendo a su explosiva hermana pequeña. Luego se puso serio—. Están preocupadas por ti, pero no quieren agobiarte.

—Me lo imagino. Supongo que nunca pensarían que me daría un *burnout* y ahora están con la mosca detrás de la oreja.

—Y ¿cómo estás… de eso? ¿Qué te dijo tu amigo? —me preguntó con cierta vergüenza. Le sonreí, tranquilizador.

—Un *burnout* no se cura con dos meses de desconexión de la vida, pero confieso que lo que hice me ayudó mucho a despejar la mente. Alan me vio mejor, pero sé que esto no es una gripe que se cura y ya está. Debo seguir las pautas que me dio, tomar decisiones para que el estrés no vuelva, y en ello estoy.

Me miró, intentando entenderme. Con veinte años y el mundo lleno de posibilidades ante él, supongo que le sería difícil entender que, con la vida que llevaba, *a priori* tan exitosa e idílica, lo quisiese dejar todo de lado y empezar de cero. Pero David me sorprendió. Cruzó los brazos sobre

la mesa de la cocina y me echó una mirada reflexiva:

—Siempre fuiste para mí uno de mis modelos a seguir, esa persona que consigue lo que desea con trabajo y con talento. Te imaginaba viajando por países exóticos, haciendo trabajos en jaimas en el desierto, como una mezcla de Indiana Jones con James Bond, aunque mamá siempre decía que te veía más como un Q, ideando soluciones para que los espías pudiesen hacer su trabajo. Aparecías cuando menos se te esperaba y siempre esas visitas eran una fiesta para la familia. Por eso, no sabes lo mucho que mis hermanas y yo deseábamos que vinieses. Era como estar al lado de una estrella de cine, de ese tío especial que siempre tenía las palabras perfectas, una sonrisa que nos hacía sentir mejor que bien y tiempo, sobre todo, tiempo para nosotros.

»Por eso ahora, que he visto lo que te ha pasado, me he dado cuenta de que mis agobios con la carrera, con lo que quiero ser en la vida, las dudas de si daré con esa idea de negocio que me haga prosperar, todo eso… No es que no sea importante, porque lo es en este momento, pero gracias a toda esta mierda que se te ha venido encima, me he dado cuenta de que tenemos que estar abiertos a los nuevos comienzos. Que si no me salen las cosas a la primera, a la segunda o a la quinta, puedo permitirme virar el rumbo y decidir hacer otra cosa.

Lo miré perplejo. Acababa de condensar en unas frases lo que a mí me había costado entender mucho tiempo. Y una oleada de amor me inundó hacia aquel chico estupendo que hacía gala de una inteligencia emocional que lo ayudaría mucho en el futuro. Me levanté y le di un abrazo con palmadas sonoras incorporadas.

—Eres un fiera, ¿lo sabías? Vaya manera de procesar las cosas que tienes.

Se rio, cortado.

—Si tú lo dices…

—Te has ganado una última celebración londinense. ¿Te apetece algo en especial?

Fue a decir algo, pero sonó el timbre de la casa. Me sorprendió, porque no esperábamos a nadie, pero me levanté a abrir.

—Tú no has pedido nada, ¿verdad? —le pregunté a David, y tendría que haber sospechado algo al ver su cara de divertida culpabilidad. Abrí la puerta y me costó enfocar a la persona que, vestida de vivos colores como un colibrí, se abalanzó en mis brazos.

—¿Eli? ¿Pero qué coño…?

Mi hermana Elisa se rio en mi cara mientras se afanaba por seguir abrazándome.

—La misma que viste y calza. David, deberías haber sacado una foto de la cara de tonto que se le ha quedado al Marquitos.

Empecé a reír y la abracé con todas mis fuerzas. Era menuda y de constitución frágil, pero te podía atizar con fuerza si se lo proponía.

—¿Pero qué haces aquí? ¿No habrás venido en plan rescatadora como hicieron la abuela, tu madre y Vic a Famara?

—Bueno, también hay de eso, pero mi excusa es que en estos días tiene lugar una feria textil muy potente aquí y la empresa me ha enviado para que haga prospección de tendencias, materiales y todas esas cosas que te van a aburrir un huevo si te las cuento. En cuanto me enteré de que estaban aquí, les pedí que me enviasen un día antes con la excusa de una reunión que conseguí cuadrar para mañana. Puedo quedarme a dormir, ¿no? Porque el hotel lo tengo reservado desde mañana y…

Le tapé la boca con la mano y tiré de su maleta hacia dentro. La felicidad de tener a mi casi melliza conmigo me envolvió con su brillante burbujeo y no pude parar de abrazarla contra mí.

—¡Qué bien te lo habías guardado, sobrinito! —le dije a David con divertido retintín, a lo que levantó las manos, en falsa rendición.

—A ver quién le dice que no a estas.

Eli le dio un coscorrón, entre risas.

—Más respeto a la madre que te parió y a las mujeres que te han criado, niño.

El chico se masajeó la coronilla y me echó una mirada risueña.

—Pues habrá que celebrar todavía más a tope la última noche en Londres, ¿no?

Asentí con una sonrisa. Sabía perfectamente lo que hacer, solo tenía que cuadrar unas llamadas o, en su caso, conectarme a internet y saltarme un poco las reglas.

Cenamos en un restaurante de moda en Covent Garden, donde un grupo en directo amenizaba la noche con temas de los sesenta y setenta; primero, tranquilos y melódicos durante la deliciosa cena, luego, más cañeros cuando ya había más gente tomando copas y bailando. David estaba en su salsa y, con la excusa de ir a pedirnos unas copas, se fue a hacer una ronda de reconocimiento que se ve que fue fructífera, porque acabamos pidiéndole las copas al camarero que nos había servido la cena.

—¿Me acompañas a fumar? —le dije, y enarcó las cejas.

—¿Otra vez estás así? Me habían dicho que lo habías dejado.

—Ilusas.

Frunció el ceño y me encogí de hombros. Ya fuera, tuve que explicarme:

—Lo había controlado, pero ahora, con lo de Amaia…

—¿Qué pasa con Amaia?

—No te hagas la loca, que lo sabes sin que te tenga que decir nada.

—Lo único que sé es que mi hermano está haciendo el idiota dando tiempo a alguien que lo que necesita es que luchen por ella, que le demuestren que es importante.

—¿Y tú qué sabes de lo que ha ocurrido? ¿Y que es eso lo que funciona con ella?

—Sé más de lo que crees. No me hace falta leerte demasiado, Marquitos. Sabes que conmigo no tienes secretos y que veo más allá. Y en cuanto a lo otro…

Se apoyó en la pared del restaurante, alejándose del humo de mi cigarro.

—¿Recuerdas cuando viniste a verme a Finlandia, cuando Mario y yo estábamos en aquel sí pero no en el que no nos aclarábamos ni de casualidad?

Asentí.

—Nosotros tardamos mucho en entender que aquel era el momento en el que estábamos preparados para estar juntos de nuevo. Fueron años de separación hasta que fue el instante adecuado. No puedo negar que lo de Mía no ayudase —sonrió al nombrar a su hija—, pero si no lo hubiésemos sentido ambos, ahora no estaríamos juntos. ¿Crees que Amaia no siente lo mismo que tú? ¿Es eso por lo que no te lanzas a dar tú el primer paso? ¿Porque no es el momento?

—Siente igual de fuerte que yo, Eli. Eso no lo dudo. El obstáculo es su miedo a salir de su zona de seguridad. Y eso lo tiene que resolver ella, por mucha confianza que yo le inspire.

—Boberías. ¿Desde cuándo eres tan cauto? Es la jodida historia de amor de tu vida, Marcos, no puedes quedarte mirando a las musarañas. ¿Dónde está esa adrenalina de la que alardeas?

—Joder, Eli, dame un poco de tregua.

—No —pronunció con voz segura, y se situó delante de mí con los brazos cruzados—. No he venido para decirte lo que quieres escuchar, sino lo que necesitas. Y es que espabiles, niño. Ve a la conquista, déjate de paños calientes. Te lo dice alguien que tenía muchas dudas y a la que solo algo así acabó por convencer de que valía la pena confiar.

Vi el acero en su mirada y supe que iba en serio y que, si me lo decía, era porque estaba preocupada.

La semilla de sus palabras germinó con rapidez en mí y abrió las puertas a ver la situación

de un modo totalmente diferente, mucho más retador para alguien como yo.

Amaia y Marcos

En la actualidad

@CommonBoy: Tenemos un problema con Gryena y necesito hablar contigo.

@Juicyhack: ¿Qué les pasa? Y hola, por cierto.

@CommonBoy: Perdona, es verdad. Hola, Amaia. Gryena fue anterior a trabajar juntos y no conoces los sistemas. Se ha identificado un potencial ataque que no tiene muy buena pinta y tenemos que cerrarle la puerta.

@Juicyhack: ¿Tenemos?

@CommonBoy: Ahora es cliente tuyo y necesitas entender lo que hice allí.

@Juicyhack: Nunca me has hablado de Gryena. Son gigantes.

@CommonBoy: Porque era alto secreto. Ahora que están apurados, han accedido a que entres tú. Les he dicho que tienes la llave para cerrar todas las puertas, que eres la mejor, así que más nos vale sellar el sistema para que se queden contentos.

@Juicyhack: ¿Y cuándo vamos a hacer eso? No sé nada de ti desde hace días y ahora me vienes con esto.

@CommonBoy: ¿Percibo cierta irritación en tu escritura? Ahora no nos conviene, Juicyta. Hemos de meternos a saco con Gryena. Es el único cliente con el que me involucraré de aquí en adelante, así que aprovéchame todo lo que puedas.

@Juicyhack: Aprovéchame, dice. ¡Serás creído!

@CommonBoy: Es parte de mi encanto y lo sabes. No te descentres, porque en media hora estoy en tu casa.

@Juicyhack: ¿En mi casa? ¿Pero te encuentras en Madrid?

@CommonBoy: Tardo lo que se me haga una cosa que tengo al fuego.

@Juicyhack: ¿Al fuego?

@CommonBoy: ¿Eres Amaia o un guacamayo? Deja de repetir todo lo que escribo y ve

buscando provisiones porque esto tiene pinta de que va para largo.

@Juicyhack: Marcos, me estás…

@CommonBoy se ha desconectado.

20

Amaia

Me levanté como un resorte del sofá donde estaba vegetando con el corazón latiéndome a mil por hora.

«Marcos está aquí, ¡ha venido! Y yo con estos pelos y la casa así…».

En realidad, la vivienda estaba ordenada y solo había loza que fregar en la cocina, que oculté en la alacena tras echarle un poco de agua y jabón.

«Pero qué historia es esta de una empresa de la que no he oído hablar nunca y de la que tiene que venir a contarme no sé qué. ¿Será realmente cierto? En el fondo soy tan tonta que deseo que haya venido para decirme que no puede estar sin mí y que todo esto sea una excusa».

Me dieron ganas de tirarme de los pelos por mi colosal incongruencia en general, por mi quiero y no puedo y el cacao *maravillao* que habitaba en mi cabeza. Me metí en la ducha jurando en arameo y cuando llamaron a la puerta, solo me había dado tiempo de ponerme un pantalón corto rosa chicle y una camiseta de tiras llena de parches de la casa Targaryen.

Abrí y allí estaba, con una bolsa en la mano y una mochila al hombro. Camiseta blanca y unos vaqueros que le quedaban de muerte, pero no tanto como la sonrisa que le llegaba a los ojos y los hacía refulgir como el mar de Famara en un día nublado.

Mi cuerpo reaccionó con una violencia que intenté contener, rígida, pero contra la que no pude luchar. Todo mi ser se rindió a lo que me inspiraba aquel hombre, lo mucho que lo había echado de menos y la apabullante felicidad que su presencia me inspiraba. Me derretí contra el marco de la puerta, debatiéndome en si abalanzarme sobre él o aguantar el tipo, pero fue él el que dio el primer paso.

—Amaia —dijo en voz baja, y se acercó a besarme. Directo, sin titubeos, un beso suave en los labios, de esos que hablan de que no hay espacio para dudas entre nosotros porque solo un roce puede incendiar el edificio entero. Mis labios hormiguearon y el instante me pareció eterno; prendida en su mirada, que se hizo cálida y líquida, casi me olvidé de mí misma y de todo lo que me separaba de él. Pero Marcos rompió deliberadamente el momento y entró en mi casa como si lo hubiese hecho miles de veces.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunté, cerrando la puerta e intentando recomponerme.

—Cogí el primer vuelo de la mañana.

—¿Desde Lanzarote?

—No, desde Londres.

Lo miré extrañada, pero no dijo nada más. Dejó la mochila en el suelo, junto al sofá, y me tendió la bolsa que llevaba en la mano. La abrí con curiosidad y deposité la lata de colores en la mesa. Noté su mirada en mí y comencé a sonreír.

—¿Qué es…?

Me interrumpí al ver que dentro de la lata circular había una cama hecha de virutillas de madera y, encima, seis huevos cocidos que aún desprendían calor. Me eché a reír y sus ojos

brillaron.

—Tenía que traer provisiones, no me fiaba de que estuvieses preparada.

«No me lo puedo creer. Aparece en mi casa con las cosas como están y lo único que se le ocurre es traerme huevos cocidos como regalo».

Lo observé mientras sacaba sus equipos de la mochila y un rayo de felicidad me punzó el centro del pecho.

«Reconócelo: es por cosas como esta por las que lo quieres. Te conoce y sabe cómo llegar a ti. Eso es amor del bueno, del que suma y jamás resta, del que multiplica lo bonito y divide lo feo; el amor de tu vida, lo quieras ver o no».

—¿Me estás mirando el culo, Amaia Guzmán?

Me descoloqué con su pregunta y tuvo que darse cuenta, porque se rio en mi cara.

—Venga, que no he venido aquí a lucir palmito. ¿Dónde tienes tu guarida? Tenemos que ponernos manos a la obra.

—Es aquí —le dije, y me siguió, aunque fui consciente de su mirada recorriendo la casa, estudiando cada detalle como si fuese una pista más para descifrarme. Lo llevé a mi lugar de trabajo, que antes era una habitación cerrada y ahora solo tenía una pared, la que la separaba de la sala. Un ventanal lo iluminaba con sol otoñal y doraba las blancas superficies donde tenía lo que necesitaba para trabajar. Cogí la otra silla y la puse junto a mi puesto. Marcos me miró con una sonrisa.

—No te imaginaba en un lugar así —confesó—. Te hacía más en una mazmorra con miles de lucecitas y máscaras de Darth Vader y soldados imperiales por doquier.

Me reí.

—Necesito hacer de mi entorno un lugar normal, como si trabajase de contable o diseñadora gráfica. Es la única forma de mantener la cordura cuando me enfrento a cosas feas. Si me rodease de algo muy a lo *Tron*, acabaría un poco más rara de lo que ya soy y entonces tendríamos un problema.

—No eres rara, Amaia —dijo, y acarició con suavidad mi mejilla—. Eres única y especial, y eso es diferente.

«Bum. Otro dardo directo a mis defensas, que empiezan a ser pocas y endebles».

—Siéntate, que te explico lo que vamos a hacer —continuó como si no hubiese ocurrido aquel gesto íntimo entre nosotros—. Yo voy a ser tú, o la antigua tú, y tú vas a ser yo. Es decir, tú vas a defender y yo voy a atacar, porque a partir de ahora esa será la partida que tendrás que jugar con los delincuentes reales.

El cuerpo se me llenó de pura emoción.

—¿Batalla pero al revés? Ya me tienes dentro, CommonBoy. ¡Vamos!

Se rio y meneó la cabeza.

—Debería haber imaginado que esta era la mejor forma de…

Se interrumpió a sí mismo y puso cara inocente cuando lo fulminé con la mirada.

—Mira a ver qué vas a decir, que estás más guapo calladito.

Inclinó la cabeza y sacó todas sus malas artes. Se me hizo la boca agua.

—¿Estás segura de eso?

Le di un codazo y encendí los equipos. Fui a buscar agua para los dos y cuando volví, él ya estaba instalado frente a mí. Nos miramos expectantes y una idea cruzó mi mente como un latigazo.

«Es la primera vez que nos vemos al trabajar. Es nuestra primera vez juntos. Y hace nada esto era impensable».

Y supe que él estaba pensando lo mismo, porque una sonrisa preciosa cruzó su rostro. Nos miramos y algo bonito se expandió entre nosotros, mitigando por un momento la adrenalina de poder luchar de nuevo uno contra el otro.

—¿Lista? —preguntó con suavidad, aunque sus dedos reposaban en la mesa, sin muchas ganas de teclear. Asentí, disfrutando de verlo frente a mí, de sentir esa armonía que se creaba cuando estábamos juntos, como si estuviésemos en otra onda, en un mundo que se mejoraba infinitamente si lo habitábamos juntos.

—Me encanta verte ahí —le dije, cediendo a las ganas que me llenaban. Sonrió, casi tímido.

—Ídem.

Le iba a preguntar si se había reencarnado en Patrick Swayze, pero entonces sacó unas gafas de la funda y se las puso.

«Lo que me faltaba, las gafas de profesor sexi. Marcos viene con toda la caballería».

—¿Cómo es que nunca te he visto con gafas?

—Porque nunca me has visto trabajando. Solo las necesito cuando estoy mucho tiempo expuesto a la pantalla.

—Te quedan bien.

—Me estás halagando demasiado, Juicyta. ¿Debo sospechar alguna intención oculta tras tus palabras?

Hice una pedorreta con los labios y fruncí el ceño. Me estaba delatando yo misma, era hora de replegar velas.

—Ninguna. Venga, supuesto *master* del universo de la ciberseguridad, vamos a ver cómo se te da lo de buscarme las cosquillas.

En las siguientes horas, me di cuenta de que, si trabajar con Marcos era estimulante amparados en el anonimato, hacerlo teniéndolo delante lo superaba con creces. Era silencioso, pero su presencia llenaba mi guarida como si lo hubiese hecho siempre, de una forma natural y agradable, mientras en el mundo de unos y ceros estábamos llevando a cabo una batalla campal en la que íbamos a matar.

Me comí dos huevos en lo que él se preparó un sándwich y seguimos con el trabajo hasta bien entrada la noche, con la lucha encarnizada que me estaba haciendo vibrar al sacarme de mi zona de confort y tener que apelar a mis instintos y aprendizajes más profundos, para no sucumbir ante las mordidas de Marcos.

Cerca de las doce se estiró cuan largo era y sofocó un bostezo.

—Me da que he perdido facultades en Famara. Necesito descansar un poco, Amaia, mis horas de sueño no perdonan.

—Claro —le dije, levantándome de la silla—. ¿Quieres que cenemos algo con más sustancia?

—No te preocupes, pillaré algo de camino a mi apartamento.

Se me cerró la garganta. ¿No se iba a quedar? Mi primera reacción fue decirle que pasara la noche en mi casa, pero se me adelantó al verme las intenciones.

—Es mejor así, Amaia. No creo que sea capaz de dormir contigo en la misma cama, ya sabes…

—No pasaría nada, no te preocupes. Es que es estúpido que te vayas cuando puedes quedarte aquí.

Se me acercó con toda la intención del mundo y mis hormonas se dispararon. Se inclinó sobre mí y su voz fue un murmullo:

—Puede ser que tú confíes en ti misma, pero yo en mí, no. No me meteré en la misma cama

contigo hasta que me lo pidas de verdad, Amaia.

La excitación fue como una llamarada que me recorrió de pies a cabeza y noté que se me erizaba todo el vello del cuerpo. No se movió durante unos segundos, como si estuviese batallando consigo mismo, y luego se apartó con un silencioso suspiro.

—Mañana estaré aquí temprano —dijo a modo de despedida—. Traeré el desayuno, así que no prepares nada.

—Tampoco es que tuviese demasiado donde elegir —respondí con el cuerpo revuelto al ver que se iba. Me guiñó el ojo y cerró la puerta, dejándome ansiosa y llena de mil sentimientos que rebotaban unos contra otros como si fueran furiosas bolas de pimpón.

«Si esto es una estrategia para sacarme de mi indecisión, lo estás haciendo muy bien, Marcos Olivares».

Volví a ducharme para ver si el agua caliente se llevaba parte de mi desazón, y conseguí relajarme y dejar que el cansancio se apoderase de mí. Pero era un cansancio expectante, en cierta forma feliz, porque sabía que al día siguiente lo vería y eso era lo que ahora entendía que me faltaba desde que había vuelto a Madrid.

Marcos apareció a la mañana siguiente con un desayuno digno de una reina: yogur natural con cereales y fruta picada, sándwiches vegetales tiernos y jugosos, y unos *smoothies* imaginativos que me sorprendieron de lo buenos que estaban. Se regodeó, ufano, ante mis palmadas de emoción y masculló algo sobre lo fácil que era hacerme feliz.

—Aliméntate, Amaia, que hoy te voy a hacer sufrir —me amenazó con una sonrisa canalla que se me metió directamente en las bragas.

—No hagas eso —le dije con la boca llena de sándwich. Puso cara de no saber de lo que estaba hablando y levanté el dedo para señalarlo—. Deja de poner esas caras sexis que sabes muy bien que pueden conmigo, que te conozco.

—Uy, Amaia Guzmán… Creo que hay facetas en las que no me conoces en absoluto.

Terminé de tragar el bocado que, de pronto, me supo a paja, y bebí un trago largo de *smoothie*.

—Termina de desayunar, que necesito meterme en la piel de Juicyhack.

—Me gusta más cuando eres Amaia.

—Pero es peligroso serlo cuando estás aquí.

Comenzó a sonreír, como si le estuviese dando la mejor de las noticias.

—¿Desde cuándo no te gusta el peligro?

—Desde que soy incapaz de controlarlo.

—¿Y para qué quieres controlarlo?

De pronto, estaba cerca, muy cerca.

—Ya lo sabes.

—Yo ya no sé nada. Tendrás que iluminarme, porque no entiendo por qué necesitas controlar algo que…

Me levanté y le tapé la boca con la mano durante unos segundos. Fue rápido, atrapó mi mano entre las suyas y la mordió con suavidad. Cerré los ojos con inmensas ganas de apoyarme en él y dejarme llevar, pero encontré la fuerza necesaria para apartarme.

—Vamos, que tenemos un día intenso por delante.

Al final fueron dos días de neuronas funcionando a toda pastilla, paradas rápidas para comer y poder despojarnos por unos instantes de nuestras máscaras de trabajo, exclamaciones de júbilo cuando lograba cerrar una puerta y gruñidos de Marcos al verse sobrepasado, música intermitente que iba sonando según el nivel de estrés, despedidas nocturnas cada vez más

renuentes por ambas partes, risas compartidas ante cualquier tontería y bailes tontos para estirar los músculos y, sobre todo, la vuelta de la increíble sensación de que cuando existía un «nosotros», la vida tenía otro color y una temperatura que no tenía que ver con el calor y el frío, sino con sentirte parte de un mundo más feliz.

La tarde en la que por fin terminamos con nuestro cometido nos levantamos a la vez y nos repantigamos en el sofá, estirando nuestros miembros como gatos gigantes.

—Es oficial —dijo Marcos, girando la cabeza hacia mí, sonriente—. No he podido contigo. Te has ganado el título.

Me reí, abriendo los brazos hasta casi tocar los de él.

—Quizá sea mejor defensa que atacante.

—No te quites méritos. Después de esto, podrás con todo. No te lo he puesto fácil.

—Lo sé. He sudado la gota gorda.

Nos quedamos en silencio, cómodos y relajados. Luego, él se movió y supe que iba a proponerme algo.

—Sabes lo que toca ahora, ¿no?

Lo miré y me dieron ganas de reírme ante su semblante ilusionado.

—¿Quedada de fin de proyecto?

—Por primera vez en *live streaming*, ¿qué te parece?

Me reí, nerviosa. Volvían los terrenos pantanosos y las arenas movedizas inherentes a ser Amaia. Marcos se dio cuenta, supongo que no supe ocultarlo, y me dio unas palmaditas en la mano.

—Llévame a la plaza donde fuiste con aquel tío con el que tuviste la cita más rápida de la historia.

—¿Te acuerdas de eso? —inquirí, sorprendida, y él puso las manos detrás de la cabeza, relajado.

—Claro. Me acuerdo de muchas cosas, querida Juicy.

—Era la plaza de Santa Ana, está aquí al lado.

—Pues vamos, ¿no? Nos lo merecemos.

Asentí con el corazón desbocado. Cogí una chaqueta vaquera y me calcé unas deportivas sin pensarlo demasiado.

Bajamos a la calle en silencio, cada uno en su mundo. En el mío, solo podía pensar en lo que me gustaba que estuviese ahí, conmigo, en mi Madrid, recorriendo las calles que conocía de memoria y que ahora adquirían un lustre y un brillo diferente al poder transitarlas juntos.

—¿Una cerveza y una tapita? —me preguntó, y sentí como mi estómago gruñía en respuesta.

—Sí, vamos a mi terraza favorita, que hacen un pincho de tortilla riquísimo.

Conseguimos mesa y en nada estuvimos con nuestras cervezas en la mano. Marcos levantó la suya y la chocó con la mía con una mirada traviesa.

—Qué mejor forma de celebrar nuestra última quedada que aquí, juntos y cara a cara.

—¿Nuestra última quedada? —repetí, confundida, y se rio.

—¿Ya volvemos con el momento loro? Pues claro, es la última porque a partir de ahora tú cogerás el testigo. Tendrás que buscar a alguien que te haga de *sparring*, aunque ya sabes que siempre podrás acudir a mi extrema sapiencia, Juicyta.

La sensación de pérdida fue desoladora, como si con esa frase Marcos se estuviese borrando de mi vida. Y, en cierta forma, si yo no le daba una oportunidad a lo nuestro, sería así. La garganta se me secó de la angustia y tuve que tomar un buche largo de cerveza.

Y sí, quizá no fuese la forma más romántica de darme cuenta de que quería a aquel hombre en mi vida para siempre, pero ese fue el instante exacto en el que ocurrió.

«Estoy enamorada de Marcos Olivares y no me voy a arriesgar a perderlo».

Pero no se lo dije. Solo le pregunté si querría acompañarme a la boda de Elena, que tendría lugar el fin de semana, y tras estudiarme en silencio unos segundos, me dijo que sí.

Tal y como yo le había ido a buscar, él también había venido a por mí. Y eso me otorgaba la confianza para hacérselo saber en la forma que se merecía.

21

Marcos

Estaba nervioso y lleno de ansiedad, pero de la buena. Creía que la invitación a la boda de la amiga de Amaia era una señal esperanzadora. Pero como todo con Amaia, no podía dar nada por supuesto. Tenía que seguir demostrándole lo que había decidido hacer durante mi visita a Madrid: que compartir la realidad juntos era muchísimo mejor que hacerlo cada uno por su lado. Y durante los días en los que casi cohabité con ella, sé que lo sintió así. Lo notaba en cada gesto con el que se frenaba para no hacer lo que en realidad le pedía el cuerpo, en las miradas que pensaba que no descubriría, en la forma en la que se ruborizaba al estar cerca de ella.

La noche anterior había dado un paso más en mi plan, porque había logrado conocer a Mariana y a Elena, la amiga que se casaba. Me uní a ellas tras un ensayo de algo que iban a hacer en la boda, junto con Juan, el novio, y un chico alto y moreno que se traía algo con Mariana. Tomamos unas cañas en un bar cerca de La Latina y me integré sin problemas en el grupo; tampoco tenía mérito, era mi especialidad. Amaia estaba sonrojada y deliciosa con sus mallas y calentadores, tan ochentera y colorida que daban ganas de morderla como a una manzana, y me costó no tocarla más allá del beso que le di al llegar, ese beso que, cada vez que nos veíamos, se prolongaba un poco más y que era mi arma secreta para normalizar lo que había entre nosotros. Era como si con ese gesto rompiese un trozo más del muro de dudas de Amaia, porque sabía que ella también se quedaba con ganas de más.

Mariana se parecía mucho a su hermana, pero en versión mayor y más fría. Sin embargo, supe que me había aceptado desde que me vio llegar. Algo en ella me decía que estaba en mi equipo y en cuanto tuve la oportunidad, me acerqué para sonsacarle información.

—Tenía ganas de conocerte, Mariana.

—Y yo a ti. Aunque tengo la sensación de hacerlo desde hace tiempo, por todo lo que me cuenta Amaia.

Se apoyó en la barra y fue al grano:

—El que hayas venido ha sido perfecto. Ya sabes como es mi hermana, necesita saber que apuestan por ella.

—Ella fue a por mí sin pensarlo, ahora soy yo el que quiere demostrarle lo increíble que puede ser una vida juntos.

Mariana sonrió, cálida, y me dio unas palmadas en el hombro.

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Aunque, por lo que veo, no te hará mucha falta.

—Ojalá. —Le sonreí de vuelta y en ese momento sentí a Amaia a mi lado.

—¿De qué habláis? —preguntó con sorna, y se puso roja como un tomate cuando su hermana le dijo que de ella.

—¿Qué tema de conversación crees que podemos tener en común mi futuro cuñado y yo? —dejó caer Mariana, y Amaia la hizo trizas con la mirada.

—No te pases, Mariana, que nos conocemos.

—Ay, cuchita… Vamos a pedirte otra cerveza, que te hace falta para mejorar tu humor.

Presencié, divertido, el toma y daca entre las hermanas, pero al cabo de unas cervezas decidí irme. Al día siguiente era la boda y yo tenía que resolver unas cuantas cosas antes, como, por ejemplo, recoger la ropa que me iba a poner, ya que no había previsto modelito de boda en mi maleta. También reconozco que era algo premeditado, parte de mi plan para que Amaia me echase de menos.

«Como se dice por ahí, en el amor y en la guerra todas las armas están permitidas. O algo así».

Al ver que me despedía, Amaia decidió irse conmigo, y la acompañé hasta su casa dando un paseo nocturno en una noche que todavía no había refrescado demasiado. Las calles estaban llenas de gente, se oía música de los bares y las luces de la ciudad parpadeaban en las calles históricas que nos rodeaban con su encanto castizo. Nuestras manos se buscaron y volvimos a Famara, donde ese gesto era tan natural como el respirar. Y, ahora, volvía a serlo. Me puse nervioso, el corazón me aleteó en el pecho, pero intenté que no se me notase nada. Quería infundirle tranquilidad, confianza, para que supiera que ese era un lugar seguro donde siempre se podría refugiar.

No tardamos en llegar a su casa a pesar de que habíamos paseado con lentitud deliberada. Ella se volvió hacia mí con una sonrisa suave, pero sus ojos me dijeron mucho más y con toda claridad. La tomé del rostro y la besé sin avisarla, solo por el placer de sentirla mover sus labios contra los míos, tan esponjosos y cálidos que tuve que contener un gemido.

«Todavía no, Marcos. Ahora debes ser suave».

Pero ella lamió mis labios con su lengua y sentí encenderme, desesperado como estaba por tocarla. Metí los dedos en su cabello y el beso se intensificó, haciendo que nos prendiésemos en antorcha humana, como siempre que nos rendíamos a eso que nos quemaba por dentro. La escuché gemir y la levanté por las nalgas, apoyándola contra la pared, sin pensar que estábamos en medio de la calle y que, si seguíamos así, nos íbamos a correr solo frotándonos por encima de la ropa.

Movió su cuerpo contra mí y me sentí a punto de caer en el abismo. Estaba a dos segundos de olvidarme de mi plan y dejarme llevar. La sentía cálida y ansiosa, sensual y llena de poder, exactamente como llevaba imaginándomela desde que se fue de Famara, y me costó un esfuerzo sobrehumano darle un bocado en el cuello y separarme con la respiración agitada.

—Te echo de menos todos los días —confesó ella entre jadeos, y echando la cabeza hacia detrás. Sus ojos me dijeron muchas cosas, tantas que tuve que contenerme para no seguir asaltando su boca, pero supe que debía parar. Que con aquello ella sabía que seguía muriendo por sus huesos, por su piel dorada y por todo eso que ocultaba bajo la ropa, pero quería que siguiese sintiendo que era ella quien tenía la última palabra en todo lo que había entre nosotros.

Me separé de ella, acariciándole las mejillas con los pulgares, y le di un último beso lento. Ella parpadeó, quizá esperando que respondiese a su confesión, pero no lo hice. En cambio, le pregunté si al día siguiente íbamos juntos a la iglesia. Negó con la cabeza, casi con tristeza y juraría que algo desconcertada.

—No puedo. Ayudo a Elena a vestirse en su casa, es algo que llevamos hablando toda la vida, y no puedo faltar.

Le sonreí, tranquilizador.

—No te preocupes. Te esperaré en la puerta de la iglesia para verte cuando llegues. Seguro que estarás preciosa.

Sonrió con cierta timidez y su mano subió a tocarme la cara.

—Nos vemos mañana, Marcos. Descansa.

—Igualmente. Mañana se casa tu amiga, tienes que disfrutarlo.

Sonrió y esta vez fue ella la que volvió a acercarse a mí. Fue un beso breve, pero lo sentí en el alma.

—No voy a poder dejar de pensar en esto durante toda la noche.

Y con esas palabras se metió en el portal, aprovechando que salía un vecino. Y yo me apoyé en la pared del edificio, lleno de mil cosas bonitas por dentro.

«Mañana. Mañana no voy a dejar de besarte como llevo fantaseando todos estos días».

Al día siguiente, salí a correr a un pequeño parque cercano a mi apartamento y luego me acerqué a buscar el traje que me había comprado para la boda. Era azul oscuro, de corte italiano y perfecto para un *look* informal. Me puse una camisa blanca y empleé un tiempo precioso en peinarme mi cabello alborotado, porque, por una vez en mi vida, quise estar guapo de verdad. Miré el reloj, se me iba a hacer tarde, así que cogí mis cosas y salí a la calle a pedir un Uber.

Fuera de la iglesia ya había gente vestida de boda, e identifiqué a Ray, el policía nacional que iba como pareja de Mariana. Él tampoco conocía a nadie, así que nos quedamos juntos esperando a que llegase la novia con sus amigas.

Varias señoras mayores, vestidas con rígidos vestidos de colores chillones, nos conminaron a entrar en la iglesia, y tuve que entrar a pesar de que me habría quedado fuera de mil amores. Me coloqué en las filas de atrás, ya que no era sino un añadido de última hora, y así pude observar la puerta sin disimulo.

Elena entró alta y estilosa, al son de una música que me sonaba vagamente familiar, pero mi atención recayó enseguida en la espléndida mujer que se deslizó por uno de los laterales con los ojos encharcados al ver a su amiga desfilar hacia el altar. Llevaba un vestido morado de lentejuelas ajustado hasta las rodillas, envolviendo su sensual cuerpo como una segunda piel. El cabello ondulado estaba recogido en un peinado vaporoso, del que caían mechones dorados que competían con el brillo de unos largos pendientes que lanzaban destellos cada vez que movía la cabeza.

El corazón se esforzó en bombear más sangre para que mi cuerpo reaccionase, pero me había quedado pasmado al verla. Estaba preciosa, con los ojos sombreados y profundos, y la boca, jugosa como una frambuesa madura. Le brillaba la piel, parecía envuelta en un halo, y todo en ella me llamaba como el canto de la sirena que era. No pude evitar moverme hacia el pasillo lateral y ahí fue cuando ella me vio.

Sus ojos se abrieron, deleitados, y supe que le había gustado lo que había visto. Con una seguridad que fue nueva en ella, caminó hasta mí y entrelazó sus dedos con los míos. Tiró de ellos y me llevó a los asientos de delante, donde se sentaba también Mariana y la familia de Elena, dándome así un nuevo lugar en su vida.

Me moría de ganas de tocarla, llevaba demasiado tiempo conteniéndome, y deslicé la mano por su espalda desnuda para posarla luego en su cintura. Olía como huelen los sueños cumplidos, y me rendí para siempre ante ella.

—No hay nadie como tú aquí —le dije al oído—. Estás maravillosa.

Me miró entre sus pestañas larguísimas y una sonrisa inundó sus facciones.

—Estoy muy feliz de que estés aquí hoy, conmigo.

Solo dijo eso, pero para mí lo fue todo. Besé su mano y se apoyó contra mí, dejando caer el peso de su cuerpo sobre mi costado. La felicidad me contrajo las entrañas y luego las soltó, haciendo que viajasen por todo mi cuerpo como pequeños pájaros alborotados. El mundo exterior dejó de existir, el cura siguió con su perorata, pero para mí solo era ruido de fondo. Lo

verdadero, lo que valía la pena era que Amaia estaba conmigo y no pensaba soltarla jamás.

La observé sonreír, emocionarse con los votos de Elena y Juan, apresurarse a coger las cestas con el arroz y aplaudir con felicidad a la salida del nuevo matrimonio. Brillaba como la estrella más luminosa, vibraba con alegría y su risa era tan contagiosa que la gente sonreía al mirarla. Y cuando nos mirábamos, la magia existía en el mundo, y los ojos se nos llenaban de promesas que no podíamos decir en voz alta, no allí, delante de tantas personas.

Ya en el bonito restaurante, diáfano y rodeado de un pequeño jardín, me fue presentando a más amigos en común, pero más allá de las conversaciones y las risas generales, yo estaba ansioso por tenerla solo para mí.

«Paciencia, Marcos. Es un gran día para ella. Tendrás todo el tiempo del mundo luego, ahora disfruta y comparte todo esto en lo que te está dejando entrar. Es una muestra más de su confianza».

Era una boda pequeña y por eso fue tan cercana y original. Los discursos hablaban de amor y humor travieso, el baile de los novios fue su propia versión del baile de Mónica y Ross en el capítulo de fin de año de *Friends*, y en aquella boda se brindó por los novios con tequila, no con el champán normativo.

Vi sufrir a Amaia antes de salir a bailar con Elena y Mariana un divertido *medley* noventero, pero ya en la pista se transformó en esa bailarina innata que llevaba en su interior. A pesar de que el vestido no le dejaba mucha libertad de movimiento, era la más espectacular de las tres, y me enorgullecí como nunca de ella.

«Lo está haciendo delante de toda esta gente, muriéndose de la vergüenza, solo porque quiere a su amiga con todo su corazón».

La música comenzó a sonar para todos y la gente se arremolinó alrededor de la barra libre. Amaia estaba departiendo con Mariana, riéndose con ganas mientras la otra le enseñaba la lengua, y tomó un sorbo de su copa multicolor. Sonreí y decidí no tomar nada más. Quería estar bien y acordarme de todo al día siguiente. Estaba a punto de moverme hacia un lateral de la pista cuando Amaia dejó la copa en la barra y me buscó con ojos expectantes.

Y esa mirada traspasó todas las barreras que hubiese podido haber entre nosotros hasta ese entonces.

Como en las películas, me vi abriéndome paso entre la gente mientras ella también avanzaba hacia mí. Nos quedamos frente a frente en medio de una pista donde los invitados coreaban algún éxito del momento, y sonreímos con una felicidad inmensa, la que volvía a ser la nuestra. Ella me cogió de las manos y nos acercamos, llenos de algo que era más grande que nosotros.

—Gracias por esperarme, Marcos —susurró, y tuve que inclinarme para escucharla—. Y gracias por venir a por mí. Ahora lo entiendo.

—Tú me encontraste primero —murmuré, emocionado—. Esta vez me tocaba hacerlo a mí. No podía renunciar a nosotros, Amaia, nunca lo haré.

La escuché confesarme un «te quiero» trémulo y la abracé con ganas, sintiéndola entera contra mí, toda su acogedora calidez y la blandura de su precioso cuerpo. Le di un beso en el cuello y la escuché reír. La música nos rodeaba, la tarde caía y estábamos rodeados de gente sonriente. Nos miramos con ojos nuevos, porque ahora la felicidad ya era nuestra y se desbordaba con magia por todos los poros de nuestra piel, y nuestros cuerpos se juntaron como imanes para bailar. Aunque me moría de ganas por llevármela a cualquier lado para hundirme en ella como un animal, me dije que ya tendríamos tiempo de estar solos. Era la boda de la mejor amiga de Amaia, tenía que vivirla como se merecía y yo, disfrutarlo con ella de una forma que ya

no era la de antes. Ahora existía un «sí» que lo cambiaba todo.

A la una de la mañana, cuando ya los novios se habían ido y la fiesta había terminado, emprendimos el camino de vuelta. Amaia llevaba los tacones en la mano, hacía ya tiempo que se había puesto las alpargatas que habían regalado en la boda. Se iba riendo del dolor de pies, pero ante mi sugerencia de coger un taxi, agitó la mano y dijo que prefería pasear conmigo hasta llegar a casa.

Sonreí ante la naturalidad con que dijo la palabra y su mirada perspicaz se dio cuenta.

—¿Por qué sonríes, señor Olivares? —preguntó, cogiéndome de las solapas de la chaqueta. Me incliné para besarla con lentitud, como llevaba deseando hacerlo desde que puse un pie en Madrid. Su respiración se agitó, pero luego volvió a la carga—: Por muy guapo y sexi que estés hoy, no significa que puedas hacerte el loco conmigo.

Me reí y la abracé.

—¿Por qué crees que sonrío? Es que no puedo parar de hacerlo. Me siento tan feliz que podría flotar. Y me encanta cuando hablas de ir a casa.

Me miró, sabia y aprendiz, y escogió con cuidado sus palabras.

—He tenido tiempo para pensar en eso. Y me he dado cuenta de que «casa» siempre será donde estemos nosotros, da igual dónde: Famara, Madrid o Indonesia. Lo que le da sentido a la palabra es que siempre vamos a ser nosotros quienes la vamos a habitar.

El corazón se me contrajo de dicha y la volví a apretar contra mí.

—Entonces, ¿estás preparada para la aventura?

Su mirada brillaba más que los astros en el cielo que parecía rodearnos por todas partes.

—Contigo, siempre.

Cerré los ojos y la besé con toda la pasión y la ternura que rebosaban de mi interior, ese que había estado yermo y perdido durante mucho tiempo y que ahora se llenaba de la promesa de un amor real, imperfecto y tan arrollador que sabía que jamás dejaría hueco para nada más.

Y supe que, si tuviese que volver atrás en el tiempo, no cambiaría nada. Quizá tuve que perderme para que ella me encontrase. Tal vez necesité caer para hallar las fuerzas para levantarme y luchar con todas mis armas para reencontrarnos en el camino. Todo había valido la pena, porque ahora lo tenía todo entre mis brazos.

Amaia.

Sonreí y nos perdimos juntos en la noche.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha supuesto un trabajo mental constante al no ser exactamente lo que he acostumbrado a parir en los últimos tiempos. Venía de una historia de mucha fuerza, con Victoria Olivares rompiendo con todo como una leona, y con su hermano Marcos me encontré con algo inesperado: un mundo más dulce, delicado y con un conflicto menos truculento que el de mis novelas anteriores. Marcos y Amaia me pedían algo mucho más íntimo, de fuego lento, más personal y cercano. Y eso me hizo cortocircuitar en medio del proceso.

Por eso, mis mayores agradecimientos esta vez van a mis lectoras cero. Solo con ellas he sido capaz de congraciarme con esta forma de contar una historia, tan diferente a mi estilo habitual, pero que me ha gustado igualmente. Gracias a mis Beas (Blumen y Peidró) por darme sabios consejos para mejorar algunas partes un poco blancas y por despertarme por las mañanas con mensajes que me hacían empezar el día con una sonrisa en la boca; a mi hermana, para la que el abrazo de Marcos y Amaia ha sido lo más bonito que ha leído nunca, y algo así no tiene precio; a Bea Gant, por su sinceridad y honestidad siempre con todos mis escritos y que ha buscado tiempo de donde no lo hay para leerla; y a Alba, Yure y Cris, por sus palabras sabias y hacerme partícipes de sus emociones en tiempo real.

Y a Ana González Duque, por aquella conversación durante la firma de Cherry Chic en la que puso oficio a Marcos tras haberme devanado los sesos entre espía («no, porque ya tenemos a Jackson, de *Tras la calima*, con esa profesión»), poli («tampoco, tenemos a Mario, de *Donde fuimos eternos*»), y mil variaciones de profesiones peligrosas hasta que la escuché decirme: «¿Y por qué no haces que sea *hacker*?». ¡Alabada seas, oh, madre superiora, por iluminarnos siempre en el camino de la verdad!

También sendos abrazos llenos de calorcito a mis Veros de Lanzarote, @Vdevero y @librosigualamagia, por ayudarme con la documentación sobre las fiestas de Famara y, como siempre, por el apoyo y el cariño infinito.

Gracias inmensas a Paola C. Álvarez, por mejorar mis escritos y dejarlos impecables, y a Eva de José, por su arte con las portadas, porque no hay nadie que capte mejor mis ideas primigenias que ella.

A todas las escritoras talentosas de las que me rodeo y con las que aprendo mil y una cosas todos los días, tanto en lo profesional como en lo personal.

A todas las lectoras que de una forma o de otra han acabado confiando en mis historias, por sus mensajes, su aliento y el apoyo que cada vez es mayor y que está haciendo que mi sueño tenga unas bases sólidas y bonitas, unas bases de futuro de verdad.

A Jose, Jimena y Niko, que son mi toma de tierra, mi base de vida y el motivo por el que sonrío cuando termina el día. Gracias por el amor tan grande y desinteresado, las risas compartidas, los aprendizajes y la complicidad. Son mi lugar seguro, ese que, al igual que para Marcos y Amaia, es el hogar.

Sobre mí

Me gusta definirme, entre otras cosas, como una tinerfeña con raíces finlandesas a la que le encanta devorar libros y bollos de canela de IKEA. Además de esto, soy una madre cuarentañera con niños pequeños, profesional del *marketing*, romántica empedernida pero alérgica a las ñoñerías, adicta a las series policiacas, amante del buen chocolate, exploradora de las diferentes gastronomías del mundo y embajadora de los vinos blancos secos de mi isla, Tenerife.

También soy escritora, porque lo de las letras me viene de siempre. Aprendí a leer muy pequeña y a escribir historias llenas de imaginación poco después. Siempre fue mi gran vida paralela. Por eso, en un momento de mucho estrés en el que como mujer no encontraba un hueco para mí —niños, trabajo, autoexigencias—, se convirtió mi tabla de salvación. Revisé un antiguo manuscrito, me volví a enamorar de la historia y me reté a mí misma a autopublicarla. Así lo hice: *Desde el rompeolas* vio la luz en 2019; las novelas cortas digitales *Lo que nos dijo la tormenta* y *La niebla en mí*, en 2020 y 2021; *Tras la calima*, en 2021; *Los susurros del calor* y *Siempre fuiste un atardecer*, en 2022; y *Cuando las estrellas vuelvan a tus ojos*, *Donde fuimos eternos y Los secretos de Victoria Olivares*, en 2023. Puedes adquirirlas en el QR de abajo o en este enlace.

Disfruto escribiendo novelas románticas sobre mujeres adultas que tienen que tomar decisiones en su vida para alcanzar la felicidad. En este género las mujeres a partir de treinta y cinco no aparecen demasiado como protagonistas y, realmente, es un momento de la vida muy interesante: ya no están inmersas ni en el primer amor ni en el primer trabajo, son mujeres que ya tienen bagaje y experiencia en la vida. Me inspiro en las mujeres de las que me rodeo, justo las que me dijeron que no encontraban libros escritos sobre ni para ellas. Por eso mis historias buscan acompañar a estas mujeres cerca de los cuarenta en sus viajes internos de autodescubrimiento, aderezando siempre la historia con una buena dosis de amor y de picante.

Si quieres seguir de cerca estas historias y sus protagonistas, te invito a que le eches un vistazo a mi perfil de Instagram, @helenrytkonen, y a mi web, www.helenrytkonen.com. Allí comparto reseñas, reflexiones y contenido sobre *marketing* para escritoras de romántica, al igual que servicios de asesoría de lanzamiento de novela y de estrategia y plan de *marketing*.

Índice de contenido

1
Marcos
2
Amaia
3
Marcos
Amaia y Marcos
4
Amaia
5
Marcos
6
Amaia
7
Marcos
Amaia y Marcos
8
Amaia
9
Marcos
10
Amaia
11
Marcos
12
Amaia
Amaia y Marcos
13
Marcos
14
Amaia
15
Marcos
16
Amaia
Amaia y Marcos
17
Marcos
18
Amaia
19
Marcos

Amaia y Marcos
20
Amaia
21
Marcos
AGRADECIMIENTOS
Sobre mí